Laue



19



LAYE N.º 19

publicación de la Delegación
de Educación Nacional,
Mallorca, 278, Barcelona

Director: Eugenio Fuentes Martín

2 2 ABR. 2003

Universitat Autònoma de Barcelona
Servei de Biblioteques
Biblioteca d'Humanitats
Sala de Revistes

MAYO - JULIO DE 1952

El periódico «Madrid» declara hallarse cada día más estupefacto por la frecuencia con que se habla de la obra de un poeta ya fallecido, Miguel Hernández, y hace tal confesión a propósito de un artículo aparecido en LAYE.

La palabra estupefacto es un tanto difusa para que podamos precisar sus límites y para calcular a qué inmediato estado de conciencia irá a parar la estupefacción de «Madrid» si la poesía de Miguel Hernández se sigue comentando. Claro que, por otra parte, no nos corresponde medir la sensibilidad que para lo estupefactivo pueda poseer el periódico citado.

El artículo publicado en LAYE era un análisis de la conciencia de la muerte en la poesía de Miguel Hernández, análisis que por su carácter estrictamente literario no contenía —ni le era precisa— la menor alusión a sus actividades políticas ni, menos aún, justificaciones o apologías de este tipo. De las responsabilidades de Miguel Hernández juzgaron en su sazón los tribunales a quienes incumbía y dictaron una sentencia que aquél estaba cumpliendo al fallecer. Pero «Madrid», acaso por creer que la sentencia fué liviana, parece desear que a la pena temporal de cárcel se añada una condena eterna de silencio para su obra, que conocemos a través de ediciones legalmente autorizadas.

Si ésta es la pretensión, quizá resulte excesiva, porque situados en semejante camino y puestos a hacer inventario de la vida política de los escritores como patente valorativa o de circulación de sus escritos, nuestro patrimonio literario sufriría mermas muy considerables y quedaría privado de autores como Meléndez Valdés, Leandro Fernández de Moratín, Espronceda..., con la consecuencia de encajar la Literatura en el Código Penal, cosa que en ciertos casos —hay que reconocerlo— no estaría mal del todo.

LAYE

1.

ASPECTOS DE LA OBRA DE ARTE

The beautifying not the beautified
is the really beautiful.
Shaftesbury

1

El arte como operación. — Al proponernos desarrollar en lo que sigue unos cuantos principios programáticos que puedan servir de guía para ulteriores reflexiones acerca del arte, trataremos de eludir ante todo cuanto se refiera a sus orígenes y a sus efectos y todo género de consideraciones acerca de su sentido y valor trascendentes. Vamos, pues, a dejar a un lado tanto la psicología del arte como la filosofía estética; desde campos al parecer muy distantes entre sí ambas vienen a coincidir en considerar el arte como un dato entre los demás de su horizonte meditativo y, en consecuencia, en tratarlo como un resultado conseguido, y no atendiendo primero a su carácter fudamental de operación. Ambas ciencias, por exigencias de método, incurren en consideraciones materiales injustificadas al tratarse de arte, o por lo menos justificables sólo secundariamente. Para la una como para la otra el arte es una realidad adquirida susceptible de análisis como cualquier otro fenómeno

que entre en su campo de consideración, y no una realidad con la que hay que hacerse en cada caso en un trabajo íntimo y solitario (frente a la ciencia misma), en el que quedarían comprometidas toda la inteligencia, la imaginación y la sensibilidad del científico, junto al cual y con el cual no cabe, por lo tanto, mantener una posición objetivadora y neutral.

Nosotros vamos a fijarnos en la obra de arte, no para analizarla estáticamente en sus componentes, sino para describirla y construirla dinámicamente en su operación, tal como el lector, el contemplador, el auditor la experimenta y la vive en su trato íntimo con ella.

Para ello debemos desvanecer un primer equívoco en la expresión misma: obra de arte. El arte, en efecto, tiene el carácter fundamental de una vivencia y no de un resultado; de una actividad que se desarrolla en el tiempo y no de algo que se ofrece pasivamente a la aprehensión. La misma distinción tradicional entre artes del tiempo y artes del espacio es falsa tomada en sentido absoluto y aceptable sólo relativamente al modo como se presentan en unas y otras los datos. Pero la comprensión de una pintura no consiste en la mera recepción momentánea de una representación visual, sino que aquélla es sólo el correlato de una operación en la que la mirada del espectador recorre todas las zonas del cuadro, según un orden prescrito en cada caso de modo distinto por la obra, y se hace cargo de ella en su detalle y en su conjunto: la pintura es un arte del tiempo. Tampoco la novela es una sucesión lineal de acontecimientos cuyo único nexo consistiría en ser antecedentes y consiguientes entre sí, sino una totalidad ya desde el principio dada como tal, como espacio narrativo en el que los acontecimientos, en su diversidad, tienen que encajar necesariamente: la novela es un arte del espacio.

La expresión: obra de arte, es equívoca por el término: obra, alude a un resultado ya adquirido, disparando sobre lo significado por él todo el peso de sus connotaciones. Ahora bien, el arte no es un resultado, sino una operación y la expresión: obra de arte, es válida sólo en tanto se la entienda elípticamente. Evidentemente la obra es algo adquirido, pero no lo es en cuanto obra *de arte*. Lo es sólo en cuanto se halla ante nosotros como instrumento y vehículo de nuestra operación artística.

2

La obra: una propuesta. — La obra de arte está ahí, pues, como una posibilidad. La obra de arte es una *propuesta*. Ante ella el lector, contemplador o auditor, se halla libre y solicitado a la vez, como el amante frente a la amada o el jugador en el juego. Como el amor vive de un acuerdo tácito acerca de determinadas preferencias, de recíprocos servicios personales que sólo tienen realidad en la imaginación de los amantes, y que cada situación inventará de nuevo, como el juego se desarrolla en incitaciones y respuestas sucesivas según un orden regulado pero

imprevisible, así el *dilettante* ingresa en la obra como en una situación que se le ofrece libremente aceptar, en la cual, una vez aceptada, es libre de perseverar, pero de cuya libre aceptación y perseverancia se deriva una compulsión íntima imposible de eludir.

3

Los datos y su formación. — Fijémonos en lo que contiene esta propuesta. De un lado, en la obra se ofrecen primero una serie de elementos materiales como algo dado abruptamente: signos (palabras, manchas de color, sonidos), y las series de que forman parte. Las series, además, tienen el carácter de estructuras: la mera contigüidad aquí no es suficiente, análogamente a como en el lenguaje se requiere a la vez un léxico y una sintaxis. Dichos elementos materiales se refieren a algo, los signos y sus estructuras expresan algo. Por ello, y para evitar equívocos, los designaremos a unos y otros con el mismo término: signos. Los signos en este sentido son los *datos* de la obra de arte.

Ahora bien, con estos datos se agota todo el material de la obra de arte. Si ésta fuera susceptible de descripción meramente exterior, con la de sus datos (operación relativamente fácil) quedaría agotada también la descripción de la obra de arte. Pero ya hemos establecido que la obra de arte no se reduce a lo adquirido en ella, sino que consiste eminentemente en una operación. Los datos de la obra son el punto de partida y definición material de aquélla, pero la obra misma consiste en último término única y exclusivamente en su operación.

La obra de arte se define, pues, como una propuesta de operar a partir de unos datos *materiales* determinados. Pero la operación misma es eminentemente *formal*. La obra de arte, en efecto, se opera con la recepción de los datos en la intimidad del lector, contemplador, auditor. Dicha recepción se realiza en impulsaciones íntimas, reguladas por los elementos materiales de la obra, pero en sí misma son puramente formales. Esto es, lo que en la obra se ofrece como dato material, en la intimidad receptora se traduce en pura actividad espiritual.

Pero esto requiere explicación. Los datos materiales, los signos en sentido amplio, de la obra se presentan referidos unos a otros de modo tal que con su contigüidad y sucesión determinan una estructura. Dicha referencia supone que los signos, junto a su función expresiva o de señalamiento orientada al mundo circundante, tienen otra orientada al campo de la obra. Ahora bien, ello no puede ser en su misma cualidad de signos: muy al contrario, el signo desaparece y es lo significado lo que se organiza en afinidades y oposiciones (rasgos puramente formales) en el decurso temporal de recepción de la obra. Las afinidades y oposiciones (que pueden tener muy distinto grado de complejidad) son percibidas por el espíritu en completa simultaneidad con su operación de reviviscencia de la obra. La estructura que determinan no puede, por lo tanto, ser señalada como un dato más entre los de la obra sino que

se confunde con el proceso de reviviscencia señalado de los datos de la obra, y sólo puede ser percibida en la medida que dichos datos la determinan. Esta es, como veremos, la «forma interna» de la obra.

En la pura actividad espiritual que determina dicha estructura consiste el arte, en el proceso de formalización de los datos de la obra. Dicho de otro modo, lo que la obra nos propone es una operación que consiste en la formalización de sus datos.

4

El arte como formalización de la experiencia. — Podemos adelantar un paso más y decir que el arte es una formalización de la experiencia: Los datos, en efecto, son signos que expresan algo por sí mismos, que conllevan un sentido. Ahora bien, de hecho, lo primero, en la recepción de la obra es hacerse cargo de lo expresado en ella.

No se trata de un simple entender. Los signos no remiten abstractamente a lo significado como simples notificadores. La función del signo en la obra de arte es compleja y profunda. Apela al depósito concreto de la diversa experiencia vital y suscita imaginaciones y voliciones muy personales. De hecho, una palabra con su significación y sus connotaciones es un centro de irradiación en múltiples direcciones íntimas, un suscitador de evocaciones con nexos múltiples e imprevisibles en la intimidad. Así, un color o un acorde. El que tanto las palabras, los colores y los acordes como sus series estén limitados, define del punto de vista de la experiencia concreta de cada lector, contemplador o auditor de una obra dada. En todo caso la intimidad en la forma de dicha experiencia concreta se vuelca en la obra, tan concreta como la experiencia, a través de sus datos y se formaliza en ella con ellos. La intimidad así se hace transparente, se dinamiza en el arte. Pero la intimidad, en la forma de una experiencia dada, es lo esencialmente pasivo y opaco. Así el arte puede en barroca imagen ser definido como una opacidad transparente.

5

La forma interna. — Hemos definido el arte como una operación y la obra como una propuesta. Hemos distinguido en ésta los datos que la definen concretamente y la formalización estructurada por sus afinidades y oposiciones que se lleva a cabo en la intimidad del receptor. Nuestras consideraciones desembocan todas con esto en la cuestión de la estructura de la obra. No se nos oculta que, en rigor, lo primero sería definir con cierta mayor precisión técnica en qué consisten aquellas afinidades y oposiciones, esto es, cómo se lleva a cabo la formalización de los datos. En rigor, repito, dicha definición tiene que ser el pivote indispensable sobre el que se mueva la técnica de la explicación de las obras, el día que dicha técnica se constituya. De todos modos, como mero pro-

blema *técnico*, aun reconociendo su urgencia, nosotros podemos dejarlo a un lado.

Lo que nos interesa ahora es insistir en algunos aspectos de la estructura, de modo que quede por lo menos clara su función en el total de la obra.

Observemos primero que la estructura nace de los datos mismos de la obra. Los datos mismos la determinan al organizarse dinámicamente en afinidades y oposiciones. La estructura, así, es la emanación del contexto que determinan los datos, es el contexto mismo, como totalidad. La estructura como forma, es, en consecuencia, tan concreta como los datos mismos, está como forma inclusa en los datos como el alma lo está en el cuerpo. Así queda plenamente justificada la denominación de «forma interna».

La forma interna, como forma concreta de estructuración de los datos de la obra, no puede separarse de ésta. No puede por lo tanto hablarse de técnica en abstracto más que irónicamente. Croce arguye aproximadamente así: la técnica de una obra, o está dentro o está fuera. Si está fuera, no es preciso unirla a ella; si está dentro, no puede distinguirse de ella.

Pero esto no significa que los datos de la obra, como tales, sean lo decisivo. De nuestra definición de la obra como una propuesta de operación sobre una base determinada de datos se desprende por el contrario que lo decisivo en el arte es la operación misma. La estructura que los datos determinan, su organización en un contexto, la forma interna que de ellos emana, todo esto son denominaciones distintas del modo de la operación. El «qué» del arte consiste en este «cómo» de su operación.

Y este «cómo» se reduce al proceso de dinamización íntima que se verìfica en el ánimo del receptor: lector, contemplador, auditor. El proceso que llamábamos de formalización de los datos, y también de formalización de la experiencia, es en último término un proceso de formalización íntima. Y es en ella y por ella que los datos adquieren su último, definitivo *sentido*. La formalización de los datos no significa, en efecto, otra cosa que esta reducción que sufren, en virtud de la operación artística, a su mera función de elementos de una estructura en curso, a puras irradiaciones de impulsos dentro de un flujo al que determinan y que los determina, al que llevan adelante y que los lleva adelante, al que, como sentido total de la obra, definen y que los define.

La preeminencia ontológica, por así decir, de la forma sobre los datos, estriba en su carácter de totalidad. Como tal totalidad, en ella se funda el sentido de sus elementos, que sin ella serían un mero agregado insignificante.

6

El goce estético. La interpretación. — Llegados a este punto podemos ya definir el *goce estético como proceso de formalización íntima.*

El goce estético depende, pues, esencialmente de la comprensión de la obra, y precisamente en este sentido eminentemente formal. Es un error muy grave considerar el juicio del lector, contemplador o auditor ingenuo, esto es, incapaz de traducir su experiencia artística en una expresión elaborada, como un juicio degragado y provisional frente al juicio del crítico. Por el contrario, el lector ingenuo de una novela, en la que absorbe por completo su imaginación, es *prima facie* y mientras no se demuestre lo contrario, un intérprete más auténtico de la obra que el crítico que la desmenuza en sus datos, digiriéndola expeditiva y alegremente como un producto intelectual cualquiera, una disertación filosófica o un reportaje. Incluso el crítico con sensibilidad incurre *necesariamente* en otro error: su traducción de la obra en juicio acerca de su valor humano, ético, «estético», etc., la falsifica en su cualidad esencial de pura operación formal.

Que esta falsificación es necesaria resulta obvio, con sólo que tengamos presente qué significa la operación formal de reviviscencia de la obra. La hemos definido como proceso de formalización de la intimidad; pero que lo formalizado sea precisamente *la intimidad* supone que dicha formalización no puede ser cualitativamente neutra. Pura sí, lo es y debe serlo, de sentimientos específicamente determinados, pero cierta sentimentalidad genérica, «formal», es indispensable. Ahora bien, esta sentimentalidad genérica se traduce inmediatamente en sentimentalidad específica: el simple hecho de sentirse vivir, que subyace a todo actividad del hombre, y por lo tanto también a su operación artística, es sólo una modificación de la pasividad concreta del lector, contemplador, auditor. Es evidente por ello que la traducción en sentimientos, en experiencia concreta, de la formalización operada en la obra de arte es, no sólo inevitable, sino incluso condición ineludible de la comprensión de la obra. Todo lector, contemplador, auditor, interpreta en términos de su experiencia personal la formalización en que consiste el arte.

Es evidente por ello que toda interpretación (sincera) es auténtica. El lector que vive su novela, aun con toda su ingenuidad (comparado a los pedantes, precisamente por su ingenuidad), es el lector ante el Altísimo.

JUAN FERRATER



FILOSOFÍA DEL DINERO

En ninguna época como en nuestro tiempo los problemas del vivir y sobrevivir han estado más a flor de piel. La política emanada de la hora presente ha tomado un gálibo social acusado: individuo y colectividad, región, nación y estado, doctrina de paz y doctrina de guerra, son preocupaciones albergadas en la frente de cada hombre, como si el derecho de existir fuese a su vez ley de la propia vida. Se conjugan, pues, demasiadas cosas para reducirlas a un estrecho marco y, al parecer, se pretende unificar dentro de sinónimos, conceptos distintos. Ya conozco su sentido diferencial, pero aquí los dejo, por el momento, un poco a la ingenua, para atender el problema del vivir. Cuando se refleje en la historia del futuro este pálpito de la hora actual, resultará difícil dibujar el perfil de nuestro tiempo y cumplir así los axiomas con que Melo comenzaba la *Guerra de Cataluña:* «Ofrezco a los venideros un exemplo, a los presentes un desengaño, un consuelo a los pasados», si al resbalar por el hollejuelo de las cosas, no descubrimos su carácter fundamental y determinista.

Yo no sé si de las muchas definiciones que se han dado sobre el vivir es quizá la más adecuada aquella que nos habla de la necesidad de necesidades, según la cual este garbeo a través del tiempo y el espacio es la lucha diaria de la existencia y la naturaleza nuestro subjetivo rodeo o *circunstancia.*

Pero ello es cierto que vivir, ocupar estática o dinámicamente un lugar en el planeta, se traduce por un *estar* y cuando alcanza un grado de equilibrio y serenidad por un *bien estar.* Por otra parte, sabido es lo que la alteración significa —inserción de los objetos en el cosmos—, y el ensimismamiento —reflexión y cierre dentro de sí mismos—. Entre ambas fases oscila el vivir, y de ellos sale el movimiento, la acción, la *praxis.* En esta lucha o agonía que supone el vivir por el pervivir, los medios con que el hombre desarrolla su acción juegan un papel tan decisivo que hoy no puede hablarse de otra política que no sea la social, entre los que todo lo poseen y los que nada poseen, al lado de los que viven su vida en la *concha de una dulce mediocridad.*

Desde los tiempos más remotos fué el dinero, sinónimo tantas veces de riqueza, utopía de la humana felicidad. Apareció como elemento de intercambio en el momento en que las palabras mío y tuyo fueron valladares de dos mundos, y de la función social del tener y no tener nació la riqueza y su antípoda la pobreza. Los que nada poseían lucharon contra las veleidades de la fortuna, ciega en todo momento, y mientras el sudor del trabajo bañaba sus frentes, germinaba eso que eufemísticamente se ha llamado complejo de inferioridad, sordo rencor de los preteridos, en su expresión más clara y directa.

El dinero era la felicidad; acaudalarlo en forma de riqueza, era poseer el talismán más preciado para conseguirlo todo. Este sentir y este pensar, eterno a través de las civilizaciones, se hizo como una especie de resorte para mover en los hombres el talón de Aquiles de la Humanidad, entre otros de sus puntos vulnerables. Descubrir que por este portillo se conquistaba las voluntades, fué lo que llevó en los credos políticos a divulgar ideales redentores en cualquier momento.

Y sin embargo, el supremo ideal de la vida, la felicidad, no el *estar*, sino el *bien estar* traducido en el colmo de las aspiraciones, tampoco llegaba para la clase de los privilegiados; porque cualquiera que fuese el origen de su riqueza, se sintieron defraudados al ver quebrar entre sus manos la ilusión del deseo por la realidad de la conquista; es que la felicidad no existe, porque es algo que se escapa de nosotros. Es decir, que esta hermosa utopía, como aspiración que es, está sujeta a leyes biológicas de la vacuidad humana. Del deseo al hastío puede afirmarse que sólo media el relámpago breve de la posesión.

No he podido pensar nunca que la vida estuviera sujeta al azar; la fuerza del destino, el imperativo del hado, el cubileteo de la suerte, me parecen en último término la expresión de una voluntad superior, en cuyos arcanos no puede penetrar nuestra inteligencia. Lindamos con el Misterio, pero el hombre, desde las épocas primitivas hasta hoy, para explicarse lo inexplicable, creó el sortilegio de lo maravilloso. Sin embargo ningún pensar de mente serena se podrá dejar llevar de estos arrebatos; una contemplación de la vida con criterio ecuánime, le llevará a descubrir nexos y leyes que caen dentro de la humana psicología y aun de la fisiología pura; leyes invulnerables que rigen la vida mientras la vida existe y tan sólo se quebrantan en el supremo momento de morir.

El sentimiento y la idea, en la diversa gama de su exteriorización obedecen a una extraña psicología. Nada que sea humano nos puede ser ajeno. Se es artista, hombre de ciencia, gobernante, estadista, religioso, economista, maestro y también pobre o rico, en virtud de un mecanismo psicológico puesto en juego en cada uno. Vivir, según eso y desde estotro punto de vista, sería el triunfo de las afinidades electivas, maraña complicada de sugestiones. Un caso lo tenemos palpable en la eminencia del poder; no se llega a gobernante, príncipe, dictador, por unas elecciones, por el triunfo de una batalla, por un golpe de Estado; esto es, acaso, el motivo inmediato y preliminar; el proceso teleológico hay que bus-

carlo en el poder sugestivo y aglutinante que eleva a un hombre sobre todos los demás. Cuando esta fuerza íntima desaparece viene la impopularidad y la caída. Quiero decir con esto que es en el alma donde radican los resortes del triunfo.

Por eso no sé hasta qué punto se ha de creer en la suerte para conseguir el dinero, restando de este modo un positivo mérito al que lo ha logrado. El que ha logrado el dinero no cabe duda de que posee una fuerza especial para ser eminencia sobre los demás. Si concedemos mérito al que logra realizar una obra de arte, ¿por qué hemos de negarlo al que se adueña del vil metal? Creo que existe eso que pudiéramos llamar vocación de ser rico, preeminencia para serlo, fiebre y deseo de conseguirlo tan parecido al hambre del sexo. Porque además, y creo que con esto no se descubre algún Mediterráneo, el dinero es algo tan complejo en el mundo, tan importante y tan imprescindible, que es la vida entera en sus múltiples manifestaciones. No sólo es el goce de los sentidos, sino también potencia y núcleo fundamental de cualquier actividad. Como veis, nos hallamos ya en un círculo vicioso; este anhelo del alma es a la vez causa y efecto de sus propias manifestaciones.

Así se comprende que el dinero haya sido tan codiciado y los ojos de la envidia contemplen con cristales de aumento el bienestar ajeno y por paradoja empequeñecido el propio. Sin tener en cuenta, claro está, que el dinero no es, ni puede ni debe ser únicamente el bienestar de uno, ni de una clase, porque, además de función psicológica, es también y principalmente, función social. La mayor parte de las diatribas contra el dinero, nacen del error que supone juzgar la riqueza y los bienes de la fortuna tan sólo en relación con las cualidades subjetivas de las personas acaudaladas, sin ver esta irradiación social de la riqueza.

Es frecuente el asombro ante la riqueza de muchas gentes a quienes Dios no les concedió gran inteligencia. Se oye a diario:

— ¡Pero cómo es posible que este hombre se haya hecho tan rico...!

Y claro está que así volvemos a caer de lleno en la esfera del azar y poner el factor suerte en primer término y cerrar los ojos a la función social del dinero y de su acúmulo, que es la riqueza.

Hace años, un escritor aragonés, financiero por añadidura, en un curioso opúsculo sobre el arte de ser rico, hacía un análisis sobre las causas de la riqueza; es decir, las aparienciales, no las que he señalado antes, y así llegaba a la conclusión de que la mitad más uno de los poderosos habían heredado su espléndida situación, sin otro esfuerzo que consolidarla y transmitirla a sus hijos después. Incluía detrás de estos a los ricos por azar, aquellos que recibieron el dinero por conducto de una lotería, del juego de ruleta, altas valoraciones, minas, urbanizaciones y cotizaciones altas. Y en tercer lugar, aquellos que consiguieron el dinero gracias al talento, laboriosidad, voluntad perseverante, y sobre todo a ese no sé qué que caracteriza al hombre de negocios que sabe acaudalar. O sea que el balance era pesimista y depresivo, ya que la causa íntima y primera de la riqueza — de todas la más importante —, ocupaba el ter-

cer lugar, en tanto que lo tradicional y aun maravilloso, venían a ser la causa determinante. Pero aun aceptando este pensamiento, forzoso es reconocer en el que tiene dinero por herencia o por suerte, el talento de acrecentarlo y conservarlo, si es que su estado de rico ha de prolongarse a través de varias generaciones. Esto que parece baladí, es muy importante, porque implica una educación de la riqueza. Es preciso que la conciencia del hombre que tiene dinero, sea cual fuere el origen del mismo, esté moldeada para serlo; y no me refiero ahora al sentido ético de la riqueza, sino al sentido perseverante y conservador del hombre que alcanza determinado estadio. Cuando en un hombre inédito hasta entonces de riqueza cae sobre él el dinero, siente una especie de alegría infantil que se traduce en la exteriorización de superfluidades y caprichos. Si la fase de óptimo y desgarrado entusiasmo no se frena por un sentido conservador y dinámico al mismo tiempo del dinero, es que no reúne condiciones, y por tanto no merece serlo. Por algo recomienda Balmes, al frente de su capítulo sobre la propiedad, que el dinero sea legitimado con el propio esfuerzo; es decir, en otras palabras, que es una de tantas cosas que la vida ha creado como representación del trabajo continuado a lo largo de generaciones.

Y así no ha faltado quien, amparándose en este concepto cuasi biológico, ha elevado a la misma categoría de la inteligencia condiciones sensitivas de tacto y orientación y se habla de la hormiga y de la araña, para calificar a muchos acaudaladores de dinero.

Talento y constancia son, pues las dos cualidades del hombre que se hace rico; pero son las dos muy diversas de las que precisa el sabio cultivador de ciencia pura, idealista y platónico; la inteligencia del buscador de dinero arraiga cada vez más en los bienes de la tierra, la del sabio navega por el claror abismal de las estrellas, en que baña su alma impregnada de esencias metafísicas. Los dos sienten fiebre, eterna y humana; tan sólo los diferencia el sesgo de sus aspiraciones.

Pero ya que me propongo hacer un ensayo sobre el dinero, al llegar a este punto de confluencia con la sabiduría, quiero señalar la extraña coincidencia que supone la madurez intelectual de los pueblos con el auge mayor de su dinero; no hubo nunca Siglo de Oro que no fuese también Siglo del Oro. Y las filigranas de la imaginación, los alardes del sentimiento, el triunfo de la inteligencia, tuvieron un asiento dorado de doblones, florines y sestercios. El talento fué primero moneda, y después significó inteligencia, por la mucha que se precisaba para enriquecerse. Los países se empobrecen espiritualmente cuando el dinero escasea en ellos y tiene menos valor adquisitivo, y de esto no dice nada, que yo sepa, la Sociología, ni siquiera aquellos economistas ingleses y americanos—Smith, Taylor, Badem-Powell, Smiles y Baldwin—, escudriñadores de los problemas sociales de los pueblos.

Es que cuando un pueblo se empobrece se siente acobardado; es como si el brillo del oro fuera un supremo excitante para sus empresas; el rostro de un Emperador en lucientes y amarillas monedas es un ideal

fuerte que defender y que llena a los súbditos de ansias imperialistas. Porque lo interesante no es precisamente tener mucho dinero, sino poco, bueno y bien utilizado en la gran función social. Todos recordamos la angustia infinita de aquellos países que tras los grandes trastornos de una guerra, cargan su economía destrozada de sendos paquetes de papel moneda. A la baja de su dinero corresponde por igual la baja de su inteligencia; el medio pesa aquí como una losa de plomo ahogando iniciativas personales. Claro es que también dentro de las consideraciones humanas que vamos trazando, pudiéramos señalar la baja de las cualidades intelectuales, como causa de la económica. Y así nos limitamos a señalar la coincidencia entre ambas. Y es que el dinero, creación convencional —una de tantas—, tan importante es en relación a la reserva oro como eficaz en su capacidad adquisitiva, y esto está bien claro, en relación con las condiciones de tiempo y lugar: geografía, clima y suelo determinan actividades peculiares, según hemos leído en Aschoff.

Lo que no cabe duda es que el dinero, intercambio, llave que abre todas las puertas, es poderoso acicate para la vida. Y atentos a este anhelo, escritores y moralistas del mundo entero aconsejaron el desprecio de la riqueza. Cicerón, en el Cap. XX de los *Oficios*, recomienda «huir de la codicia del dinero; pues no hay cosa que más indique bajeza, y abatimiento del ánimo que el amor a las riquezas, si no las tenemos, y si las tenemos, emplearlas en ser liberales y bienhechores». Y el Obispo de Mondoñedo, nuestro Fray Antonio de Guevara, recomendaba a sus religiosos: «Dejar la plata y el oro no es porque es en sí malo, sino que para servir a Dios es muy gran estorbo; y esto es por el trabajo que lo pasamos en lo allegar, el cuidado que tenemos en lo tener y los arrojos que nos da su repartir».

Tener dinero, ganado o allegado supone, pues, una preocupación; supone, a veces, la ocupación de una vida entregada totalmente al arte de opitular; por eso los teorizantes de la ética aconsejan desprenderse de él; sin embargo, esta es una de las pasiones más arraigadas.

Pero no podemos decir que el dinero sea bueno, ni malo; no es un fin, es tan sólo un instrumento. Su bondad o su maldad dependerá exclusivamente del uso que de él se haga. Da una superioridad sobre los que no lo poseen. En la psicología del rico, rara vez se halla la humildad; quizá en muchas ocasiones tampoco la soberbia; un afán de mando, un deseo de elevarse abatiendo la actitud de los demás; es decir, eminencia de señorío. Desde los pueblos primitivos hasta hoy no surgió el señor hasta que hubo un acaudalado; a su alrededor se agrupó el eterno coro de necesitados y suplicantes, rendidores de todas las pleitesías, agradadores de todos los Segismundos, fascinados por el brillo deslumbrante del dinero. Quizá de las deformaciones que sufre la apreciación humana, no exista una más propicia al error que la riqueza. Para ponderar lo mucho que posee el rico, obtenido mediante herencia o en el negocio próspero, se multiplican las cifras hasta cantidades inverosímiles; por las caldeadas imaginaciones brotan y corren las cadenas de millones en loca fan-

tasía. Y es que ante el dinero el mundo adopta una posición ingenua y primitiva; es concederle una demasiada pleitesía; creer, en suma, en su poder omnímodo. Cuando se trata del dinero heredado, todavía la fantasía se desboca más, y los millones soñados excitan la codicia en grado superlativo. Nadie cree ser rico si no es millonario; y lo cierto es que en estos tiempos de economías decantadas, muchos pueden considerarse como unos pobres millonarios, nacidos al cumplirse en ellos la archisabida ley de Gresham.

En este sentido quiero insistir en lo que yo llamaría poder mágico del dinero. Admitida la idiosincrasia especial del rico, la admiración y la envidia que el dinero suscita en los demás mueve poderosos resortes de ingenuidad. Y esto comprueba la verdad axiomática de que el dinero precisa de una función social y de la consideración ajena. A nadie le es lícito poseer el dinero para sí; por más que el avaro cierre su dinero en la hermética concha del egoísmo, si ha de formar parte de su bienestar, necesita tanto de la función social como de la consideración de los otros. Dicho de otro modo: como todas las cosas de la vida el rico necesita que se le reconozca, que se le admire y se le emplee su dinero; de otra manera, todo ello moriría consigo mismo y sería tan sólo su riqueza un proceso centrípeto de acaudalar. No, necesita evidentemente de los demás; la misma fiebre del oro precisa para ejercer su señorío de súbditos alrededor.

Las mercedes y granjerías de los afortunados colmaron en siglos anteriores las aspiraciones de los humildes, en las épocas de esplendor. La limosna, forma la más sencilla de la merced, era un modo de elevar más al poderoso sobre el pobre; y en los tiempos primitivos aquél debía aparecer como un semidiós. Pero también es cierto que en España, al lado de este mundo de los ricos, flotaba otro de hambrientos, hidalgüelos de lugar con las briznas de queso en los mostachos, o alegres lazarillos, cubiertas a medias sus carnes con sórdidos andrajos. Bifronte, como la faz de Jano, la vida de nuestro Imperio ofrecía estos dos mundos; el de los pícaros era una manifestación puramente española, nacía sin rencor, con la sonrisa en los labios y el alma impregnada de esencias senequistas, y cruzaban por la vida ni envidiosos, ni envidiados, gozosos de su simple estar en la tierra. Sin duda, para ellos había escrito Luis Vives la *Educación de la pobreza*. Por este mundo de Lazarillos y Guzmanes cruzó un espíritu tan fino y equilibrado como el de Cervantes, y la ecuanimidad de su pensamiento, arrancando de Séneca y Boecio, expresaba esta resignación estoica y orgullosa al mismo tiempo, del que vive en la pobreza. Acataba el pobre al rico sin osar jamás interferir su esfera y contento en su miseria resignábase a no ser nada frente al amo del dinero. «Y has de considerar — dice en el *Coloquio de los perros* — que nunca el consejo del pobre, por bueno que sea, fué admitido, ni el pobre humilde ha de tener presunción de aconsejar a los grandes, y a los que piensan que lo saben todo. La sabiduría en el pobre está asombrada; que la necesidad y la miseria son las sombras y nubes que la oscurecen, y si acaso se des-

cubre, la juzgan por tontedad y la tratan con menosprecio.» Y como la riqueza ofrecía grandes peligros, añade este hombre que tan poco había disfrutado de ella, en *El celoso extremeño:* «Tan pesada carga es la riqueza al que no está criado a tenerla ni sabe más della, como lo es la pobreza al que continuo la tiene. Cuidados acarrea el oro y cuidados la falta dél; pero los unos se remedian con alcanzar alguna mediana cantidad, y los otros se aumentan mientras más parte se alcanza.» O como decía el caballero y poeta aragonés Pedro Ximénez de Urrea: «el dinero da doble tormento y más alimenta la codicia al que lo tiene después de adquirirlo que cuando lo busca».

Por fortuna, frente a estas desigualdades de la vida a través de todos los tiempos, con la supremacía de los dueños del oro y la sumisión o desprecio resignado de los humildes, el dinero no está siempre en las mismas manos; corre de unas a otras con fluidez de río y como río que se pierde en el mar, no pocas veces se deshace y desintegra, y lo que es riqueza de unos pasa a ser modesto caudal de muchos.

El dinero tiene, pues, su biología como la humanidad y la existencia del hombre; nace, crece, se desarrolla y se pierde al fin. No hay familias eternamente ricas; a través de los tiempos y generaciones, la opulencia va siguiendo el compás de éxitos y adversidades. A veces cuesta muchos sacrificios lograr el primer caudal; y hecho y consolidado, las manos pródigas del heredero, la carcoma de los vicios, el riesgo de la inexperiencia, celibatos prolongados, matrimonios estériles, destruyen y acaban en un instante lo que costó tanto conseguir, conservar y acrecentar; el caudal vienen a representar como el esfuerzo de varias generaciones y tiene así una honda prolongación psicológica.

En el momento en que el caudal se disuelve y pasa de mano la verdad es que queda muy lejano el recuerdo del primero que lo recogió para la familia. Sin embargo, nadie podrá negar que tiene un hondo sentido trascendental; el que logró la riqueza, en edad precoz que fuera, sabía que no la conseguía para él, sino para propios o extraños encargados de recoger la pequeña célula de su economía, en el gran organismo del país.

Y como, en fin, aplicando al dinero este determinismo biológico podemos recordar aquello de que en la vida nada se pierde sino que todo se transforma, la riqueza antes de su desintegración es copiosa fuente de energía y semillero de otras fortunas.

La sociedad misma, conocedora de estos procesos, establece leyes de protección del dinero. Estas leyes, que son obra del conjunto y van encaminadas a lo que ya en viejos tiempos se llamó *bien común,* nacían de *coetus perfectus,* con que la filosofía clásica de la agrupación humana, eran refrendo y garantía para el dinero acaudalado y dar seguridad al rico.

De ello se deduce una vez más que el dinero ha de vivir y ejercer su función dentro de la sociedad. Si la riqueza tuviese rasero y tope sería una forma coercitiva de cortar iniciativas individuales.

Y aquí hemos llegado a uno de los puntos más vulnerables de nuestros

tiempos. No hay pasaje de la historia moderna que no esté lleno de este aliento, próspero o adverso, hacia el dinero y hacia la riqueza. Lo que para unos ha sido *tabú*, para otros era el eje sobre que construir todo el andamiaje de una reforma social. Es el móvil sobre el que giran los tiempos actuales. Corrieran otros menos materializados, y la masa humana fuera capaz de luchar por un imperio cristiano como el de Carlomagno, o el espíritu de las Cruzadas. Y es que de la misma manera que las modas y los modos de los pueblos cambian y los ideales filosóficos y estéticos son distintos a través de los tiempos y los espacios, también los ideales políticos son otros, en diversas cronología y geografía. En aquel triste éxodo del monarca que concluye en la guillotina, o en el relámpago de la guerra encendido por Napoleón, como en los sueños de grandeza de un Hitler, o los proyectos de una hegemonía europea desde Oriente de Stalin, no se lucha por una u otra forma de gobierno, sino por una situación económica del dinero; por lo menos esta es la consigna obedecida ciegamente por la masa. Y esta es una reacción agria y violenta de los pobres y menesterosos, muy distinta de aquella posición despectiva y resignada, adoptada por la picaresca española, frente al dinero.

Se dice en libros modernos que una de las características de la época actual es el deseo de riqueza; que el dinero viene a ser como una especie de ideal moderno, y se observa que antes se aceptaba con más resignación el establecimiento natural de la riqueza y la distribución del dinero. El ser rico o ser pobre era, pues, algo muy natural y el deseo consistía tan sólo en una vaga aspiración, sin esperanza concreta de realidad. El mundo ha dado una virada tan violenta que nadie se cree forzosamente adscrito a la pobreza o a la riqueza; todos se creen con derecho a poseer dinero y de aquí surge la queja, la protesta, el rencor. Esta reacción, naturalmente, tiene varios matices, desde el sueño dorado de una lotería hasta las transformaciones políticas de la sociedad.

Sin embargo, dentro del concepto actual de riqueza hay también diferencias; una cosa es la *propiedad*, disfrute permanente y sucesivo de la riqueza, y otra el *goce*, uso accidental y pasajero de la misma. Hoy ha desaparecido el sentido tradicional y sustantivo de la riqueza, que fué preconizado por la política de Aristóteles.

Así se puede explicar el profundo arraigo de las doctrinas soviéticas en el pueblo ruso. Lo que hay detrás del telón de acero ya se sabe que no es perfecto, ni agradable para el obrero —erigido en rey que no gobierna—, ni para el campesino —colaborador en el sistema económico—; pero todo el proceso de socialización tiene como única base dar salida a este anhelo y deseo de las clases bajas contra los ricos; el problema es, pues, muy sencillo y se mantiene con la idea de que los países capitalistas traman a diario intervenciones militares para reducir a la miseria y esclavitud al obrero ruso, y en consecuencia no ve otro protector verdadero de sus intereses que el estado comunista. No tiene ya sentido tradicional y permanente de la propiedad y apetece tan sólo el goce accidental de cuanto la vida le ofrece y sabe que todo eso ha de per-

derlo como el aire que ventila sus pulmones, y junto a eso está la nueva concepción de la familia vinculada también en un lazo accidental. Este nuevo tipo de revolución no cabe duda que viene a ser muy representativo del momento presente, tan cargado de materialismo.

Y ante esta consideración no puede uno menos de preguntarse: Todas estas conmociones sociales, este vaivén político desde el siglo XVII hasta hoy, ¿no serán tal vez sinfonía y preámbulo de una restitución que el mundo reclama, que la justicia ordena? ¿La fortuna privada será un concepto, un ente de mejor razón que una realidad práctica? ¿Esta importancia que damos al dinero será cosa de un tiempo, de una edad; una ilusión, un capricho de la moda, una teoría económica que prevalece hoy en todos los países contra lógica y contra moral, que caerá mañana para establecer los valores positivos del orbe con otras normas, con otra entelequia quizá? ¿Prevalecerá siempre la filosofía del dinero?

Hasta hoy hemos dado carta de naturaleza al dinero en nuestra sociedad. Ha sido eje y núcleo del progreso; el bullir de la industria, la perfección de la técnica, el adiestramiento del método han nacido de la riqueza. La comprobación de esto la hallamos también en la historia. Los pueblos que tuvieron pies de oro y de plata, fueron estados prósperos en que la industria y la ciencia prosperó eficazmente. Y si en biología hay un axioma que dice, poco más o menos, que la vida se da cuando la vida se tiene en exceso, por la misma razón los pueblos, los países y los estados que tienen dinero podrán ensanchar sus dominios y ejercer una función benéfica sobre los pueblos vecinos. Y no se olvide que la riqueza de los pueblos débese en gran parte a las riquezas privadas de sus ciudadanos, que son las que marcan el compás de las oscilaciones históricas.

El dinero ejercía así una función directa en el progreso de los pueblos. La riqueza fué el avance del arte, la perfección del invento y la institución de los grandes organismos del estado. Necesitaban los pueblos simbolizar en algo terreno la eminencia del poder y crearon sus héroes y sus reyes, coronándolos de oro y sentándolos sobre tronos relucientes; el protocolo los envolvía en una atmósfera de semidioses; y el ara tanto como el altar representaron el tributo del dinero a la fe, al amor y al heroísmo. El dinero jugó un papel decisivo en la historia de los pueblos.

Y de aquí nació el considerarlo como creación jurídica del Estado, signo de riqueza, símbolo, valor real, medida o contenido, fin o medio, algo, en fin, con lo que adquirimos cuanto nos falta o deseamos; elemento necesario para la vida del hombre en la tierra.

Con dinero y mediante la riqueza el hombre puede obtener tales mejoramientos que alcance más y por lo menos mejor vida que sus prójimos pobres. Y esta eminencia, esta vida situada en plano superior, no es sólo señorío, sino que también es poder y dominio cuando se conjuga con otras cualidades de sagacidad, prudencia, sabiduría práctica. Por esta razón el rico aparece deslumbrador ante la actitud humildosa del pobre. El poder tiene al dinero como su primer resorte.

Y este poder no puede negarse que late en todos los momentos de su

historia; lo difícil en cada momento es haberlo utilizado bien. Los patricios romanos, los nobles de la Francia del siglo XVIII, los grandes duques rusos, vivirán enfrascados en sus vidas ostentosas, dando pábulo e incentivo a la envidia de los pobres, sin ceder al huir despavoridos al Aventino, al subir a la guillotina o morir acribillados a balazos junto a la familia de los Zares. El dinero imprime de una vez y para siempre el carácter de dominadores y poderosos; la autoridad está basada en la amplia situación de su economía y precisa hacerse ostentosa; así ha nacido el boato de los lujos, que son a la vez una manifestación de la vida sexual. Pero el lujo es no sólo expresión del atractivo del sexo, sino también una forma de endiosar al rico para hacerlo deslumbrante y respetable a los ojos de los humildes.

Quizá en esto radica el interés de las religiones en aconsejar el abandono de la riqueza, desde aquello del camello y el ojo de la aguja, hasta la encíclica *Rerum Novarum,* las afirmaciones de Barés en pro de la ascética o el sentido reverencial del dinero, de que nos habló Ramiro de Maeztu. Así se explica que entre los tres votos solemnes de las órdenes religiosas figure en lugar preeminente el de la pobreza, sin duda porque quien no tiene dinero está menos expuesto a pecar; el rico, el poderoso, a quien la vida material le sonríe, puede conseguir a base de oro cuanto signifique halago y expansión de los sentidos. Suprimido éste entienden las comunidades religiosas fundido su capital en el erario de la orden, que es más fácil cumplir castidad y obediencia.

Pero ya que hemos rozado esta cuestión, quizá no estará de más que ampliemos enunciados. Hemos afirmado no ha mucho que el dinero es eminencia y superioridad y que el rico es poderoso y para serlo recurre a lo ostentoso de su traje, es decir recurre al lujo. Este, a los ojos del espectador ingenuo representa lo superfluo, aquello *que se usa y se posee* sin mayor necesidad; en el fondo es algo más profundo y trascendente. La moda que supone una variación total del modo de cada tiempo, y la coquetería, que es el arte de agradar mediante el cultivo de los atractivos personales, son fenómenos casi estrictamente femeninos; pero no se cambia una moda, ni se desvía un arte de agradar por un simple capricho de la mujer o del hombre, *sino que obedece a causas profundas del alma* de cada pueblo y de cada tiempo. Así en los pueblos primitivos el tatuaje es una coquetería de la mujer y el color negro de la tez el tipo ideal de belleza femenina. De la relatividad de este criterio estético nos da idea clara aquella princesa de *Silvestre Paradox,* descontenta de vivir en la magnificencia de su choza, transformada por su fantasía en palacio. En el *fondo de la cuestión hallamos los mismos móviles psicológicos para la* consecución del dinero; todo el afán de dominio, todo el afán de posesión, encubren un proceso centrífugo de sexualización. El lujo, cuyo móvil está en el dinero, tiene así este significado biológico.

Ortega y Gasset, hablando del origen de la técnica, se fija en dos tipos fundamentales representativos de extremos opuestos: el *butdisava,* para *quien existir es simple paréntesis de ascésis, entregado a la vida contem-*

plativa y penitencial, y el *gentleman*, que recibe por educación y herencia este sentido del poder ostentoso del lujo. En el primero el sentido biológico del dinero apenas si existe, contemplador como es del cielo paradisíaco y divino, mientras que en el otro, pegado a la tierra, la vida tiene un sentido de posesión y conquista. Esto parece tan cierto que los educadores de príncipes, temerosos de que el gobernante se pegue demasiado a la tierra y a lo humano aconsejan el desprecio de los bienes del mundo. «Si sois el que debéis — decía la Condesa de Aranda a su hijo —, no os paguéis mucho de vuestro dinero».

Pero el dinero puede servirnos para hacer mucho bien y así es bueno recordar aquella división de ricos que ha formulado alguien: los que se enriquecen empobreciendo a los demás y los que se enriquecen enriqueciendo a los demás. El rico más peligroso sería el avaro hermético, que acaudala sin devolver a la sociedad nada del dinero que llega a sus manos. Este prácticamente no existe; la biología del dinero precisa desarrollarse en la sociedad. Pero sí pudiera hablarse del mal uso del dinero, desde los fines amorales o inmorales, hasta los antiestéticos, frecuentes y habituales en aquellas fortunas logradas en un abrir y cerrar de ojos, que encumbran con rapidez de relámpago a quien se hallaba en capas sociales bajas. Es aquello que dice Dante llorando las desdichas de su Florencia amada, enumerando las causas de su caída:

la gente nuova
I subiti guadagni.

No hay que darle vueltas. El dinero hay que merecerlo y legitimarlo. No es malo, ni bueno; ni es el vil metal, ni el poderoso caballero; la vileza está en las acciones que con él se realizan; su señorío, en su empleo ejemplar. Los que mucho lo conocen o codician porque nunca lo han tenido, le han calificado así. Y yo que quisiera decir algo en su elogio, no puedo hacer otra cosa que disculparlo; y para ello presentarlo como hijo y creación de nosotros mismos. La sociedad, la ley, la política son expresión de la vida; para existir y coexistir se han creado estos admirables organismos. No llega nadie a ser rico sin haber hecho profesión de serlo. Para triunfar, como para todas las cosas de la vida se necesita voluntad, decisión. Ya hemos leído en Zweig que «el indeciso es rechazado con desprecio. Sólo los atrevidos, nuevos dioses de la tierra, son elevados por los brazos de fuego del destino hasta el cielo de los héroes». Y heroísmo es salir de la nada, como todos, y a lo largo de los siglos, adueñarse de los tesoros.

El dinero ha de merecerse y ganarse, por más que la fortuna, la inteligencia, la voluntad, sean factores esenciales para conseguirlo. Pero es importantísimo saber acrecentarlo y conservarlo. En esto radica una de las cuestiones más importantes: en la transmisión del dinero, en la continuación de la familia. Nada más triste desde el punto de vista social que las herencias sin lutos, ni lágrimas, sino con sonrisas, como afortunadas loterías en que salen premiados los que no llevaban partipación alguna.

El precepto árabe: «Ten un hijo, planta un árbol, escribe un libro, haz una casa», cuida celosamente de la conservación de la riqueza dentro de la familia. La familia, piedra angular del estado, queda convertida así en participante de esta función social del dinero. El amor tendría de esta forma estrecha relación con el dinero, como ejemplo de concordia, al juntar los corazones, en vez de serlo de discordia, al separarlos por el odio.

Con el dinero o sin él podemos ser felices y vivir alegres, o ser desgraciados y eternamente tristes. Si nuestra vida espiritual queda anegada ante el brillo del oro, muchas veces veremos deshacerse nuestras ilusiones como las semillas del amargón en la ráfaga de viento. Gran sabiduría será concederle a la riqueza la importancia que en sí tiene; pero no más. Trances nos ofrecerá la vida en que el dinero no podrá representar nada o será una carga más insufrible. Ni aun la moderación en los deseos y en las esperanzas, podrá servirnos de fuente de felicidad; cuanto menos el oro que parece panacea de todos los males. El *quid* de la cuestión está en saber vencer la realidad de todo, cuando la realidad nos sea adversa; despreciar fortunas y tesoros, venciéndose uno a sí mismo antes. El gran secreto de Segismundo, al despertar del sueño: dar a cada cosa su valor, y emplear la vida en un fin tan alto que convertida en ejecutoria, más allá del bien y del mal, por encima de una moral hedonista, pueda servir de norma de conducta a todos los demás. Sentido cristiano, en suma, que sabe poner una nota de amor fraterno a esta vida llena de lágrimas; beatitud del alma frente a la eternidad y fe acendrada en los arcanos del Misterio que comienza cuando la vida acaba.

José María CASTRO Y CALVO

LA «MOSTRA» DEL CARAVAGGIO EN MILAN*

Hoy en día, para algo nos ha de servir ser del siglo xx, transcurren pocas horas desde que el artista lanza su última ingeniosidad o sale de la peluquería con los mostachos apuntados en dirección inédita hasta que la nueva del acontecimiento nos llega. Se procura que la pirueta más baladí de un artista consagrado, consagrado muchas veces precisamente a fuerza de piruetas, no escape a nuestra atención. Ello es, desde luego, exponente de los logros de una publicidad bien manejada. Y también, por otra parte, índice de la incoercible tendencia humana a la admiración por el héroe, por quien puede sorprendernos con un panorama vital —no importa que sea escenografía barata—, alejado de nuestra aburrida cotidianeidad. Que el pintor, como los feriantes, tenga que dar volatines para inducirnos a penetrar en su caseta a ver los lienzos constituye un síntoma gravísimo para el arte y para la sociedad, un síntoma cuya trascendencia no voy a analizar aquí porque mi intención. me apresuro a consignarlo para disipar posibles alarmas, no es echar mi cuarto a espadas sobre ningún artista actual, sino tratar de la «Mostra» del Caravaggio.

La peregrinación terrenal de Caravaggio traza una biografía alucinante, altamente dramática, con episodios que recorren toda la gama novelesca, desde los traviesos conciertos nocturnos y pedreas a la casa de la patrona, hasta las fugas con escalo de la prisión, persecuciones sañudas, razonamientos ante tribunales y a punta de espada, el asesinato. Quien no la conozca más por menudo ya adivinará de lo escuetamente apuntado que la historia de Caravaggio suena a algo más serio y más

* Véanse las notas al final del artículo (pág. 34)

auténticamente vivido que las borracheras de ajenjo y el deber diez meses en la pensión de la dorada bohemia ochocentista, que las greñas de los existencialistas o las ocurrencias de Dalí.

Pero ni Caravaggio atravesó con su acero a su colega Tommasoni para que a los romanos les despertara curiosidad por sus cuadros, ni ahora hay necesidad de consignar las peripecias de su vivir con parecido objetivo. A Caravaggio, como a todo artista que verdaderamente lo sea, le bastan sus obras para que nos acerquemos a él. No es que su vida quede, como la de los cineístas, al margen de su producción, ya que vida y arte van siempre íntimamente entreverados, sino que el espejuelo de su biografía íntima y desgarrada no debe distraer nuestra atención de lo que nos dejó a lo largo de su ajetreado paso por la Tierra, es decir, de su pintura. Que esta pintura entrañaba la apertura de un nuevo horizonte estético lo vieron bien los escritores de arte antiguos, pero hasta nuestro siglo no se ha cobrado conciencia plena de la ingente talla artística de Michelangelo Merisi da Caravaggio y de la singular trascendencia de su mensaje para el rumbo de la pintura europea. Y a la hora de señalar los estudios históricocríticos que jalonan el proceso de su valorización no hay que remontarse más allá del 1906, cuando Kallab escribió en el anuario de las colecciones imperiales alemanas el primer ensayo exclusivamente dedicado a Caravaggio. A partir de esta fecha, se han sucedido constantemente las aportaciones a un mejor conocimiento de la figura del pintor, por obra principalmente de los estudiosos italianos y germanos, desde los Longhi, Venturi y Marangoni hasta los Voss y Pevsner, por no citar sino los más beneméritos y famosos de una nutridísima lista en la que apenas se echa de menos un nombre de especialista en arte italiano. Incluso el anciano Berenson, abandonando sus queridos «renacentistas», ha salido últimamente a la palestra libro en ristre (1).

Toda esta tarea crítica suscitada por el arte de Caravaggio y su círculo se ha dirigido hacia la resolución de tres cuestiones principales: formación artística del pintor; delimitación de las obras autógrafas y su cronología; estudio de su influencia inmediata y mediata. Los tres aspectos indicados son, claro está, fases de un mismo y complicado problema cuyo esclarecimiento constituye uno de los triunfos más notables de la moderna crítica artística, pues el panorama que presentaba la pintura caravaggiesca antes de ser encuadrado por el esquema histórico actual era de lo más confuso y espinoso que darse puede. El propio Roberto Longhi, quien ha sido, con mucho, el que más ha contribuído a esta delicada labor clarificadora y de sistematización, lo ha definido con un símil muy ajustado a la realidad, acercándola a un período próximo, al del impresionismo moderno. En efecto, dice el profesor italiano, ¿Qué dificultades no hubiera ofrecido dentro de doscientos años el estudio del desarrollo de la escuela impresionista francesa si, entretanto, no se hubiere escrito nada sobre ella y, además, faltaran al pie de los lienzos las firmas de sus autores? En este hipotético futuro ¿no se hubiera puesto bajo el nombre de Manet, convertido en símbolo

de un modo pictórico, parte de la producción juvenil de Renoir, algo de la de Bazille, casi toda la de la González y la Morisot, la primera época de Monet, sin excluir la probable intromisión de algún trabajo de los que militaron por largo tiempo en campo enemigo, como Gervex? El estilo tardío de Monet se vería bastardeado inevitablemente a su vez por atribuciones de gran número de Sisleys, de otra faceta de Renoir... Y también es seguro que en el «corpus» de Cézanne vendrían indefectiblemente a sumirse muchas telas de Pissarro y aún de Guillaumín.

Estas y otras equivocaciones fundamentales, que sin duda acaecerían en un primer intento de establecer una visión histórica del impresionismo francés en las estrechas condiciones apuntadas, dibujan un paralelo exacto de las oscuridades que han dificultado la aprehensión de la trama del caravaggismo, el cual, como el impresionismo, fué un movimiento que se extendió a toda Europa. En la crítica de Caravaggio, desenvuelta con la torturante limitación de asideros que, a sabiendas de su imposibilidad, se imaginó para unos supuestos estudiosos futuros del impresionismo, cayóse reiteradamente en errores análogos a los previstos en éstos. Se tomó por originales los que eran copias, por copias los que eran originales. Cuadros de Spadarino, de Gentileschi, de Grammatica, etc., se tuvieron por de Caravaggio, a la vez que lienzos de Caravaggio se adjudicaban al pincel de Saraceni, de Rodríguez, hasta de Ribera. Poco a poco, al tiempo que estos experimentos de «trial and error» aguzaban el instrumental crítico y enseñaban a distinguir las peculiaridades del maestro, íbanse delineando los perfiles de muchos artistas secundarios emparentados con él, varios de los cuales se agigantaron hasta revelarse como personalidades de una calidad propia antes insospechada; así, por citar un ejemplo notable, tiene carácter de extraordinario descubrimiento el de Giovanni Serodine, autor de algunas de las pinturas de mayor excelencia entre cuantas vió la Europa del primer tercio del siglo XVII (2).

Hoy, los problemas que presentaba el arte de Caravaggio y su proyección posterior están ya centrados históricamente; aunque existen infinidad de cuestiones que aguardan todavía una exploración más a fondo, pues hay que tener en cuenta que no se trata del estudio de un pintor y un grupo limitado de discípulos, sino de ahondar en la contextura del vivísimo foco artístico de la Roma de por 1595-1630, en la que pupularon multitud de artistas que, cada cual a su modo, leyeron la lección de Caravaggio y portaron luego su gérmen fecundo muy lejos de la fuente originaria, en una expansión que introduce sus tentáculos en zonas tan alejadas y dispares, y a la vez tan feraces, como son la Holanda de Rembrandt, la Lorena de Georges de La Tour y la Sevilla de Velázquez.

La «Mostra del Caravaggio», reunida el pasado año en Milán en el marco suntuoso del palacio real, debe considerarse como un momentáneo alto en el camino para que la crítica reposte y tome alientos para seguir avanzando; en ella se ha podido contrastar y acendrar las ideas,

vigorizar y pulir atribuciones, aclarar filiaciones estilísticas; *se ha ofrecido* a la admiración del gran público un brillante episodio de la pintura europea, y los recién llegados a las disciplinas histórico-artísticas han gozado una cómoda ocasión para la toma de contacto con originales que en muchos casos son difícilmente accesibles en sus localizaciones habituales.

La «Mostra del Caravaggio» abrió sus puertas de abril a julio de 1951, bajo el patrocinio de la municipalidad de Milán y del presidente de la república italiana. Entre las numerosas autoridades que constituyeron la Comisión de honor place encontrar dos españoles: don Marcial Cebral, Cónsul de España en Milán, y don José Antonio Sangróniz, nuestro Embajador en Italia, buen *gustados de arte siguiendo nuestra mejor* tradición diplomática y a quien ha de agradecerse la presencia allí de obras españolas. En el resto de las Comisiones formaron gran número de directores de museo, críticos, etc., siendo comisario ejecutivo de la exposición el profesor Roberto Longhi.

La instalación, cuidadísima, ocupaba las espaciosas salas de la planta noble del palacio real de Milán, y ofrecía a la admiración del visitante casi la totalidad de la producción conocida del Merisi — medio centenar de cuadros —, junto con un escogido muestrario, centenar y medio más, de quienes constantemente o solamente en alguna etapa de su trayectoria artística sintieron más o menos directamente la sugestión del «caposcuola».

De esta hermosa afirmación de solidaridad cultural a la cual contribuyeron once países, entre ellos el nuestro, y que ha sido el máximo acontecimiento mundial del pasado año en el campo del arte, no se ha publicado en España, que yo sepa, referencia alguna, si no contamos, y no hay por qué hacerlo, las secas noticias de su celebración que a su debido tiempo transmitieron las agencias y alguna que otra gacetilla pergeñada a cien leguas de Lombardía. Sería absurdo pretender que esta exposición alcanzara entre nosotros resonancia pareja a la despertada en Italia, donde contemporáneamente hubo quien anunció la composición de una ópera basada en la tragedia vital de Caravaggio y donde algún fabricante textil, en imprevisto homenaje al pintor teñido de agudeza comercial, lanzó como color de moda para los indumentos femeninos el «bacchino malato», es decir, el del tono de las carnes del joven Baco de la galería Borghese; pero el silencio absoluto, la indiferencia nuestra por cuestión que atañe tan de cerca al problema de la formación de la gran pintura española del siglo XVII, es verdaderamente anonadante y conduce inevitablemente a graves consideraciones, con las que no quiero entristecer al lector.

En una de las cuestiones críticas a que antes aludí, la de la formación pictórica de Caravaggio, existe hoy unanimidad casi general. La teoría de que sus inquietudes realistas y luminosas, a lo menos éstas, traigan su origen de Bassano o de Tintoretto ha perdido validez. Lo mismo ocurre con la tesis de una formación en el círculo de Scipione Pulzone

«il Gaetano» que propugnó uno de los méjores conocedores del maestro, Hermann Voss. Actualmente, desde que lo advirtió Longhi en 1928, se admite corrientemente la eficacia de los indicios precaravaggiescos observables en algunos núcleos pictóricos norteitalianos; así, claramente, en los brescianos Savoldo y Moretto, en los cremonenses Vincenzo y Antonio Campi, en Simone Peterzano, pintor de origen bergamasco en cuyo taller de Milán entró Caravaggio como aprendiz cuando aún no había cumplido los once años de edad, en 1584. La «Mostra del Caravaggio» no insistió en este aspecto de la prehistoria del artista, cuyo sondeo a fondo, si se hubiera deseado reflejar allí, habría absorbido el espacio que exigían otros capítulos de mayor interés o empeñado a los organizadores en una empresa aún más compleja. Por otra parte, los cuadros expuestos de los Campi y Peterzano, junto con los ejemplares de la escuela de Brescia de las pinacotecas milanesas, bastaban para indicar el entronque de Caravaggio con las tendencias bullentes en la pintura coetánea de la Lombardía.

Tener un día la oportunidad de examinar seguidamente toda su producción *es el sueño, pocas veces convertido en realidad, de quien dedica* sus desvelos al estudio de un pintor determinado. Esta ha sido la ocasión única brindada por la «Mostra» a la legión de admiradores del lombardo, pues del medio centenar de originales suyos que hoy se conocen, algunos, como los de Berlín, destruídos en la última guerra, reuniéronse más de cuarenta, además de diversas copias y derivaciones de otros perdidos o en paradero ignorado. Allí podía seguirse sin solución de continuidad la senda recorrida por Caravaggio, desde las medias figuras de muchacho de su primer momento romano, ejercicios notabilísimos ejecutados por un joven de 17 años, hasta las escenas religiosas traídas de Sicilia, henchidas de un conmovedor sentimiento trágico, trazadas como adivinando la muerte próxima. De esta concentración de las «opera omnia» no ha brotado ningún cambio atributivo de especial significación; en este sentido, la sorpresa más grata la ha proporcionado precisamente un cuadro llegado de España, la hasta entonces mal conocida «Salomé» de la Casita del Príncipe de El Escorial, que se ha revelado ahora, confirmando lo dicho por Longhi, como un estupendo original de por 1607.

Mas la resonancia obtenida por la exposición milanesa ha fructificado inmediatamente en un acrecimiento del número de cuadros del maestro *con los aparecidos ahora, salvados de su extravío al conjuro de esta* actualización del nombre de Caravaggio. Así, por los últimos días de la «Mostra» tuvimos ocasión de ver, recién hallada, una magnífica «Judith» de propiedad particular romana, que poco después publicó Roberto Longhi acompañado de un agudo artículo. Dos meses más tarde, el mismo estudioso ha dado a conocer un «San Giovannino alla sorgente» que puede ser el último trabajo suyo, citado entre las pertenencias de Caravaggio al tiempo de su muerte en Porto Ercole, y una «Sacra Familia» que Longhi sólo conoce a través de fotografía, posiblemente el prototipo de una composición ya conocida por algunas copias; a la vez,

el eminente crítico italiano indicaba como autógrafos de Caravaggio la «Madonna che svezza il bambino» de la galería Corsini de Roma y el «David» del museo del Prado, cuadro que el catálogo de nuestra pinacoteca se lo atribuye con interrogante siguiendo la opinión de Venturi y Voss, que lo creían muy próximo a Merisi. Este «David» adolece de debilidad en la ejecución, que supongo será la que motivó las reservas de Venturi y Voss, pero su concepción induce a Longhi, inevitablemente, a pensar en el propio Caravaggio. Hermann Voss, por su parte, ha descubierto y publicado en Alemania un «Muchacho con garrafa de flores» y Denis Mahon, en una de las frecuentes sorpresas que las colecciones privadas inglesas deparan, un extraordinario «Concierto» que las fuentes históricas más antiguas citaban y se creía ya definitivamente perdido. No ha sido, pues, parva la cosecha en el medio año transcurrido desde la clausura de la «Mostra» (3).

Existe una cuestión caravaggiesca, atizada por la exposición milanesa, sobre la cual hay entablada actualmente una apasionante discusión: la fecha que debe asignarse al ciclo de pinturas hechas por Caravaggio para la capilla Contarelli de la iglesia romana de San Luis de los Franceses. El asunto no es un pasatiempo erudito ni consecuencia de de un bizantino deseo de puntualización, sino clave primordial para entender rectamente una serie de aspectos del maestro. En primer lugar, desde el punto de vista del desarrollo estilístico de Caravaggio, los cuadros de San Luis de los Franceses son de trascendental interés, pues es en ellos, concretamente en la «Vocación de San Mateo», donde aparece por primera vez en toda su plenitud el modo luminoso llamado «luz de bodega». De aquí que estos lienzos constituyan un hito para fijar la cronología de buen número de pinturas suyas, cuya fecha depende de la que admitamos para aquéllas. Por otra parte, el progreso de la fama del lombardo está íntimamente ligado a los cuadros de la capilla Contarelli. Caravaggio, nacido en 1573, debió llegar a Roma por 1588-89, si aceptamos la cronología de Longhi, y en todo caso un par de años más tarde. Su temperamento inquieto le lleva de un taller a otro; vive sucesivamente en casa de dos eclesiásticos, uno de ellos el que, en razón de la estricta dieta vegetariana sufrida en su morada, será motejado luego de «Monseñor Ensalada» por el lenguaraz pintor; enferma y pasa una temporada en el hospital. Al entrar en relación con el cardenal del Monte, quien le procura el encargo de San Luis de los Franceses, su arte empieza a ser apreciado y va adquiriendo protectores y clientes entre los más destacados coleccionistas de pintura «moderna»: los Barberini, los Massimo, el marqués Giustiniani, etc. Estos y el escándalo provocados por los lienzos citados llevan su nombre a círculos más amplios, su nombradía rebasa la ciudad y pronto se extiende fuera de Italia

En el crecimiento de la fama de Caravaggio pueden delimitarse pues tres etapas: período de «bohéme», período de «aficionados», período de «fama pública» (4). El paso de uno a otro va marcado aproximadamente

por el comienzo y la finalización del encargo cuya fecha está en discusión: 1590-1598 según Longhi; 1595-1600 según Mahon. Los copiosos argumentos de toda suerte que ambos esgrimen en defensa de sus respectivas posiciones hacen difícil inclinarse resueltamente por una u otra tesis, que sólo un hallazgo documental, buscado persistentemente pero sin éxito hasta el momento, podrá sancionar definitivamente. Entre tanto, será siempre discutible la cronología efectiva de sus obras primerizas y, con ello, la fecha de su llegada a Roma, que a su vez entraña otras cuestiones, así como el momento en que Caravaggio empezó a sugestionar a sus colegas, el grado de precocidad, casi inconcebible si su primer «San Mateo» es de 1590, etc. (5).

Cuarenta y ocho pintores, si no conté mal, formaban el impresionante cortejo de Caravaggio congregado en la «Mostra» milanesa. Y este número todavía pudo acrecerse bastante más de haberse deseado. Los cuadros allí congregados mostraban que el caravaggismo creó un clima que dejaba un ancho campo abierto a la expresión de las individualidades, de las cuales no cabe aquí tratar. Pero el hecho de que entre los representados se hallaran nada menos que Rembrandt, Velázquez, Rubens, La Tour y Vermeer, por citar los más señeros, puede inducir a quien no aquilate el concepto de «influencia» con la amplitud y flexibilidad con que los organizadores de la exposición lo concibieron, a atribuir a ésta o una desaforada valoración de Caravaggio o una pobre idea de la personalidad de los cinco grandes artistas que he citado como ejemplo extremo. ¿Es que pueden estrellas de la magnitud de un Velázquez o de un Rembrandt ser uncidas al carro triunfal de alguien, siquiera sea el de Caravaggio? Naturalmente que no. Si éstos se expusieron allí «ad maiorem gloriam» de Caravaggio no lo fueron en calidad de secuaces, pero tampoco gratuitamente. Y, en efecto, en una retrospectiva bien entendida de Velázquez, de La Tour, de Rembrandt, no cabría prescindir, en el capítulo de los antecedentes, de la presencia de alguna obra de Caravaggio, como referencia de una filiación más o menos lejana o debilitada. Incluso Rubens, cuyo opulento mundo desbordante de alegría vital es ajeno totalmente al de Caravaggio, se roza con éste en su «Adoración de los Pastores» de Fermo (1606), que no es pintura estrictamente caravaggiesca sino un reflejo claro de su personalísimo modo de acercarse a obras de este tipo digno de ser señalado en la «Mostra»; de otra parte, la libre traducción del «Entierro de Cristo» de Caravaggio, vertida por Rubens en su cuadrito de la galería Liechtenstein, y sus consejos al duque de Mantua para que adquiriera la «Muerte de la Virgen», rechazada por sus comitentes, dejan atisbar el aprecio del maestro flamenco por el italiano. Ante el metro tenebrista con que La Tour compasa su delicadísima poesía, quienes lo han estudiado han debido optar, como explicación formativa todavía no bien dilucidada, entre otorgar un valor decisivo al estímulo del nuevo gusto arribado a su Lorena natal a través principalmente de Le Clerc, o admitir un viaje de La Tour a la misma Roma o a los Países Bajos, donde hacia 1620 por lo menos laboraban los Honthorst,

Janssens, etc., tornados de Roma con su estilo moldeado en los normas del caravaggismo (6). Ciertas obras juveniles de Rembrandt delatan asimismo, como de antiguo es reconocido, su deuda con este «novus ordo» instaurado por Caravaggio. Más mediato y lejano todavía es el destello italiano en el misterioso Vermeer de Delft, cuya formación artística constituye un rompecabezas crítico aún no descifrado, pero en el que cabe aislar una relación con fuentes caravaggiescas en su «Cristo en casa de Marta» del museo de Edimburgo, así como su parentesco con la pintura de valores de Gentileschi y de Terbrugghen (7).

Los casos extremos de contaminación a que acabo de aludir nos enseñan hasta dónde puede conducir un examen despierto y fino que persiga la estela de un pintor en las generaciones sucesivas sin encerrarse en estrechas compartimentaciones, tajando los límites de las historias pictóricas de cada nación con calas horizontales. La Exposición de Milán venía a ser una incisión de esta índole practicada en el tronco de la pintura europea que procuraba evidenciar la circulación de la savia caravaggiesca desde 1600 a 1630 aproximadamente. Y esta intención de subrayar los rasgos comunes entre tanta personalidad diversa traía como consecuencia que el timbre de lo individual y lo nacional se encendiese, aflorando con más fuerza, como excitado y celoso por la contigüidad de actitudes artísticas afines. De mí sé decir que nunca he entendido mejor lo peculiar, lo íntimo e intransferible de las obras de juventud de Velázquez, que en aquella estrecha vecindad con Valentín, Tournier, Manfredi, Stomer..., proximidad que declaraba a la par cuánta razón hay para admitir la influencia de Caravaggio en Velázquez.

Esto nos lleva a informar de la aportación española.

De los nuestros, allí estaban Velázquez y Ribera. Este último, representado solamente por el «Retrato de jesuíta» de la pinacoteca Ambrosiana, es el único español que respiró el movido ambiente artístico de la Roma del segundo decenio del XVII; próximamente daré a conocer el interesantísimo pasaje del manuscrito inédito de Mancini, escrito por 1620, que relata jugosas anécdotas sobre su vida en la Ciudad Eterna y da noticia de algunos cuadros suyos anteriores a 1616, hoy en paradero ignorado como todo lo que hizo antes de su instalación en Nápoles. Para Mancini, poco cuesta creerle, de cuantos extranjeros pasaron por Roma en aquel tiempo, fué el Españoleto el artista que demostró más excepcionales dotes pintando «per la strada del Caravaggio ma più tinto e più fiero». De su inserción en el círculo tenebrista romano, de su formación pictórica, harto más complicada y diversa de lo que monótonamente suele repetirse, me ocuparé por extenso este mismo año, que marca el tercer centenario de su muerte.

Como ejemplario del Velázquez de juventud, trajéronse a la «Mostra» «Los Músicos» del Museo de Berlín, el «Santo Tomás» de Orleans y el «Aguador de Sevilla» de la colección Contini-Bonacossi, réplica con algunas variantes del popular original propiedad del duque de Wellington (8). En España existe divergencia de pareceres respecto a la relación Cara-

vaggio-Velázquez, desde los que la afirman hasta los que la niegan o, simplemente, ignoran la cuestión, pasando por quienes cuidan de navegar a media vela para no acercarse demasiado a ninguna de las dos riberas. Para entrar en una exposición algo detallada del por qué me uno a quienes creen obligado admitir un conocimiento de Caravaggio o de alguno de los más estrechos seguidores suyos por parte de Velázquez necesitaría doble espacio del que dispongo en esta ocasión, pues el tema requiere ser enfocado desde un punto de vista muy amplio que aquí no cabe adoptar. La vivísima predisposición natural de Velázquez, los fragmentos de muchas pinturas sevillanas del XVI que denuncian un latente amor por la realidad, la madurez de los tiempos, ya propicios para asirse a las tendencias realistas, como demuestra la celeridad con que éstas se extienden por toda Europa, no alcanzan a explicar el estrecho parentesco del lenguaje pictórico del joven Velázquez con el de Caravaggio y su «cerchia». Que las rebuscas eruditas no hayan logrado todavía determinar la presencia en Sevilla de lienzos de este tipo con anterioridad a 1617, argumento esgrimido por quienes han negado la influencia del italiano, no puede extrañar, teniendo en cuenta que no se ha exhumado inventario alguno de las colecciones que por entonces albergaba aquella ciudad y que las fuentes históricas, más tardías, no se preocupan de tales puntualizaciones cronológicas.

Con todo, las noticias alusivas a Caravaggio y sus pinturas en España citan al lombardo, ya en 1615, entre los artistas «modernos» insignes; los textos de Pacheco y Carducho, éste último vituperándolo fuertemente, obligan a pensar que discutir de Caravaggio era corriente entre los aficionados de entonces. En cuanto a la presencia material de sus cuadros, por no hablar sino de aquellos cuya fecha exacta de llegada se conoce, sabemos que en 1610 el conde de Benavente se trajo de Nápoles una «Crucifixión de San Pedro» del Merisi; siete años más tarde, el famoso conde de Villamediana regresaba de la misma ciudad con un «David»; recientemente, se ha publicado una lección del que parece ser manuscrito *princeps* de Mancini, de la cual se deduce que el prior del Hospital en que estuvo recogido Caravaggio por 1589-90, y para quien pintó cuadros, era precisamente de Sevilla y los llevó consigo a su ciudad natal. Esta inesperada noticia anuncia cuántas sorpresas puede producir la rara tarea de controlar las importaciones de cuadros a tres siglos y medio de distancia. Consta, por otra parte, la presencia en España de pintores italianos ya aleccionados en el nuevo estilo: así, Borgianni hacia el 1600; Maino, lo más tarde, en 1611; Cavarozzi en 1617 (9).

De lo escuetamente apuntado se comprenderá que los pocos datos históricos conocidos no impiden aceptar la relación Caravaggio-Velázquez que se desprende del examen estilístico comparativo. Que Velázquez se haya visto atraído por el «arte nuevo» inaugurado por Caravaggio, tan propicio a sintonizar con las inclinaciones naturales del sevillano, en nada amengua su grandeza; la dignidad que imbuye a sus personajes, como a ese aguador de Sevilla que entrega el líquido como ejecutando un severo

rito religioso, su naturalidad, la potencia con que expresa los volúmenes de los seres, son exclusivamente velazqueños; por no hablar del ulterior desarrollo de su pintura que culmina en el milagro de las «Meninas» y «Las Hilanderas».

En nuestro rico patrimonio artístico contamos los españoles con numerosas obras de pinceles nacionales y extranjeros de gran interés para los fines que perseguía la exposición milanesa. Citaré como sólo ejemplo a Juan Bautista Maino, cuya producción pictórica la poseemos casi en exclusiva. Su fuerte influencia de Caravaggio y Gentileschi, las huellas de Savoldo que en su pintura se aprecian, delatando una primera formación en cierto modo paralela a la que hoy se admite para el «caposcuola», hacían lamentar vivamente a los organizadores no poder exhibir ningún lienzo de Maino, que en aquella numerosa reunión hubiera tenido además el valor sentimental de ser el único lombardo de nacimiento, junto con el propio Caravaggio.

Con todo, la aportación hispana a la «Mostra» no se limitó a la presencia de Ribera y Velázquez mediante obras propiedad de galerías extranjeras, pues las autoridades españolas contribuyeron directamente con la concesión de tres cuadros de nuestras colecciones.

Uno de ellos, la «Magdalena» de la colección Alorda de Barcelona, me parece que no se llegó a exponer, aunque figura reproducida e inventariada en el catálogo. La inscripción de este lienzo barcelonés da fe de que se trata de una copia de Caravaggio ejecutada por Wybrand de Geest en 1620, lo cual viene a confirmar definitivamente una brillante suposición de Longhi, quien ante otros cuadros semejantes había asegurado eran copias de un original perdido de Caravaggio, suposición tanto más aguda y digna de subrayarse ahora como ejemplo de finura crítica cuanto que uno de estos cuadros (museo de Marsella) estaba firmado como creación de propia minerva por Finson, un caravaggista flamenco que después de haber vivido en Italia trabajó en Provenza en el segundo decenio del siglo XVII.

Otra de las obras cedidas por España fué el «San Jerónimo» de Caravaggio del monasterio de Montserrat, cuya semejanza con el de la galería Borghese permiten fecharlo hacia 1604 (10).

Por último, hay que referirse a la «Salomé con la cabeza del Bautista» de la casita del Príncipe de El Escorial, que, como se dijo, fué para los especialistas llegados a Milán una de las sorpresas más gratas, pues la tela, aunque ya había sido señalada por Longhi como original de Caravaggio, nunca había sido estudiada ni fotografiada hasta su prestación a la «Mostra». Si ahora puedo presentar una reproducción de la «Salome», por primera vez en el país que la posee, es gracias a las fotografías obtenidas en Italia.

Aquí está Caravaggio disparando su fortísimo fotograma, atenazando la realidad con este duro torrente de luz que se desploma desde un foco único. Todo queda supeditado a esta luz inflexible, que organiza la visión colmando de sombras casi sólidas las concavidades de los pliegues y ha-



Caravaggio. – Salomé

ciendo flotar sobre el fondo negro las zonas iluminadas. Esta violenta oposición de claros y oscuros viene a exaltar la apretada plástica con que están traducidas las cosas, su densidad de materia, su corporeidad. Pero al mismo tiempo que los compactos volúmenes ceñidos por la luz se nos ofrecen con una urgente evidencia de su tangibilidad, el cerco sombrío que los circunscribe escamotea la explicación precisa de la estructura total de los seres. Así, hemos de suponer, puesto que no se indica o se hace muy débilmente, que la mano de Salomé se liga efectivamente a la muñeca, que la espalda del verdugo no termina tras el hombro y el brazo devorados por la luz, que la cabeza de la vieja no pende como un extraño globo incandescente sino que debe corresponder a un busto que no se ve; y no es casualidad sino idea ingeniosísima de Caravaggio que la cabeza de Salomé se desvíe hacia la izquierda para dejar ver la de la sirvienta en dirección contraria, sugiriendo, en un efecto que hoy llamaríamos surrealista, la apariencia de un cuerpo bicéfalo (11). Esta rigurosa «luz de bodega» inventada por Caravaggio subraya y omite, desnuda la realidad a la vez que la cela, la somete a una manipulación que extrae de las cosas evocadas un aspecto totalmente inédito hasta entonces. Ello es, en suma, poetización de la realidad. Una poesía nueva por sí misma y, además, porque fluye de una de las pinturas pobladas por gentes carentes de aquella «dignidad» que era inexcusable desde el Renacimiento.

Contemplemos la «Salomé». Tres personajes sobre un fondo negro, sin accidentes. Ninguna referencia de paisaje o circunstancia local. Nada que ayude a entender el hecho como acontecido dentro de un marco histórico determinado. Solamente tres personas silenciosas, que nosotros identificamos con Salomé, su criada y el decapitador, pero que los amigos del pintor tal vez reconocerían inmediatamente como la sirvienta del mesón, que en la misma bandeja de la que ahora aparta la cabeza les suele servir las jarras de vino, la faz arrugada de la vieja posadera, el mozo de cuadra. Caravaggio no los ha efigiado por un deseo de perennizarlos con esta conversión en protagonistas de un drama, sino por la necesidad que siente de utilizar para sus obras modelos tomados del ambiente que le rodea. Y esta decidida entrega a la verdad cotidiana y sin afeites entraña un desdén profundo hacia los modos del arte manierista que imperaba a la sazón. Caravaggio, en efecto, termina con todo aquel mundo heroico, con aquellos seres aparatosos, imposibles y distantes que estremecen la pintura del manierismo. «Es el «Anti-Miguel-Angel», dirá de él, en España, Vicente Carducho. Sus lienzos carecen de «decoro», de «doctrina», de «preceptos», alegan sus colegas y los aficionados de su tiempo que se le oponen. Su «Madonna de los Palafreneros», su «Muerte de la Virgen», su «San Mateo inspirado por el Angel», son rechazados de las iglesias de San Pedro, de Santa María della Scala, de San Luis de los Franceses; porque el San Mateo es un hombre rudo y analfabeto que apenas acierta a tener la pluma en su mano callosa y que realmente necesita el auxilio angélico para escribir; porque la Virgen en su tránsito es simplemente

una mujer muerta, tendida con las piernas al descubierto, llorada por un grupo de gentes del pueblo bajo.

Los acontecimientos religiosos están, pues, recreados desde una conciencia histórica que eludiendo el peso de la tradición nos los acerca en lo que tienen de dimensión estrictamente humana, de hecho vivo y actual. Esta actitud espiritual de Caravaggio, acentuada por el lenguaje pictórico con que está expresada, justifica la espesa secuela de intransigencias y repulsas, de discusiones y partidarios fervorosos que aureolaron su arte revolucionario, cuyo reciente homenaje en Milán ha motivado estas líneas.

José MILICUA

---

(1) W. Kallab, «Caravaggio» en el «Jahrbuch der Kunsthistorischen Sammlungen des Allerhöchsten Kaiserhauses», *1906-7*.

H. Voss, «Caravaggios Frühzeit» en el «Jahrbuch der Preussischen Kunstsammlungen», 1923.

H. Voss, «Die Malerei des Barock in Rom», Berlín, 1925.

N. Pevsner, «Zur Revision der Caravaggio-Daten» en el «Zeitschrift für bildende Kunst», *1927-8*.

N. Pevsner, «Die Lehrjahre es Caravaggio» en la misma revista, 1928-9

L. Zahn, «Caravaggio», Berlín, 1928.

L. Venturi, «Il Caravaggio», Roma, 1921.
M. Marangoni, «Il Caravaggio», Florencia, 1922.
R. Longhi, «Quesiti caravaggeschi» en «Pinacotheca», 1928-9.
R. Longhi, «Ultimi studi sul Caravaggio e la sua cerchia» en «Proporzioni», 1943.
B. Berenson, «Del Caravaggio, delle sue incongruenze e della sua fama», Florencia. 1950.
Para una bibliografía más amplia y circunstanciada sobre Caravaggio y su escuela véase: «Mostra del Caravaggio e dei Caravaggeschi. Catalogo», Florencia, 1951.

(2) Una exposición dedicada a Serodine se celebró en Locarno durante el verano de 1950. Véase R. Longhi «Giovanni Serodine» en «Paragone», 1950, y G. Fiocco «Bilancio della Mostra di Giovanni Serodine» en «Emporium», 1951. En el museo del Prado existe un lienzo suyo, «Santa Margarita resucita a un muchacho» (n.° 246), que le fué atribuído por H. Voss con dudas que el catálogo del museo madrileño sigue conservando; hoy que se conoce mejor a Serodine, puede asegurarse que se trata efectivamente de un buen original de este pintor. Hay además noticias de un «San Miguel Arcángel» suyo que fué traído a España durante el siglo XIX y cuyo paradero actual no he logrado averiguar.

(3) Vid: R. Longhi, «La Giuditta nel percorso del Caravaggio» y «Sui margini caravaggeschi», ambos en «Paragone», núms. de julio y septiembre de 1951; H. Voss en «Die Kunst», n.° de agosto de 1951; Denis Mahon en «Addenda to Caravaggio», «Burlington Magazine», n.° de enero de 1952.

(4) Indico los tres períodos con las denominaciones acuñadas por Roberto Longhi, quien para el segundo de ellos ha adoptado la palabra española «aficionados». Tomen nota los aficionados a la voz «amateur»...

(5) Para la capilla Contarelli de San Luis de los Franceses Caravaggio pintó cuatro cuadros: un «San Mateo con el Angel», que según los escritores antiguos fué rechazado por los comitentes; la «Conversión» y el «Martirio» del mismo Santo; una segunda versión de «San Mateo con el Angel». El primero fué a parar al museo de Berlín y fué destruído en la última guerra; los otros tres se conservan en la misma capilla para la que fueron pintados. La realización de estas obras las sitúa Longhi espaciadas en los años 1590, 1593, 1595 y 1598 respectiva y aproximadamente. Mahon las retrasa un lustro, poco más o menos. Para esta debatidísima cuestión véanse los artículos citados en la nota 3 y, además, el de J. Hess en el «Burlington Magaznie» de 1951 y, en la misma revista y año, los de D. Mahon sobre la «Mostra del Caravaggio» y «Caravaggio revised».

(6) El descubrimiento de La Tour ha desencadenado en Francia un alud de literatura sólo comparable al provocado por la revelación del Greco.
A este artista extraordinario fué H. Voss quien lo redimió del olvido en su artículo de 1928 «Georges de La Tour. A forgotten French master of the seventeenth century» en «Art in America», 1928.
Véase la eruditísima tesis doctoral de F. G. Pariset «G. de L. T.», París, 1948, y V. Bloch «G. de L. T.», Amsterdam, 1950.

(7) Vid. R. Longhi «Gentileschi padre e figlia» en «L'Arte», 1916, y A. B. de Vries «Noch einmal Vermeer und Caravaggio» en «Pantheon», 1938-9, así como la monografía de éste sobre el pintor de Delft de 1948.

(8) El magnífico Santo Tomás de Orleans es conocido de la crítica desde que lo citó Mayer en 1924 por indicación de Longhi, su descubridor; en breve se publicará por primera vez en España en mi traducción del artículo de Longhi «Un Santo Tomás de Velázquez y las conexiones italoespañolas entre los siglos XVI y XVII», que aparecerá en el próximo número de los «Anales y Boletín de los Museos de Arte de Barcelona». El «Aguador de Sevilla», de la colección Contini-Bonacossi fué incluído por Mayer como autógrafo del maestro en su «Catalogue raisonné» de 1936. El de los «Músicos» del museo

de Berlín, introducido por Beruete en la literatura especializada, es cuadro muchas veces reproducido y aceptado por todos los estudiosos como original de Velázquez, salvo las dudas infundadas últimamente expuestas por la señorita Gue-Trapier en su monografía sobre Velázquez.

(9) Para los textos españoles referentes a Caravaggio y cuanto hace referencia a sus obras en España véase: J. Ainaud, «Ribalta y Caravaggio», en «Anales y Boletín de los Museos de Arte de Barcelona», 1947.

La importante variante de Mancini a que se aludió ha sido publicada simultáneamente por Mahon en «Burlington Magazine» y Clark en «Paragone», ambos en 1951.

(10) El cuadro de Wybrand de Geest fué descubierto y publicado por Ainaud (art. cit.). Wybrand de Geest casó con la hermana de Saskia, la esposa de Rembrandt, y el cuadro barcelonés documenta otro de los caminos por los que pudo llegar hasta el gran maestro holandés la voz de Caravaggio.

El «San Jerónimo» de Montserrat lo publicó Longhi («Proporzioni», 1943), quien lo había estudiado hacia tiempo en Roma e ignoraba su actual paradero, siendo luego identificado en Montserrat por Ainaud (vid. en el art. cit., reproducción de ambos).

(11) Caravaggio aprovecha además esta contigüidad para acentuar la diversidad de las dos testas mediante un agudo contraste: los cabellos negros enmarcando a la una, contra la toca blanca de la otra, juventud contra vejez. También la técnica pictórica es aquí, con idéntico fin, dispareja: el relieve del rostro de Salomé está trazado de modo muy semejante al que será luego habitual en Ribera, con el pincel dejando surcos en la pasta de color; el de la vieja con anchas pinceladas amarillas sin fundir sobre la preparación oscura.

El cuadro tiene repintes antiguos y, según hace constar el catálogo de la Exposición, se estaba procediendo a su restauración, no concluída cuando se envió a Milán.

HONOR A QUIEN CULTIVA SU HACIENDA

III *

LIBERTAD Y DETERMINISMO EN LA CONCIENCIA ESPAÑOLA

Cuando hoy algún español escribe sobre cuál es nuestro verdadero ser, cuál es nuestra conciencia nacional unitaria, qué misiones nos son específicamente propias, qué ejemplos nacionales debemos seguir, e incluso qué cosas nos son lícitas, ese autor parte de una idea muy concreta sobre las cualidades fundamentales de la comunidad española. El ciudadano que le lee, se encuentra ante un cuerpo de normas de gran poder coactivo, puesto que se le afirma que emanan de la más estricta —de la única— autenticidad nacional.

Supongamos que existe otro compatriota nuestro —por ejemplo el autor del presente artículo— que se contempla a sí mismo, mira a su interior, analiza su trama de acciones y pasiones, sus ideas y, lo que es más importante, las posibilidades que subyacen en él y son susceptibles de desarrollo ulterior, y supongamos que las compara con las normas que le han sido propuestas o con la imagen de su propio pueblo que le ha sido afirmada como única lícita y auténtica; e imaginemos que de tal cotejo surge la triste evidencia de que este español no se ve a sí mismo, no se encuentra en aquella imagen, o se encuentra sólo en parte, irreconocible o mutilado. Este compatriota se extrañará, sin duda, de verse así, como al margen, en una pecaminosa zona fronteriza de su propio pueblo; no obstante, como no se resignará a dejar de ser español, es lógico que formule unas cuantas preguntas respecto a aquél cuadro en el cual no cabe.

---

* Ver Layr, núms. 17 y 18

Supongamos que empieza preguntándose lo siguiente: esas normas y esa idea única y auténtica de España, ¿a qué hacen referencia principalmente? ¿De qué contenidos se nutren? ¿Se refieren al hombre español, al pueblo o a la nación?

Sigamos este camino. Una distinción metódica bastante elemental, pero útil, es aquélla que separa los conceptos de «pueblo» y «nación». Los autores románticos y sus epígonos han confundido a menudo ambas realidades: la realidad sociológica del pueblo, y la realidad histórica de la nación. De hecho, casi siempre son dos términos de uso indistinto (*y más que nada los escritores los intercambiamos para evitar redundancias*), pero en este caso nos va a ser preciso encararnos con ellos para esclarecer hasta qué punto podemos aceptar unas ideas y unas normas cuya fidelidad es exigida a los españoles, precisamente en nombre de la esencia de la nación.

Pueblo y nación poseen un mismo soporte, una misma materia: los seres humanos. ¿En qué sentido son, para el lenguaje, lo que es tanto como decir para el conocimiento, dos realidades distintas? A primera vista *la cuestión es fácil: llamamos pueblo al grupo humano que posee* cierta unidad étnica y lingüística y vive vinculado a un territorio geográficamente condicionado; llamamos nación al pueblo en su vida histórica, al pueblo con conciencia de sí, portador de valores peculiares y hacedor a través del tiempo de determinadas gestas. Según esto, el pueblo es sobre todo realidad natural: hombres de cierta estirpe en interrelación íntima con un pedazo de tierra de fisonomía propia. La nación, en cambio, es realidad cultural: hombres que han hecho cosas, en su misma tierra y en las tierras vecinas, cosas con unidad de sentido, con conciencia de sí, y siempre con conciencia objetivada, es decir, con historia escrita. Un pueblo puede ser considerado con independencia de su momento histórico, puesto que los hombres y la tierra permanecen invariables durante largos períodos de tiempo; una nación no puede ser nunca considerada fuera del devenir del tiempo —de *su* tiempo—, pues la cualidad histórica es en ella fundamental.

Tenemos, pues, que para saber en qué consiste lo esencial de un pueblo, hay que hacer averiguaciones sobre su origen étnico y hay que estudiar en qué medida su género de vida y su estructura social están determinados por el ámbito geográfico en que vive. Para saber en qué consiste lo esencial de una nación, hay que atenerse a su historia, en toda su formidable variedad de testimonios humanos.

Ahora bien, este primer paso es engañoso. En la vida real la distinción que hemos hecho no tiene, ni de lejos, un carácter tan preciso: Cuando un español está cavando la tierra con su azada, no dice: «ahora soy pueblo», del mismo modo que ninguno de nosotros al leer a Ortega decimos «ahora somos nación». Pues nación y pueblo no son dos realidades autónomas que viven una junto a otra y que puedan separarse con una línea concreta; según las funciones que realiza, el hombre es unas veces pueblo (vive, procrea, caza) y otras veces es nación (lee, escribe poesía,

forma un gobierno). Es decir, que además de ser entes colectivos, nación y pueblo son, sobre todo, dos formas de ser hombre, dos modos de estar en la vida. Hay gentes que la mayor parte de su existencia perecedera han sido pueblo, y otras que han sido nación.

Contando ya con este pequeño instrumento dialéctico, vamos a dar otro paso. Recordemos que hemos de enfrentarnos con una tesis que quiere definir lo que la comunidad española es, lo que la singulariza, lo que le es posible hacer, e incluso lo que nos es lícito, basándose en razones históricas. Tenemos ya contestada, con esto, aquella pregunta que se formulaba el pobre español «fronterizo» que no se veía a sí mismo en el cuadro de España que le era propuesto. Inquiría nuestro hombre qué contenidos nutrían las normas y la imagen única y auténtica de España: ¿hacían referencia al hombre, al pueblo o a la nación? Puesto que las razones que se aducen son, con absoluta prevalencia, de índole histórica, podemos concluir que los descubridores de la única autenticidad de España no han tenido en cuenta al hombre y al pueblo, sino sólo al decurso histórico de la nación.

Bien: vamos a ver hasta qué punto se mantienen fieles a estas premisas.

2 Se puede abordar a esta teoría neorromántica desde varios puntos de crítica: aquí señalaremos dos: 1.º, la indiscriminación de los datos; 2.º, el carácter relativo de la peculiaridad histórica que es afirmada como única autenticidad nacional.

Es obvio que la tesis que quiere definir lo que una nación sea, fundamentándose en causas históricas, debe aducir datos únicamente históricos, propios de la nación en cuestión, enteramente peculiares de ella y en modo alguno intercambiables con los de otras naciones. No debe caer en la apasionada ingenuidad de, por ejemplo, aquellos eslavo-ortodoxos rusos del siglo XIX empeñados en afirmar, como cualidad fundamental de la nación rusa, su carácter religioso; pues la creencia en Dios y el referimiento de la propia vida a una trascendencia divina, no es patrimonio ruso sino del hombre en general, del hombre en cuanto hombre. Otrosí, definir como cualidad esencial de los españoles la de su condición de creyentes, es no definir nada: lo mismo puede decirse de los irlandeses, de los bretones o de los hindúes.

¿Quiere esto decir que en una definición de España ha de dejarse de lado nuestra condición religiosa? No. Lo que ocurre —y este es un ejemplo de la necesaria discriminación de los datos— es que en toda definición de lo esencial de una nación, entra un fuerte contenido de cualidades genéricamente humanas, de cualidades comunes con otros pueblos.

Ahora bien, para que tal definición singularice, por tanto, a una nación de las demás naciones, debe poseer otros contenidos mucho más concretos que aquellas cualidades genéricamente humanas. Estamos, pues, en la cuestión de qué datos han de sernos ofrecidos para que aceptemos su validez.

No puede darse validez a los datos que sean susceptibles de ser tratados por formas del conocimiento suprahistórico (la sociología, la ecología humana, etc.). Entiéndase bien que esta negación de validez no se formula aquí como un imperativo general, sino sólo en cuanto a la tesis que afirma conocer la autenticidad de España esgrimiendo razones únicamente históricas. Pues ¿cómo pretender que para conseguir un completo conocimiento de la nación española, haya que renunciar a hacer una sociología de nuestra sociedad? Lo que estamos demandando es que una tesis que usa el método y los contenidos de las ciencias de la cultura —las únicas que singularizan a una nación— sea consecuente consigo misma. Pues de lo contrario, si apelara a datos de la geografía, de la economía o la sociología, ¿cómo iba a construir el esquema vital de los españoles y a exigir fidelidad a él, si ese esquema era indiferenciado con el de los polacos o los irlandeses?

En otras palabras: la organización social de una comunidad y la estructura de pensamiento (no individualizado) que la justifica, cuando ambas sean producto de unas respuestas espontáneas a las condiciones del medio geográfico y económico (1), deben ser referidas al mundo de las ciencias de la naturaleza o al de las ciencias de la sociedad, pero no al de las ciencias de la cultura. Ahora bien, los datos genéricos de la ecología humana y de la sociología, no sirven para singularizar históricamente a un grupo humano; y cuando se alaba una forma de organización social y un sistema socializado de creencias, hay que vigilar que no se efectúe una traslación de un dato biológico a un dato del mundo del espíritu; es decir, hay que establecer una separación radical entre espontaneidad y autoconciencia. Las formas espontáneas son comunes a muchos pueblos; solamente los frutos de la autoconciencia pueden ser postulados como la supranaturaleza, la expresión del genuino carácter de una cultura.

Todo esto, junto con lo que hemos dicho antes, nos conduce a ver en el pueblo lo que podría ser llamado la «primera naturaleza» de una nación: una estructura social determinada por el mundo-ambiente, unas cualidades físicas en los hombres más o menos unitarias, un comportamiento ante las exigencias de la circunstancia económica. Como que la tesis neorromántica de la autenticidad nacional, presume de ser altamente espiritualista, dedica voluntariamente poca atención a esa realidad sociológica del pueblo que está hecha sobre todo de estructuras y de unidades de comportamiento. Esto no quiere decir que no tenga en cuenta al pueblo en cuanto tal; ya veremos después que nos presenta como *esenciales cosas que no son del reino del espíritu, sino del mundo de* la naturaleza. La discriminación de los datos que aquí hemos pedido, no siempre se efectúa, y esto ocurre en particular cuando se subliman unas creencias, una conducta o una organización comunitaria que pueden ser

(1) Véase LAYE, núm. 17, pág. 25.

desenmascaradas como no pertenecientes a los valores de la cultura objetivada.

La cuestión de la problematicidad de los datos está, como es lógico, íntimamente vinculada a los contenidos de la tesis que afirma conocer nuestro ser nacional. ¿Cómo se llega a definir cuál es la identidad de una nación? Sin duda, elaborando una serie de datos: rasgos de carácter, acción histórica, creacciones jurídicas y literarias, etc. Empero, esto que parece fácil, y que de hecho debe serlo en comunidades poco desarrolladas y con un curso histórico muy breve, no lo es tanto cuando nos enfrentamos con la pasmosa complejidad de una nación cuya vida está diversificada a lo largo del tiempo en opuestos testimonios. Es difícil que pueda responderse siempre a dos objeciones: 1.ª, que un dato que cuantitativamente parece poco importante o apenas representativo, sea en realidad el exponente de una cualidad fundamental de un pueblo; 2.ª, que haya un entusiasmo previo del definidor por determinados rasgos, una selección prejuicial de los hechos, de modo que lo que aun siendo cierto, es parte, ocupe el lugar del todo. Las discusiones sobre este punto podrán llevar a bizantinismos inacabables.

Sin embargo, las discusiones sobre el método de conocimiento no invalidarían la realidad existente, si esa realidad consistiera en que la esencia de una nación es tal como nos la define determinado autor.

Vamos a ver si abordamos el problema desde otra orilla.

3 De modo similar a aquella escuela filosófica del siglo XIX, hoy superada, que identifica al ser con sus fenómenos, o mejor, cuya investigación sobre el ser se limitaba a lo fenoménico, hemos visto que se ha procedido a decidir sobre la esencia de una nación teniendo en cuenta groseramente la índole de sus misiones en la historia universal. Tal nación ha sido pródiga en piratas y en fabricantes de máquinas: pues a definirla en seguida con la etiqueta del utilitarismo; tal otra daba pruebas de una ferviente dedicación a una creencia religiosa: pues a decir al punto que su esencia se identifica con aquella religión concreta. De este primer paso ingenuo, se ha llegado después con difícil facilidad, a una concepción providencialista de la historia que reside, en sus líneas sustanciales, en creer lo siguiente: que los hombres de cada pueblo son aptos sólo para un género peculiar de misiones.

En apariencia esta tesis encierra una verdad, y tal vez no fuera preciso enfrentarse con ella, si quienes la sostienen dejaran en libertad a la vida para que, creando hombres de varia índole y pensamiento, asintiera o no a aquella supuesta delimitación de misiones. Pero cuando la tesis sirve de base para imponer una política de coacción en forma de fidelidad a lo que al fin y al cabo son sólo unas pocas de las muchas posibilidades humanas, entonces hay que volverse contra ella y hay que poner en evidencia cómo son posibles los actos de creación que enriquecen una cultura.

Hay que señalar una primera observación: decirles a los hombres de un grupo nacional que sólo pueden alcanzar aptitud plenaria y proyectarse en lo universal en dos o tres misiones que les son propias, supone en realidad elaborar toda una reflexión antropológica sobre su estructura de pensamiento y de vida (llamemos a esa estructura «su esquema vital o funcional»).

Todo esto no es poca cosa ¡vive Dios!, pues en el estado presente de nuestros conocimientos sobre el hombre, recién se ha iniciado la elaboración de una Antropología Filosófica, y todavía no poseemos un cuadro de las complejas influencias que pueden aportar, sobre las conclusiones de tal antropología, los datos de la filosofía de la historia y de la sociología. En otras palabras: llegar a determinar cuál es la estructura de pensamiento y de vida —el esquema funcional— de una nación, requiere, por lo menos en el caso de España, todo un proyecto de ciencia española cuya realización en equipo nos llevaría bastantes años. ¡Ambiciosa meta que habrá que conseguir!

Segunda objeción: hay que recordar que una nación está constituída por seres humanos, unos pocos de los cuales han llevado a cabo *sus* misiones singulares en la historia universal. Estas misiones eran sólo las posibilidades realizadas, en un momento y lugares concretos, de las posibilidades que en el ámbito de lo nacional se brindaban, en determinado período de la historia, a varias naciones; y a su vez, en el ámbito de lo humano eran también una reducción de las posibilidades humanas que subyacían en aquellos hombres en cuanto hombres. Puesto que al definir la esencia de una nación (esencia o, si se quiere, autenticidad), se está formulando un juicio que afecta a la calidad entitativa, a la estructura vital, de sus hombres, resulta que estos hombres vienen definidos por unos pocos resultados que sus antecesores consiguieron. No puede darse método más absurdo. Esto es algo como definir a un gramófono por la melodía surgida de un trozo de disco, y en tomar esa melodía —precisamente ésa— como lo sustancial del gramófono.

Claro está que con ésto no queda contestado otro aspecto de la tesis: aquel que afirma que la universalidad de una nación reside en hacer un determinado género de misiones. Esta es una idea bastante grave, pues hay mucha gente que cree, como verdad absoluta, que la universalidad de un pueblo reside dentro de sí propio, en su estructura de acciones, creencias y pasiones, en vez de ver dicha universalidad en las conquistas de la conciencia de sus hombres ejemplares y en el reconocimiento social de tales conquistas. La deducción más triste de esa idea, *tal vez sea la siguiente: que si así aconteciera, lo propio y peculiar de* una nación sólo alcanzaría valor universal cuando la historia del mundo llegase a una coyuntura regida por los valores que esa nación caracteriza. Entre tanto —es decir, en otros períodos de la historia— a tal pueblo sólo le quedaría que permanecer encogido sobre sí mismo, esperando un nuevo momento en la historia universal. Tan dolorosa predestinación condenaría durante décadas o siglos, a unos hombres, a ser

meros espectadores de la creación ajena, y por fuerza les obligaría para sentirse en paz consigo mismos, a despreciar, usando un criterio maniqueo, tal creación ajena. En conjunto sería una especie de calvinismo aplicado a la historia y a sus sujetos.

4 Demos otro paso y preguntémonos cómo se constituye o se adquiere la estructura funcional de una nación. Los datos a aportar para el conocimiento del esquema vital de un grupo nacional, serían los siguientes: datos genéricamente humanos, o sea del hombre en cuanto hombre; datos del hombre perteneciente a determinada capa étnica y sometido a un ámbito geográfico condicionado, es decir, datos del hombre hecho pueblo; en tercer lugar, datos del hombre y del pueblo en su proyección histórico-cultural, o sea datos de la nación.

Los rasgos estructurales obedecerían, bien a cada una de esas fuentes, bien a los resultados de interacciones mutuas.

Según la opinión hoy predominante, una explicación absolutamente étnica debe ser desechada sin más; habrá de constar como una parte, y no la menor, de la explicación de una estructura vital, el modo de fusión y las aportaciones que trajeron consigo los grupos étnicos constituyentes de una nación, cada uno de los cuales traía ya, por su parte, otra estructura vital propia. Ahora bien, la estructura resultante derivada, en el momento histórico en que se formó, de otras preexistentes, daría pie para que la investigación histórico-étnica viera en ella un efecto y no una causa; es decir, que la investigación habría de irse remontando hasta la prehistoria en busca de orígenes concretos. Pudiera ocurrir que se descubriera la fuente primaria de algunos rasgos estructurales, pero también es cierto que toda tarea que consiste en ir poniendo entre paréntesis la historia reciente para bucear en la más remota, borra las razones diferenciales y nos acerca a lo genéricamente humano, a lo común de un pueblo con otros pueblos. La teoría romántica de la nación sobre base étnica, debe detenerse en un punto previo, escogido por razones subjetivas (o incluso políticas); de lo contrario, concluye prestándole un servicio al racionalismo universalista.

Esto no quiere decir que en la estructura funcional no entre un fuerte contenido de causas étnicas; lo que debe afirmarse es que tales causas se han forjado históricamente, tienen un origen y un período de acción en el cual se plasmaron en hechos o pudieron quedar nonnatas; en otras palabras, no poseen valor absoluto, sino condicionante; fueron adquiridas históricamente, y tal vez, a través de muchas generaciones, sean históricamente modificables. Los rasgos que a ellas obedezcan, transmitidos por herencia somática, consistirán, primero y ante todo, en unas cualidades físicas más o menos unitarias, y también, lo que es más importante, en un sistema de acciones y pasiones, en una determinada subjetividad, un modo de sentirse en la vida y de comportase como hombre. Vamos a llamar a todo esto *el estilo de un pueblo.*

Habrá que distinguir en él, con sumo cuidado, los rasgos que sean efectivamente heredados, de aquéllos otros que obedezcan a una formación en respuesta a causas del medio social y económico. Las condiciones sociológicas del medio ambiente y social, pueden permanecer invariables durante mucho tiempo, y configurar modos de comportamiento, acciones y pasiones, en todos y en cada uno de los hombres sometidos a su influencia; son rasgos que no se transmiten como constitutivos a la naturaleza de un pueblo, pero pueden ser equivocadamente tomados por tales, si cada generación se enfrenta con unas condiciones relativamente invariables. ¿Cómo despejar esta incógnita? Para ello es preciso proceder, con gran rigor científico, a elaborar una sociología del pueblo en cuestión.

Hasta qué punto los rasgos estructurales del *estilo*, pueden ser modificados por la presión social, nos lo pondrá de manifiesto una hipótesis.

En numerosas obras (véase, entre otras, *Ingleses, franceses, españoles*, de Madariaga) se dan como cualidades esenciales de los españoles, el honor y la hidalguía. Es ocioso empezar a citar ejemplos que lo confirmen. La benevolencia con que nos tratan bastantes historiadores belgas, demuestra que si bien nuestros tercios se comportaron en los Países Bajos con la virilidad que cabía esperar de ellos, como españoles, y de su época, junto a los posibles excesos de tal virilidad hubo también rasgos de una nobleza y una hidalguía que sin duda impresionaron a más de un ciudadano (y a más de una mujer), valones o flamencos. Ahora bien, esta nobleza, este sentido del honor y la hidalguía, se pierden a la vuelta de pocos años, y basta leer esos terribles documentos sociológicos que son los escritos de Quevedo, o encontrarse con la descripción del pueblo de Madrid que hacía el embajador Stanhope en la época de decadencia bajo el reinado de Carlos II, para quedar aterrorizados ante un cambio tan sustancial en la naturaleza de un pueblo.

¿Qué había ocurrido? ¿Cómo fué posible? Se nos han dado numerosas explicaciones, y la más usual consiste en justificar la degeneración de nuestra fibra vital y ética, por el desaliento y la desesperanza fruto de nuestros fracasos europeos. O sea, que si aceptamos tal interpretación, convendremos en que hechos procedentes del mundo de la historia (la pérdida de la Gran Armada, la batalla de Rocroi, etc.), pudieron afectar la estructura vital de los españoles. Añádanse a esos hechos, los datos procedentes del ámbito económico-social (el pavoroso empobrecimiento del país en el s. XVII), y añádase que el ambiente de la época, bajo el embate del miedo a la Inquisición (1), debía ser propicio a una pérdida de la jerarquía de valores humanos, y en efecto, se tendrán causas suficientes para descubrir que la compulsión ejercida sobre los españoles fué

(1) Tanto individual como socialmente, el miedo es un poderoso factor de alteraciones del carácter; y en la sociedad española de la época, el miedo debía ser, soterrado quizá, pero ubicuo. Véase un ejemplo, con matiz humorístico, en el episodio que pone Quevedo hacia la mitad del capítulo VI de *La Vida del Buscón*.

tan fuerte que pudieron muy bien modificarse determinados rasgos estructurales que antes se hubieran tenido por fundamentales y permanentes.

¿Habremos de incluir en el *estilo* de un pueblo estos rasgos que son *históricamente modificables? No, puesto que creemos que el estilo* es lo duradero, lo formal respecto a sucesivos contenidos. ¿Cómo iba a poder definirse la esencialidad de una nación, tomando por rasgos permanentes lo que está condicionado por unas causas históricas de determinada vigencia?

Y una pregunta trae las otras:

1.º ¿Es posible siquiera definir lo peculiar de una nación, más allá de esa pura *formalidad* —no el *qué* se hace o *qué* es posible hacer, sino el *cómo* se hace— del estilo de su pueblo?

2.º Y este estilo, aunque tenga también sus manifestaciones objetivadas en actos del mundo de la cultura, ¿será acaso algo más que fruto de la «naturaleza» del pueblo? Es decir que al contrario de la tesis romántica que halla lo esencial en los contenidos del mundo de la historia y la cultura, lo esencial de una nación sería precisamente lo formal, el ánfora de la «naturaleza» de aquél grupo humano condicionado por su propio coto de tierra. (Y algo de esto ha visto el romanticismo, al dedicarse a cultivar lo espontáneo, lo inmediatamente directo de la manifestación popular.)

3.º Toda otra definición de lo esencial de una nación, cuando vaya cargada de contenidos procedentes de un período histórico concreto, ¿en virtud de qué podrá aspirar a convertirse en canon o norma para ser exigida a hombres de otros períodos, si el mismo origen históricamente limitado de sus contenidos constituye una razón a aducir contra su validez universal? ¿En virtud de qué, han de ahogarse las posibilidades creadoras de los españoles de hoy o del siglo equis, en cuanto parezca que no se mantienen fieles a las posibilidades realizadas por los españoles del siglo XVI?

El prejuicio polémico de estas preguntas, quizá les prive de su eficacia en cuanto a conclusiones positivas. Es hora, pues, de que hagamos un alto en nuestro camino y saquemos alguna deducción, a saber:

a) De entre los rasgos constitutivos de la estructura funcional de un pueblo, únicamente no podemos influir, nosotros, los hombres de una sola generación, en el *estilo;*

b) Los rasgos que son fruto de unas causas históricas y sociológicas, pueden ser desenmascarados mediante un conocimiento crítico, y por tanto

c) Una acción política metódica, bajo el impulso de una voluntad de transformación y de perfección, puede introducir cambios radicales en la historicidad de aquella estructura funcional.

Ahora bien, afirmar esto supone dejar sin base la tesis neorromántica que pretende saber lo que España es y las misiones que nuestros hom-

bres pueden realizar. Tal tesis emerge ante nuestros ojos como un cruel determinismo.

Nos encontramos con que tanto el hombre como hombre, como el hombre hecho pueblo, y el pueblo proyectándose como nación, deben ser, dentro de sus limitaciones, hacedores de una buena parte de sus destinos. El hombre es su propio *faber fortunae* en cuanto es consciente de su libertad. También nosotros, cara a cara con nuestro pueblo y con nuestro destino, podemos realizar un gran acto de voluntad y de creación.

«ARÉVACO»



LA PIEDRA MAS RECIENTE

POR

JAIME FERRÁN

El cabello ondea como la piedra más reciente
Vicente ALEIXANDRE

Hoy es todo distinto: tierra y cielo
no son los mismos desde mi ventana
y la inquietud que fué esperanza vana
se va tornando en un inútil celo.

Tanto y tanto silencio como un velo
de niebla nos esconde, nos hermana
un momento, distantes. Después gana
la soledad, de nuevo, su vuelo.

Tan lejos de nosotros existimos,
lejos del gozo de la ruta clara
de pámpanos dorados y racimos.

Solcs, los dos, en esta tierra avara,
sueño y quebrada eternidad vivimos,
tu noche y mi desvelo cara a cara.

I

CAMINO

Enroscado a los bajos encinares
trazas curvas indómitas y lentas
e indigestas de sol las polvorientas
márgenes blancas de los olivares.

Perezoso te mueves con andares
de burro de pezuñas cenicientas,
escarbas la meseta y la revientas
en busca de la entraña de tus lares.

Pedregoso en tu cauce te recuestas
y dormitas al sol del mediodía,
eternidad de polvo de tus siestas.

Y ciñe tu contorno la alegría,
el verde de tus márgenes enhiestas.
Pero no te levantas ningún día.

IGLESIA

Sobre el espliego y la retama enjuta
el silencio románico y pesado,
la lámpara pequeña y el gastado
gonce que el siena de tu paz no inmuta.

El viento peina la maleza hirsuta
que acaricia tu frente en el callado
crepúsculo sereno y perfumado
que ya sombrío en el confín se enluta.

Recorta el horizonte tu silueta
al moribundo sol, sobre el poniente
que perfuma de gris tu plazoleta.

Agoniza a lo lejos el ausente
lento tañer de tu campana quieta
que adormece la noche adolescente.

LLUVIA EN EL CEMENTERIO

Eres más lluvia si eres en la tarde
y eres más gris si llueves por los muertos.
Hay un silencio de suspiros ciertos
que en tu viva mudez crepita y arde.

Cantas y ciñes tu canción cobarde
a las cruces desnudas, miembros yertos
de los pasados años y desiertos.
Lluvia en la soledad, que Dios te guarde.

Porque acompañas sonorosamente
a los cipreses y a los mausoleos
que se pierden en mudas avenidas.

Porque eres cima oscura de simiente
y no duermes la noche de los reos
que se repudren bajo tus heridas.

II

CIUDAD EN LA TIERRA

El sopor de la tarde de verano
adormece el color de las encinas
y el viejo sol, amigo, entre las pinas
callejuelas dormita, siempre en vano.

Se enciende entre el olor de aire solano
la ladera de formas más cansinas
y las hazas sembradas, septembrinas,
tiemblan al roce del barbecho hermano.

Se perfila en la muda serranía
una laya tirada por dos bueyes
que conducen a un hombre lentamente.

Así serás, un día y otro día,
y así te regirán tus propias leyes:
la tierra y la ciudad, tú, solamente.

CIUDAD EN EL SUEÑO

Como un aire de paz. Como una buena
primavera que hará granar el trigo,
tu luz que sabe con sabor de amigo
ausente y entrañable. Hierbabuena

y tomillo en tus márgenes. Serenamente dormida en tu silencio. Sigo
mi camino sin ti, y es mi castigo
seguir soñándote en la luz ajena.

Sombra otra vez. De nuevo das cobijo
a mi lento vagar entre tus calles
mientras te voy soñando, lejos, pura.

Y en el sueño retorno, como un hijo,
a buscarte a través de altos y valles,
barco bogante, azul, en la llanura.

CIUDAD EN EL RECUERDO

Piedra y ciprés. Acaso nube, acaso
solamente la aurora estremecida,
voz de campana, y esta luz dormida
con tu sombra y conmigo a cada paso.

Desnudo el aire del recuerdo, raso
temblar de espuma o nieve florecida,
conmigo y con tu sombra va la herida
de tus torres de fuego en el ocaso.

Las torres del silencio se levantan
en nuestra soledad, la lejanía
se resuelve en espuma delirante.

Aire desnudo. Pájaros que cantan.
Oh, túnica inconsútil de alegría
que de ti viste el corazón errante.

HABLANDOTE, SEÑOR

He quedado sin Ti. Las horas suaves
pasarán sin esfuerzo. La mirada
se perderá en alguna encrucijada
pero no para verte. Tú lo sabes.

He de seguir el vuelo de las aves,
el aire que me anuncie tu llegada,
que así, solo en la brisa perfumada
has de llegar. Y sé que Tú lo sabes.

Sé que lo sabes hoy, que lo supiste
ayer cuando marchabas, como hondero
cuando la piedra lanza. Mas te fuiste

Y quedo yo, sabiendo, prisionero
de esta piedra lanzada, mudo y triste,
que aún a contracorazón te espero.

2.

«LES HORES RETROBADES» de Joan Vinyoli

Con razón la crítica acostumbra a dejar a un lado uno de los motivos que aparecen con más frecuencia en la charla cotidiana sobre materia poética, a saber, el de la sinceridad de la composición. Tal vez el lector, puesto en el trance de confiar su intimidad vertiéndola en los moldes del poema, siente oscuramente que se le exige abandonar toda púdica reserva; la soledad que envuelve a la lectura no le basta para tranquilizar su conciencia: entre el poeta y él, en virtud de aquélla, se habrán establecido ineludibles relaciones personales. No es extraño, pues, que el lector quiera interrogar previamente a la obra, para asegurarse sobre su confiabilidad, y ésta sólo puede consistir en que antes el poeta se haya vertido sinceramente en su expresión, con modélica buena fe y falta de reservas. Lo sorprendente sería lo contrario, que una operación en la que lector y poeta mutuamente se desnudan no se realizara con cierta ansiedad, con algún oscuro temor; que la soledad que es principio (en el poeta) y término (en el lector) del poema, sin más les asegurara en su impudor, justificara el cinismo.

Pero la crítica con razón no se plantea un problema para ella insoluble. Para la crítica, dirigida exclusivamente a la inspección de la obra y a la que no interesa nada de lo que a la obra siga o preceda, el problema de la sinceridad de ésta es un problema formal-interno de otro carácter, muy distinto del que el crítico, en tanto que lector, pudiera plantearse; un problema que, en último término, se resuelve en el de la unidad de la obra, o sea el de la relativa confluencia de sus elementos en la totalidad que la constituye. Un poema será para la crítica tanto más sincero cuanto más penetrado de conciencia poética se halle, cuanto más le recorra de punta a punta, de raíz

a rama, una misma savia. Mas una sinceridad de otro tipo, ético o psicológico, no la concierne.

Sin embargo, en alguna ocasión, el crítico por el carácter mismo de la obra y el tipo de problemas que ésta le plantea, puede verse llevado a tratar la cuestión, aunque siempre en el ámbito propicio de su interés, determinado sólo y exclusivamente por la obra. Y es ello cuando el propio poeta plantea en ella el problema de la sinceridad, ya en cualidad de tema, ya en la de componente formal. Uno y otro caso se dan en la última producción de Joan Vinyoli (1), objeto de las presentes consideraciones.

* * *

Si cupiera en pocas palabras describir el sentimiento fundamental que la penetra, diríamos que oscila entre la frustración y la aceptación resignada. En la mitad del camino de la vida, el poeta se halla recorriendo

...avingudes de novembre
on tot es fa quiet, i sembla caure
com desistint.

(avenidas de noviembre / donde todo se aquieta, y parece caer / como si desistiera). En ellas, desde ellas, la nostalgia tiñe de oro otoñal los recuerdos; cuando el destino ha interrumpido ya su siembra

(...la melangia daura
camps de records on el destí no sem-
[bra).

Todo es ahora campana tocando a muerto, gravemente resonando en los bosques interiores del alma. Todo es otoño y soledad. ¿Y la vida, dónde está?:

Vida, on ets? La nit tot ho reclama
i un plor de vent és l'única resposta

(la noche todo lo reclama / y el llanto del viento es la única respuesta). Recordemos la áspera fórmula de Quevedo, aquel amargo: ¡Ah de la vida! ¿Nadie me responde?, voz sin eco en la absoluta soledad, y percibiremos la nota distintiva de nuestro poeta, nota de aceptación y entrega resignada a una naturaleza penetrada de conexiones éticas, por lo que de propio cede ella a la intimidad humana, y por lo que de ésta recibe, en un intercambio constante.

La naturaleza, por lo tanto, no es mero escenario. Pero tampoco ocupa el primer plano de la consideración meditativa que es el verdadero tema. Mejor sería decir que entre ella y el poeta se ha establecido un pacto de mutua fidelidad, por el cual aquél sabe confiarse a ella y la naturaleza se complace en servirle de punto de partida y término acogedor en sus excursiones por las regiones de la memoria, la duda y la vacilante esperanza.

Diré el contorn dels arbres i mun-
[tanyes,

proclama el poeta; pero, dice en seguida, en sus versos quiere fijar también

la solitud, els somnis, el destí,
allò que és trànsit vers una altra [vida,
la llum entre dos clars...

(la soledad, los sueños, el destino, / lo que es tránsito hacia otra vida, / la luz entre dos claros...). El poeta reflexiona sobre su destino. ¿Cuál es éste?

(1) Joan Vinyoli: *Les hores retrobades*. Premi Ossa Menor, 1951. Barcelona, Els llibres de l'Ossa Menor, 1951.

Ante todo, ya lo decíamos, frustración. Frustración amorosa, primero, aunque aquí al poeta le queda siempre la compensación de aquel «don preclaro de evocar los sueños» de que hablaba Machado. Hay en Vinyolí cierto prejuicio romántico cuando nos dice que

sofrint, plorant, més altament vivies.

En todo caso, del sufrimiento que se origina de la sentimentalidad anhelante operando en el vacío, nace al cabo del tiempo la amargura peculiar que a ratos se expresa en esta obra.

Pues el poeta vacila. Si a veces el amor parece cumplirse y tener justificación en sí mismo

(Fugiu, ombres!, el cor
que en veritat estima
no tem les ombres, emportat
en el corrent inesgotable
de son lliurar-se a l'estimat),

otras, las más, o es mero tránsito hacia otra imaginada plenitud

(una realitat feliç sempre futura),

o es sólo un aroma lejano, sin realidad inmediata, próxima y colmada. Y es entonces cuando el acento se hace más enérgico y la evidencia se apoya en la convicción (ver, por ejemplo, el poema «Destins»).

Frustración poética, en segundo lugar. También aquí la ambición de ser grande por el sentimiento se da de cara con la evidencia del fracaso. Sin fuerzas para el vuelo, el poeta se ha sentido atraído por las cimas inaccesibles, donde mora el genio. Pero, caído y decepcionado, sólo la tierra le queda, sólo por ella le es dado transitar («L'inaccesible»).

Y éste es, en último término, el «decir» de nuestro poeta. Sólo que tampoco aquí encuentra, no ya el reposo, sino la deseada, la necesaria coincidencia consigo mismo. También en este reconocimiento se halla vacilando entre instancias distintas, ya trate de apegarse a su realidad concreta y a la de las cosas que le rodean y que él recrea con la sencillez de su oficio, ya intente adentrarse en las rutas interiores del alma, reemprendiendo el antiguo camino místico, ya se entregue a la esperanza del más allá, despreciando el aquende ineluctable. Tal vez sea esta última, en la expresión actual de Joan Vinyoli, la instancia más poderosa. Pero acaso a nosotros nos sea lícita cierta suspicacia, considerando cuán rara y escasa es la *sinceridad* en tales materias.

* * *

Henos, pues, de regreso a nuestro tema primero. Con toda claridad el último poema lo suscita:

No la cançó perfecta, sinó el crit
que invoca Déu és necessari,
car no com l'àguila en té prou
el nostre cor amb moure bé les ales

(no la canción perfecta, sino el grito / que invoca a Dios es necesario, / pues no como al águila le basta / a nuestro corazón con mover bien las alas).

La pretensión es obvia: el poema imperfecto tendrá el poder de expresar con más pureza que la canción perfecta lo que en el hombre llega a ser mero grito, esto es, lo que románticamente se considera ser radical sinceridad. ¿Es lícita esta pretensión?

De hecho, nuestra única base de

juicio, si no queremos adentrarnos en regiones moralizantes que no nos conciernen, son los poemas mismos. Ellos, en lo que digan y el modo como lo digan, encierran la deseada respuesta.

Y es, en cierto modo, lamentable que aquellos que según el criterio de la charla diaria son los más sinceros, los más próximos al mero grito, son también los de expresión más vacilante y pobre. Más lamentable aún, que la mayoría de entre los más hermosos (una hermosura clara y sencilla, pausada, oscuramente teñida de melancolía) se hallen afectados a veces por una sola palabra, vacía de sentido, pero que en la pobre imaginación del poeta, ansioso de sinceridad, debía encerrar en sí todo el peso de un alma reducida a mero impulso. Un solo ejemplo: en esta serie de versos admirables:

Qui s'ha perdut a si mateix i en orba
nit peregrina, ple d'angoixa i crit,
qui però prop de la desesperança,
troba senders de resignació,

ah, com llavors camina a retrobar-se,
boscos endins, cap a secrets pujols
interiors, on fresca brisa d'alba
l'ànima antiga li retorna amb plors.

Com sap llavors el bé de retrobar-se!
I despertant del caos al matí,
emprèn el seu camí cap a la vall,
sentint el veritable cant del riu,
veient al lluny les terres de la vida
i el seu alberg, alegre vianant;

una sola palabra, el insensato «caos» del v. 10, arrastra en pos de sí toda una serie de expresiones ya bastante empobrecidas («senders de resignació», «camina a retrobar-se», «terres de la vida»...), y tras ellas sume en su oquedad casi todo el poema. Más grave todavía, es la banalidad en «Humil conreu ets tu...» (¡¡«Altars creaves, ídol vas posar-hi»!!), «Els dies», «Als elegits», «Sol davant teu...», «Precepte» (la cursilería de la 2.ª estrofa), y antes en «vida més alta», «Força callada», etc.

He citado la mayor parte de los poemas menos conseguidos. Pero, junto a éstos (no engañemos al lector) «Les hores retrobades» contiene gran número de hermosos poemas, y algunos, media docena, son francamente admirables. Así el que abre el libro y que al principio comentábamos. Más aún la serie de «El poeta adolescent»:

Per ones de la vida, sense fi,
vers l'horitzó daurat de l'esperança,
vogava. Clares illes el destí
posava davant meu. Sense recança
del temps deixat, mirava el dolç
[matí,
florit de pures forces, eixamplant-se;

versos de los que irradia una alacre lumínosidad, conseguida a la vez con los tenues toques de algunas palabras (horitzó, clares, matí...) y con la abundancia de palatales (a, e, i). En la segunda parte el ritmo se rompe, las vocales se oscurecen;

Car a la vetlla, novament
sóc recollit i brando
amb sorda queixa, foscament
arrossegat en folla dança,
per mars d'angoixa i de desespe-
[rança.

En la tercera, el tono elegíaco se acomodan unos versos pausadamente ordenados uno tras de otro, todos iguales en su nostálgica resonancia:

On ets, on ets, infància daurada?
Barca segura en riu quiet, vetllada
per clares albes i ponents d'estiu:
allí, com pluja, l'alegria riu.
Et vares perdre per confuses hores,
ja sols em queda un vagarós anhel,
i el cor se sent com vacillant estel
que el seu infant en l'aire trist [oblida
sobre una terra ombrívola als afores
de la ciutat inmensa de la vida.

¡Qué hermosa la imagen de la cometa suburbial! Más adelante volvemos a encontrarla, en «Tan sols una memòria».

Citemos por último tres poemas que, ya casi acabando la colección, se nos imponen por su extraordinaria calidad: «Cap força de l'altura...», «El campanar» y «El destí». Curiosamente, los tres nos cuentan una historia que ya tal vez conocíamos. Pero lo más notable está en que la vieja historia sigue siendo verdadera.

No es preciso ser original, para ser sincero. No es preciso ser sincero, para ser veraz. Esta es la lección que desearíamos que nuestros poetas aprendieran (¡no de nosotros, por supuesto!); y que luego, con el estricto cumplimiento de su oficio, nos explicaran.

JUAN FERRATER

«LA NORIA»

Me parece que «La noria» es una novela que lleva engañada a mucha gente y que va a engañar todavía a mucha más. Yo mismo, por ejemplo, la acabo de llamar novela, pero ¿lo es en rigor? La obra se compone de treinta y siete episodios protagonizados cada uno de ellos por un personaje. Los episodios se enlazan de una manera superficial: muchos de sus protagonistas tienen entre sí la misma relación que usted o yo podamos tener por el simple hecho de ser vecinos o haber viajado en el mismo tranvía. En seguida, pues, se nos presenta una grave objeción técnica a la unidad de la obra y, por consiguiente, al hecho de llamarla novela. No se nos oculta que la intención del autor fué, seguramente, dotar a su obra de una unidad extraformal, extraliteraria. Precisamente, la obra está escrita para demostrar algo, cuyo *algo* no sólo justifica, sino que exige, en cierto modo, la dispersión anecdótica, la multiplicidad de ambientes y situaciones. Ahora bien, hemos dicho que el enlace, la relación entre los distintos episodios—situaciones, ambientes—se hacía de un

modo superficial y es esa superficialidad la que nos da la clave del «bluff» que es «La noria». El contenido, la moraleja, ese *algo* del que hemos hablado más arriba, es de una gratuitidad muy de un modo, y muy peligrosa para el actual momento literario español —tan desamparado— porque engaña fácilmente al ingenuo lector que, entre tanta y tanta reciente vergüenza literaria—«Don Ramiro el Grande», «Manuela Limón», «Rostros ocultos», etc.—, cree encontrar en «La noria» una novela con mensaje, *esa* novela con contenido que necesita. Claro que al lector habitual y algo enterado en seguida —al cuarto o quinto episodio— le sorprende la uniformidad psíquica de los personajes. Así, la prostituta que protagoniza el primer episodio no se diferencia en nada que no sea anécdota exterior de la hija del taxista que protagoniza el tercero, y así acontece sucesivamente con la mayoría de los personajes femeninos que aparecen a lo largo del libro. Los masculinos, por su mayor complejidad logran, a veces, darnos una impresión más acusada de individualización. Sin embargo, eso no es todo. Porque más que uniformidad psíquica lo que hay en «La noria» es uniformidad moral. Pero esto entra de lleno en la moraleja de la obra, en los propósitos del autor cuyo original mensaje viene a ser el siguiente: los hombres somos, en líneas generales, buenos, y lo que sucede es que nuestra naturaleza es débil y no siempre obramos con corrección —lo que no quiere decir que seamos malos— y, precisamente porque nuestra naturaleza es débil, es necesario que nos entrecomprendamos y toleremos. «La noria» pretende inculcarnos este mensaje a través de los treinta y siete episodios, a través del ejemplo vital de sus treinta y siete protagonistas, todos tan iguales porque en realidad a todos les sucede lo mismo: no tienen ninguna conciencia de su vida y si alguna vez asoma ésta a sus atontados espíritus se encogen de hombres y rechazan su responsabilidad personal remitiéndola a la naturaleza común que, como queda dicho, parece ser que es débil. Los personajes de Luis Romero son, pues, títeres nunca hombres. El autor de «La noria» ha olvidado que en la vida hay *algos* tan importantes como la responsabilidad, la elección personal y la mala fe.

Si la forma está en función del contenido y éste es falso, la obra se derrumba, queda en nada. La falta de humanidad —de hombreidad habría que decir, unamunescamente— de los personajes de «La noria»—esos personajes que la gente ha tomado por muy humanos por el simple hecho de que son blandos, inertes como peleles—, atrae, arrastra a toda la obra al gran vacío de la gratuitidad.

«La noria» es, pues, un lamentable «bluff», un engaño más para el lector español de novelas, tan sufrido, tan desamparado, el pobre, cuya especie lógicamente va desapareciendo, ahogada, asfixiada, poco a poco, por ese enjambre de elementos que son la ignorancia, el poco oficio y la mala fe de la mayoría de los escritores, el conservadurismo de algunos editores y la saludable eficacia de la flamígera espada de los censores.

J. M. CASTELLET

«EL CÓNDOR SIN ALAS»

Repetidamente, en estas mismas páginas se ha hablado de la anómala situación cultural de la España de nuestros días. A su debido tiempo, también, se publicó un comentario bibliográfico al libro de Julián Marías, «Ortega y tres antípodas». En esa obra se hacen unas consideraciones generales sobre la actual sociedad española y las consecuencias que para la misma supone el estar carente de una crítica objetiva y veraz. Del libro de Marías se citaba entre otros el siguiente texto: «El segundo aspecto (de la actual descomposición de los cuerpos sociales y la pérdida del sentido de la función intelectual) consiste... en la falta de sensibilidad, elasticidad y solidaridad de unos cuerpos sociales que no rectifican automáticamente el desmán intelectual, como la sociedad reprime y corrige siempre los desmanes que se cometen, cuando está viva y sana».

Una prueba de la poca vitalidad y salud de la sociedad española la tuvo el que esto escribe al asistir, hace unos días, al estreno en Barcelona —la obra hace ya algún tiempo que se estrenó en Madrid— del «tríptico histórico» de don Juan Ignacio Luca de Tena, «El cóndor sin alas», premio Fuenteovejuna, concedido por don Agustín Pujol a la mejor obra que desarrollase el tema: «El desnivel cultural entre los individuos hace imposible el buen entendimiento entre las clases».

¿Qué anécdota ha ideado don Juan Ignacio para ilustrar tan ingrato tema? Figúrense ustedes a los siguientes centrales personajes: un conde, un diputado socialista ex-sirviente suyo y el hijo de éste, joven ingeniero. El conde representa las cultas derechas, su antiguo chófer las ignorantes izquierdas y el joven ingeniero al pueblo redimido por la cultura. La acción —ciñéndonos al último acto, dramática y espectacular culminación de la obra— tiene lugar en el ex-palacio del conde, convertido en hotel que regenta él mismo, porque los tiempos son difíciles y la república se le ha incautado de sus tierras, de cuya explotación vivía. A este hotel llega el joven ingeniero, destinado a dirigir una presa en construcción por aquellos lugares. (Días antes los obreros amotinados habían matado a otro ingeniero.) Poco después aparece el ex-chófer, actual diputado socialista, que llega para arengar a los obreros y para incitarlos a nuevas rebeliones. El buen hombre se encuentra con que es su hijo quien habrá de reprimirlas y sufre su primer gran shock emotivo. (A todo esto, como bien supondrá el lector, hay una anécdota amorosa, original, nueva y de profundo sentido social, también: el joven ingeniero está enamorado de la hija del conde, amor imposible por la diferencia de clases.) No tarda en estallar la guerra civil. La situación de nuestros héroes es en ese crítico mo-

mento la siguiente: el conde, la condesa y su hija, junto con el joven ingeniero, están presos en el ex-palacio, ex-hotel ya, celosamente guardado por los cuatrocientos obreros de la presa convertidos en cuatrocientos feroces —e incultos, no hay que olvidarlo— milicianos. En una cruda escena, el miliciano-jefe —que había ido a la escuela con el joven ingeniero— intenta besar a la hija del conde en presencia del enamorado ingeniero. Este, a pesar de no ir armado, no puede contenerse y se lanza encima del miliciano para vengar el ultrajado honor de la bella. Afortunadamente para todos aparece en aquel momento el ex-chófer que acaba de llegar de Madrid para rescatar a su hijo. Pero el hijo le dice que no se irá si con él no se marchan los cultos aristócratas: segundo shock para el viejo socialista, que intenta persuadir al miliciano-jefe de la conveniencia —por razones de alta política— de llevárselos a todos. El miliciano, que es un rencoroso, le dice que si quiere llevarse a los cultos nobles que lo haga, pero que a su hijo no se lo da: el ex-chófer no gana para sustos. Afortunadamente, aparecen a lo lejos las tropas nacionales. Tensión. El socialista ha de huir y quiere llevarse de nuevo al hijo. Pero éste es quien no quiere ahora: ha comprendido que aunque hijo del pueblo su puesto está con los otros, seguramente porque —en la obra no se especifica demasiado el por qué— son los más cultos. Dramática despedida de padre e hijo, que se separan para cumplir cada cual con su deber. Fuego de artificio final: al miliciano-jefe se le exacerba el rencor y le pega un tiro al joven ingeniero. Con el sacrificio de la víctima queda terminado el rito, aplaude el público, saludan los actores, aparece el autor, dirige unas palabras al respetable, agradece los veinte mil duros a don Agustín y todos tan contentos.

Todos, menos este servidor de ustedes que sigue sin comprender cómo, a medida que transcurría la obra, no se levantaba la gente para marcharse o una vez terminada no hubo nadie que silbara, protestara o pateara obra, intérpretes y autor. Porque lo sorprendente de esa noche de estreno no fué que «El cóndor sin alas» sea una mala obra teatral, o el hecho de que don Agustín le regalara a su autor veinte mil duros que le hubieran ido muy bien al Gimnástico de Tarragona —entidad deportiva a la que el señor Pujol, antes de convertirse en mecenas de la cultura patria, subvencionaba—, sino la pasividad del público, su incapacidad de reacción ante la mentira o el engaño. Porque si es posible que un público de clase media acepte tranquilamente que su conservadurismo se identifique en el escenario con el de la aristocracia, no lo es que entre las ocho o novecientas personas que llenaban el local no hubiera quince o veinte que se dieran cuenta de que don Juan Ignacio jugaba con algo aún tan importante como la guerra civil española y, en consecuencia, protestaran de ello. El señor Luca de Tena, que es un culto aristócrata, sabe perfectamente que no es precisamente el desnivel cultural el principal motivo que dificulta el buen entendimiento entre las clases. Por lo menos, antes está la voluntad de comprensión, eso que no existe en su obra ni por asomo. Y por si fuera poco haber acep-

tado servir un tema tan poco consistente como el propuesto por el señor Pujol, nuestro aristócrata dramaturgo ha ideado una anécdota para la que utiliza la guerra civil, que para él parece que fué, según se desprende del argumento de la obra, ni más ni menos que la lucha de la cultura contra la incultura. Dos únicas moralejas pueden en puridad extraerse de la obra: 1.º, si todos los españoles fueran ingenieros no existirían desniveles entre las clases sociales, por la sencilla razón de que habría una sola clase, la ingenieril; y 2.º, alcanzado cierto nivel de cultura, aunque se sea hijo del pueblo, uno se vuelve de derechas, que es lo bueno.

Los ocho o novecientos espectadores dieron por buena la obra y su tesis. Sin embargo, todos habían vivido los días de gestación de la revolución del 36 y todos habían sufrido, poco o mucho, la guerra. Todos sabían que sus causas habían sido mucho más complejas. Pero todos parecían haberlo olvidado y aceptaban, exteriormente complacidos, la absurda versión lucatenesca. A nadie se le ocurrió indignarse cuando en la obra era motivo de risa y de burla la incultura del ex-chófer socialista, por ejemplo: se aceptaba que un ignorante había de ser malo, como lo era —ignorante y malo— el miliciano-jefe.

No hubo una sola protesta: fué una noche triunfal para el autor y para los actores. Mejor dicho, hubo un intento de protesta que nadie acompañó. Seguramente su autor era un inadaptado, un hipocondríaco o un aguafiestas como este servidor de ustedes.

J. M. C.

SOBRE EL EXPRESIONISMO, ANTE LOS PAISAJES DE BENJAMÍN PALENCIA

Si decimos que la pintura de Benjamín Palencia es expresionista, conseguiremos probablemente una aquiesciencia casi unánime. Nada más normal, al parecer. Un cuadro no es una adivinanza ni una sentencia délfica, y no habría de sorprendernos que sus contempladores se pusieran de acuerdo sin demasiadas dificultades, al intentar definir el sentido de la obra pictórica. Sin embargo, la hipotética unanimidad en señalar el expresionismo de la obra palentina, nos parece más bien inquietante. No sólo porque estamos acostumbrados a ver desatarse, alrededor de todo pintor importante de nuestro tiempo, impresionantes conflagraciones de equívocos, discusiones, disputas, reservas, negaciones y *coq-à-l'âne,* y

que un acuerdo, aunque afecte solamente a las más vagas generalidades, nos resulte desusado; lo grave es que de cuantas palabras son manejadas y estropeadas por quienes hablamos de arte, ninguna de más impreciso sentido que el término *expresionismo*. Para mostrar que así es en efecto, aduzcamos tres definiciones de este término, elegidas al azar de una biblioteca muy poco sistemática: una caracterización epigramática de un francés, una clasificación, casi estólida a fuerza de hacerse obvia, de un inglés, y un tudesco cacareo de abstracciones. Dice Elie Faure: «El impresionismo pretendía expresarse de cualquier modo, con tal que la expresión resultara justa. El expresionismo enseña que hay que expresarse de cualquier modo, con tal que la expresión sea personal». Y Herbert Read: «Hay quizá sólo tres modos básicos de percibir y representar el mundo que nos rodea: el realismo, el idealismo, y el expresionismo... Es expresionista el que aspira a describir, no los hechos objetivos del mundo natural, como el realismo, ni tampoco un concepto abstracto basado en aquellos hechos, como el idealismo, sino los sentimientos subjetivos del artista». Y, finalmente, Wilhelm Worringer: «El motivo impulsor de la creación expresionista no debe buscarse en el deseo de abolir el enlace del artista con la naturaleza, sino en el empeño de interpretar los fundamentos intuitivos de aquel enlace. Interpretar el mundo que se ofrece a nuestra intuición, partiendo de la organización subjetiva de nuestras vivencias y nuestras experiencias borrando así la línea que separa a la experiencia sensoria de la experiencia espiritual». En lo único que coinciden estas tres definiciones, es en destacar el carácter «personal» o «subjetivo» del arte expresionista. Ahora bien: el hecho de que un crítico moteje a una obra de subjetiva, significa nada menos que una confesión de incapacidad para entendérselas con aquella obra, y una renuncia a toda posibilidad de explicación eficaz. La tarea del crítico, en efecto, consiste pura y simplemente en alumbrar la doble peripecia humana que tiene lugar a propósito de la obra de arte: la peripecia del autor y la del contemplador. Dicho de otro modo, el crítico debe narrar el fenómeno de convivencia humana que se produce merced al sistema semántico que es la obra de arte. Cualquier subjetividad (sea la del autor, la del contemplador o la del mismo crítico) es esencialmente extraña al fenómeno con que el crítico tiene que habérselas: las subjetividades ejercen en crítica, todo lo más, un papel parecido al del numen kantiano: el de conceptos-contraste, a los que sólo se puede recurrir directamente a trueque de ver el derrumbe de todo método sano. Por otra parte, Read y Worringer, y quizá también el vago Elie Faure, pretenden definir el expresionismo a partir de aquello a que la obra alude («el mundo natural» o «la naturaleza») y no de aquello que en la obra está. Con el contenido hemos topado. Así como no hay adolescente que se haya visto enteramente inmune al *conocido vicio, no existe, al parecer*, crítico que no haya cedido alguna vez a la tentación del contenido. No vamos a abrir nuevamente el proceso de tan lamentable inclinación; limitémonos a señalar que, siguiéndola, Read y Worringer llegan a con-

clusiones exactamente opuestas; por lo tanto, uno al menos de los dos eminentes críticos se equivoca de medio a medio. Lo que ahora nos importa, sin embargo, es que nos hemos quedado sin definición del *expresionismo, y si queremos seguir* usando el término, no nos queda otro remedio que abordar la tarea de proveerlo de un sentido preciso.

Zu den Sachen selbst. Conseguiremos quizá llevar a buen fin nuestra tarea, si renunciamos a hipótesis, asociaciones y fantasías, y nos limitamos a describir lo que de verdad *hay en las obras para cuya definición* sentimos que resultaría útil el término de expresionismo. Y por lo tanto, recalquemos que describir lo que hay en una obra, significa sencillamente describir *cómo* se encuentra allí. En todos los cuadros, en efecto, viene a haber aproximadamente lo mismo: el surtido de medios de expresión de que dispone el pintor es extremadamente reducido. No nos referimos, naturalmente, al hecho obvio de que toda pintura es una superficie cubierta de manchas pigmentarias. La expresión pictórica comienza cuando las manchas se ordenan de modo a formar entidades abstractas: color, dibujo, claroscuro. Estas abstracciones son los auténticos medios expresivos del pintor. Ahora bien, su enumeración se agota pronto. De ahí que —repetimos— al caracterizar un estilo pictórico según los medios expresivos a que recurre, sólo muy limitadamente podemos señalar *cuáles* son aquellos medios; debemos describir *cómo* los medios comunes a todo pintor se enlazan y organizan, hasta que con ellos se consigue una actual eficacia significativa.

Y en último término, describir la organización de los medios de expresión pictórica significa, sencillamente relatar su nacimiento. Siguiendo a Perogrullo, maestro de nuestros maestros, observemos que la pintura es algo que hacen los pintores, y que *por lo tanto nada es pictórico antes* de que un pintor le haya conferido tal carácter. Pero hay más: en rigor, nada *es* pictórico; sólo existe pintura *mientras* un pintor pinta, y no existe pintura fuera del gesto del pintor que pinta. Pensemos, por contraste, en el literato; éste maneja medios (palabras, formas sintácticas y retóricas) que son ya depositarios de un valor expresivo humano antes de que él dé comienzo a sus operaciones; los materiales del literato provienen de la cultura, no de la naturaleza; el literato altera y violenta su expresividad, no la crea. En definitiva, la diferencia entre la pintura y la literatura consiste en que no podemos para ésta distinguir entre *materiales* y *medios de expresión,* y que tal distinción es evidente para la pintura: nadie afirmaría que toda mancha es un dibujo. Precisando más en el análisis, sin embargo, hallamos en la pintura algo que ofrece una cierta analogía con lo que es para la literatura el valor expresivo pre-literario del lenguaje: no hay duda de que un medio de expresión pictórica alude y apela a lo que podríamos llamar nuestra experiencia *óptica, a algo que poseemos, en cierto* modo, como residuo y resumen de nuestra percepción visual del mundo. De ahí que una de las posibilidades innúmeras de corrupción de la pintura consista en que ésta se convierta en una reproducción de la «realidad»; y recíprocamente, de ahí que, en nuestra civilización sobresa-

turada de pintura (de mala pintura), mucha gente crea que en la naturaleza se encuentra verdaderamente dibujo y color. De todos modos, esta expresividad pre-pictórica de los medios de la pintura no es en absoluto comparable, en cuanto a concreción ni a vivacidad, a la expresividad pre-literaria del lenguaje. Pero no es menos cierto que en ella se basa el pintor para crear sus medios expresivos. Analizándola, depurándola e intensificándola consigue al fin, por así decir, cuajarla; y de este modo nacen los signos de su lenguaje.

El expresionismo no es más que uno de los posibles modos de llevar a cabo esta constitución de los signos. Partiendo de la indiferenciada amalgama de sugestiones visuales con que la naturaleza le bombardea, debe todo pintor abstraer una colección más o menos vasta de posibles signos. Merced al orden y a la jerarquía introducida en sus abstracciones, conseguirá el pintor actualizar la potencia significativa de las mismas. Sin orden ni jerarquía entre ellas, su obra sufrirá una reversión al punto de partida, y se convertirá en una versión depauperada de la naturaleza: el monstruoso *homunculos* académico. Pero hay procedimientos muy distintos de conseguir el orden. Una vez determinado el que será medio expresivo básico de la obra, la norma clásica prescribe que este medio se *manifieste* en localidades rítmicamente distribuídas en el cuadro. Las localidades no afectadas por el medio expresivo fundamental se reservarán para los medios secundarios. Véase un cuadro, o mejor, para más simplicidad, un grabado de Rembrandt, uno de los pintores que más deliberadamente aplican el sistema. Su procedimiento expresivo fundamental es el claroscuro; los extremos de la gradación claroscurista — la máxima luz y la máxima sombra — se realizan con manchones informes. En las zonas de media tinta, por el contrario, el maestro de Leiden se abandona a su pasión por el dibujo, con una fantasía en el arabesco digna de un japonés. Y no por casualidad, los manchones de sombra están conseguidos por una acumulación de nerviosos, finísimos trazos, que espesean en tupida malla, sin que pierdan del todo su individualidad; este *adorno* de la sombra nos sugiere que ella no es más que una manifestación hipertrófica del dibujo, una proliferación cancerosa del arabesco. Lo cual nos delata la esencia del que hemos llamado sistema clásico de ordenación de los medios, y el nervio de la expresividad que con él se consigue. El contemplador del cuadro es invitado a perseguir la rítmica alternancia de apariciones y desapariciones del medio fundamental, y el modo cómo éste se funde en los demás, o se aisla de ellos, interrumpiendo su indiferenciada monotonía, tal como un acento interrumpe el átono cuchicheo del verso. Al contemplar un cuadro clásico (en el sentido que ahora damos a este término), se nos obliga a tener siempre presente lo que sería un universo visual ordenado, y a revivir el proceso de ordenación que el pintor ha realizado; y en esta reviviscencia consiste la expresividad de los medios de la pintura: son expresivos, en tanto que nos relatan su propia gestación. Respecto al procedimiento que acabamos de describir, el expresionismo representa tan sólo una diferencia de grado; pero nunca mejor

que ahora podremos recurrir a la cómoda muletilla de la conversión de cantidad en calidad. Una vez determinado el medio expresivo fundamental, el expresionista lo lanza a la conquista del cuadro, sin dejar en éste zonas neutras, reservadas a los medios coadyuvantes. Véase Grünewald, quizás el más puro de los expresionistas. Su dibujo no descansa. Las líneas se quiebran y retuercen, y las carnes del crucificado están acribilladas de puntos, que manifiestan un horror al vacío dibujístico (y que aluden, suponemos, a las cicatrices de las espinas: maravilloso ejemplo de explotación plástica de un motivo anecdótico). El expresionista comunica expresividad a sus medios a fuerza de presentárnoslos siempre en la máxima tensión y a plena luz, a fuerza de tozuda insistencia en la afirmación. El ritmo rapidísimo con que se suceden las alternancias de *huecos* y *llenos* en la presencia del medio básico, nos impide prestar atención al balbuceante coro de medios secundarios: el medio fundamental nos alucina, se impone a nuestra versión del universo, y nos parece que ha existido siempre, antes de que el pintor lo manifestara en sus cuadros con la máxima claridad. Y en cierto modo así es. Para jugar fuerte como lo hace el expresionista, hay que tener bastantes probabilidades de ganar la puesta. El expresionista es siempre un heredero; el medio expresivo que él potencia hasta el máximo grado, ha sido en parte descubierto y *constituído* por otros pintores. Siempre el expresionismo lo es *de* un medio ya existente. Botticelli representa el expresionismo de la linearidad cuatrocentista; Goya, el de la sensualidad material del setecientos franco-flamenco; Van Gogh, el del color impresionista; y aún podríamos decir que el Tintoretto es el expresionista del escorzo miguelangesco.

Lo malo del expresionismo es que no da mucha ocasión para el ejercicio de la crítica. Cualquier crítico se ve con fuerzas para charlar *ad nauseam* acerca de Cézanne o de Piero della Francesca. Pero, si uno no es un literato, ¿qué decir del Greco o de Rouault? Hay que confirmar que tiene talento, lo cual no pasa de ser una metáfora. Un pintor clásico nos da la impresión de que la calidad de sus cuadros es *fatal*, y que resulta inevitablemente del modo como el pintor ha sabido plantear la cuestión cuya respuesta es su obra. En rigor, ignoramos si Piero della Francesca tenía talento, y ¿vale la pena preguntárselo? El formidable talento de un Grünewald o de un Rouault, en cambio, es un hecho brutal, ineludible, que nos sobrecoge y nos impide ver otra cosa. Por eso hablaban Read y Worringer de la «subjetividad» del expresionista, y Faure de su «personalidad». En definitiva, lo único que querían indicar con tales términos, es seguramente que, cuando un cuadro expresionista resulta bueno, nadie es capaz de explicar las razones de su calidad.

No pretenderemos nosotros desvelar las de la calidad de la obra de Benjamín Palencia. Su expresionismo utiliza medios expresivos cuya conquista ha constituído la gloria de la *Ecole de Paris*. Con sus compañeros de generación Villà y Zabaleta, Palencia nos induce a creer que, ahora que la mina alumbrada y explotada en París durante un siglo comienza a manifestar indudables in-

dicios de agotamiento, quizás en España haya de hallar su extrema realización. Y tal vez merezca la pena observar, para quienes van lanzando contra los pintores modernos el reproche de un supuesto egotismo insolente, que los tres pintores citados tienden al contemplador de buena voluntad innumerables puentes para la apreciación, si no para la comprensión, de su obra. No sólo es Palencia un gran pintor; es también un gran redescubridor de la naturaleza. Ha señalado ya Luis Rosales que en los cuadros del pintor de Barrax se halla por primera vez una Castilla *nueva*, después de la ancha y llana Castilla del 98. Una Castilla erguida y ondulosa, de lomas azufradas y carbonizadas, coronada por una serranía

pâle et rose comme un coquillage [marin,

una Castilla viva; no el mar de polvo con algunas rocas mondas como huesos, por el que todos hemos paseado en imaginación nuestras melancolías. Aún quien no guste demasiado de la pintura, debe agradecer a Benjamín Palencia que éste le provea de una nueva forma de sentimentalidad.

G. F.

CRÓNICA MUSICAL

HAYDN, FALLA Y EL RECITATIVO. — En el Palacio de la Música tuvo lugar un importante acto con la presentación de la ópera bufa de Haydn, «Der Apotheker» y del «Retablo de Maese Pedro» de Manuel de Falla. Una y otro fueron presentados en inmejorables circunstancias. Por parte de sus intérpretes, definitiva la contralto Montserrat Martorell, llamada a alcanzar una personalidad internacional cuando supere su extremada juventud; definitivos también Ausensi y Marta Santaolalla en sus papeles del Retablo, en una de las mejores versiones que jamás podremos escuchar.

Por parte de la oportunidad que representaba la presentación de las referidas producciones líricas, nada más digno de elogio y acertado. Homenaje al compositor del Retablo, sobre todo con un propósito de difusión de su obra, acercándola a un público dominguero heterogéneo. Y en esta ocasión tuvimos la impresión de que, con la magnífica dirección general del espectáculo, el público vivió la emocionante escena cervantina en la totalidad de planos de que Falla la dota.

Al margen del comentario que antecede, la sesión se prestó a reflexiones de tipo técnico-estético en razón al choque provocado por la diversidad estilística de los autores respectivos. Concretamente en lo que se relaciona a las respectivas concepciones del recitativo en la lírica.

Problema insoluble ha sido en la historia de la música el del recitativo. El compositor ha debido luchar en todas las épocas contra la exigencia de la continuidad del texto en la escena. Ello se concreta en último extremo en dos problemas principales a superar, uno de índole formal o de estructura y otro de tipo material o melódico. Tanto «Der Apotheker» como el «Retablo» vienen a representar posiciones diametralmente opuestas estéticamente a tal respecto. Haydn sabe ya dotar a su pequeña ópera, partiendo incluso de un libreto de Esterhazy von Galanta mediocre, de una insuperable cohesión estructural. Todas sus partes musicales están perfectamente equilibradas y a un aria se sucede un dúo y en el momento oportuno se incluye el concertante obligado. Y lo que resulta más de admirar es la habilidad especial en mantener una marcada tensión emocional, de que el libreto carece casi; y así es sólo la música la que hace resaltar los matices burlescos, sentimentales o dramáticos de la acción. En el aspecto de la continuidad de la línea melódica es en donde, Haydn, como Mozart, adopta una postura de abstención ante el problema y se inclina por la servidumbre de la música ante la palabra. Se suceden entonces las interminables divagaciones armónicas del continuo cuyos acordes desarrolla la voz del cantante que nos refiere hechos, por lo general en lengua extranjera, que aumenta la inin-

teligibilidad del relato. (Afortunadamente en el caso del «Apotheker» una versión catalana aminoró un tanto la dificultad de comprensión del texto original alemán.) No creo sea posible afirmar que de existir una calidad musical en los interminables recitativos de Mozart o Haydn sea esta una calidad muy estimable.

Falla se afirma con el «Retablo» —junto al Concierto para clave— en la terna que comparte con Bartok y Strawinsky. Y le basta con la especulación para comprender la fórmula de la forma breve y concisa que adopta y que jamás recarga al oyente con la necesidad de un esfuerzo suplementario para seguir la marcha de la narración. La solución que da al recitativo del Trujumán es también insuperable, entroncando con la raíz preclásica y haciendo suyos cuantos hallazgos representan las soluciones wagneriana, debussista en la melopea sistemática del Pelléas y el «parlato» cantado de Schoenberg en el «Pierrot Lunaire».

EL NEW YORK CITY BALLET.— Contamos en Barcelona con críticos de ballet ilustres y, a pesar de ello, es costumbre que el crítico musical se encuentre obligado a intervenir ante manifestaciones de un arte tan distinto en esencia al de los sonidos. Cuando así se hace, enjuiciando siempre la representación desde el punto de vista musical, en primer lugar se comete una falta de respeto al mensaje coreográfico de los intérpretes. Y desde este punto de vista, el New York City Ballet parece confirmarlo en su trayectoria estética. Efectivamente, pocas, bien pocas novedades nos han ofrecido, si descontamos los «Cuatro Temperamentos» de Hindemith. Por el contrario, no habíamos sorprendido todavía en otros coreógrafos un conocimiento tan profundo de las partituras. Barcelona puede estar orgullosa de que por el escenario del Liceo hayan pasado las mejores y más selectas compañías de ballet del mundo entero y sólo le reste por conocer al «Sadler Wells». Con todo, pues, no existe coreógrafo con un sentido más profundo de la musicalidad que Balanchine tal y como hemos podido admirarle en esta memorable temporada de primavera.

Cada frase, cada motivo e incluso cada nota ha sido cuidadosamente estudiada y dotada de su contenido plástico. La mímica y la danza se amoldan por completo al fluir del desarrollo de la partitura y, lo que resulta de mayor trascendencia, es que alcanzan un grado tal de pureza, que mueven al espectador a gustar en su integridad obras como el «Concerto Barroco» o la «Serenata» en su total abstracción para añorarla en las últimas partes de los recitales en que suelen presentar los aspectos más espectaculares de su repertorio.

Permítasenos, por una vez, desde estas páginas, expresar nuestro agradecimiento a los hombres que hacen posible el milagro de tales temporadas en el Liceo que, por otra parte, sabemos distan mucho de ser un negocio de empresa y constituyen para la misma un grave riesgo. Como compensación, nos cabe a todos la satisfacción de sorprender a diario, entre los sectores más insospechados, más y más conciudadanos que hablan, discuten y se apasionan por un danzarín, un decorado o un figurín. Las localidades del Liceo son angustiosamente caras pero, ¡Señor!,

de ello no tenemos tiempo de acordarnos ya.

DOCE CANCIONES GALLEGAS de otros tantos compositores españoles, no todos gallegos. Aludíamos ya en nuestra anterior crónica al concierto que tuvo lugar en el Palacio de la Música para la presentación de tales melodías en nuestra ciudad y a su publicación por la Excelentísima Diputación Provincial de Orense. La trascendencia de su mensaje reside en su valor antológico, en no haber dejado fuera a ninguno de los escasos artistas de calidad de nuestro momento. De los de la parte de fuera se hablará, no obstante, sin hacerse esperar; de los que se incluyen, no sólo esperamos, sino que exigimos. ¡Qué maravilla para nuestra música si estas doce melodías se convirtieran anualmente en otras tantas partituras, con otras tantas Corporaciones y Organismos generosos hasta su publicación y difusión! Tampoco pedimos mucho en realidad.

Guridi encabeza la colección y, con Blancafort que le sigue, se muestra en la plenitud de su sólido y valioso academicismo; dando a tal calificativo su sentido más elogioso. Rodríguez Albert, con Muñoz Molleda, son susceptibles de manifestarse, como en otras obras, con una mayor originalidad y personalidad estética más acusada. Estos dos últimos llevan intercalado en la publicación a Manuel Palau, muestra, en cambio, de originalidad y personalidad con premeditada parquedad de medios. Muy breve, Montsalvatge, goza con sus ritmos balanceantes y dulzones, sin dejar de otear a ultramar desde el paisaje gallego. Asins Arbó y García Leoz flanquean con frío academicismo la también brevísima página de Mompou, del inconfundible e inimitable. Ataulfo Argenta, menos inteligente de cuanto es en realidad y de lo que su categoría artística permitía esperar. Toldrá, idílico y sentimental. Rodrigo es el colofón, hábil y trabajado, a toda la colección.

JOSE CASANOVAS

BIBLIOGRAFÍA

ANSELMO STOLZ. *Teología de la mística.* — Madrid. Col. Patmos. 1952.

El doctor benedictino dom Anselmo Stolz pronunció en 1935 en la Universidad de Salzburgo doce extraordinarias conferencias capaces, según nos parece, de imponer a todos los investigadores religiosos un replanteamiento del tema místico. Esas doce conferencias constituyen el presente volumen, cuya traducción francesa (1939) nos era ya conocida en España. Una segunda edición francesa (1947) y las traducciones al inglés y al italiano han precedido a la edición española en el camino que recorrerá sin duda este libro hasta llegar a la categoría de clásico.

Merecedora de dilatados estudios, la obra del Padre Stolz los ha provocado ya en Alemania. Es de esperar que los especialistas españoles se sumen pronto a la tarea. En esta nota, y con el propósito de no saludar al libro con despreocupada precipitación, nos limitaremos a indicar su nervio teórico, para pasar después a señalar un punto realmente débil de su doctrina. Nuestro interés en esto último no es puramente formal: como luego se verá, la laguna que indicaremos ha tenido que ser necesariamente dejada por el genial benedictino, en atención a determinados rasgos dialécticos de su sistema teológico-místico.

El hallazgo central del P. Stolz fué reconstruir el pensamiento místico cristiano a partir de la teología, con el fin de lograr un planteamiento integral del tema y la mayor precisión terminológica y conceptual posible en tan delicada materia. Por debajo de este punto de partida se descubre casi a primera vista la vieja tendencia benedictina que insiste constantemente en el carácter sacramental — casi litúrgico — de la vida religiosa. Está basada la doctrina del P. Stolz en el análisis de la segunda carta paulina a los Corintios, XII, 1-5 y, consecuentemente sobre la teología del Paraíso. Desde la descripción del estado de Adán, investido de la gloria paradisíaca, el Padre Stolz recorre la teología histórica cristiana — caída, redención, escala nueva hacia el paraíso, gracias de la cruz, reino del Padre — *asimilando cada uno* de los textos de la tradición mística a cada uno de esos puntos de referencia histórico-teológicos *a través de su respectivo equivalente sacramental.*

No insistiremos sobre ese esquema ni detallaremos sus desarrollos concretos. Señalemos sólo, a título de ejemplo, cómo al reducir todo fenómeno místico a un equivalente especialmente intenso de los hechos sacramentales, el P. Stolz ignora desde el principio un problema central para el pensamiento religioso: el problema de la diversidad de religiones positivas en que aparecen místicos.

Este ejemplo nos introduce de manera inmejorable en la insuficiencia más importante de la obra. Porque se trata de un desliz muy semejante: consiste también en dar por inexistente un problema con sólo que desborde el marco dialéctico impuesto por los principios iniciales sentados. Veámoslo ya: si se establece que teología y mística son, en el fondo, dos versiones paralelas de un mismo hecho —el hecho religioso fundamental: el sacramento— es natural que se desprecie o pierda de vista todo aquello que en la mística parece añadido a aquel elemento básico sacramental. Tanto más cuanto que esos hechos adventicios son sospechosos de por sí: éxtasis, visiones, tocamientos internos, todo el aparato psicológico —acaso psicofísico— que tanto papel juega en numerosos místicos, no merece mucha confianza al doctor benedictino, y apenas atención. Claro está que no siendo su obra un estudio psicológico de la mística, sino teológico, no tenía porqué tocar aquel tema. Pero la anulación de toda la problemática psicológica se presenta con cierta gravedad cuando comprobamos que el Doctor Stolz ha rehuído visiblemente un estudio comprensivo de toda la mística que no es literalmente sacramental o, cuando menos, estrictamente cristológica. Es decir, para hablar redondamente, toda la mística posterior a San Gregorio Magno. En las 260 páginas de la edición francesa sólo hay una cita del primer místico de Occidente, San Juan de la Cruz («Subida...», II, cap. 26).

Deslumbrado —y conste que hay para estarlo— por la extraordinaria luz de su descubrimiento metodológico, el P. Stolz ha manejado precipitadamente un concepto de mística psicológica que creemos incompletísimo y algo primario. La mística moderna —y entendemos por tal toda la no-patrística— es realmente psicológica en sus caminos, en su método. Pero en sus grandes figuras ha sido del todo consciente de que lo psicológico es sólo el camino. Sus obras enteras, todas y cada una de las páginas del primero de los místicos, testimonian que San Juan de la Cruz sabía que los fenómenos psíquicos carecen de auténtico valor religioso. Extasis y deliquios, y tanto más cuanto más sabrosos sean, son al fin y al cabo vía lateral —la de los bienes del cielo— tan divergente como la de los bienes del suelo de aquella otra vía central en que la propia mano del Místico Doctor repitió esta sola palabra: «Nada, Nada, Nada...». (Recuérdese el dibujo del manuscrito 6.296 de la Biblioteca Nacional.)

Si la mística teológica patrística pareció al P. Stolz mucho más concorde que la «psicológica» o moderna con los principios religiosos fundamentales —y en especial con el principio de la trascendencia divina—, podemos sostener con cierto fundamento que tal opinión obedece a un concepto extremadamente simplista de lo que ha sido la mística posterior a San Gregorio Magno.

Y acaso debamos completar nuestra muy reducida tarea con la siguiente observación: si el P. Stolz hubiera aplicado sus pocos comunes dotes intelectuales al estudio de la mística moderna —o, para mayor precisión y sinceridad, al estudio de San Juan de la Cruz, sin cuyo profundo conocimiento no entendemos se pueda establecer nada sobre mís-

tica *dentro de la cultura europea* — hubiera advertido pronto que esta escuela, pese al peligro que realmente presenta de ser explotada por ingenuos presuntuosos o histéricos ofrece al mismo tiempo una ventaja decisiva: su total universalidad. Basta, en efecto, ser hombre, para emprender la marcha hacia el fondo del alma —esa marcha que Heráclito inició (y en la que fracasó, según se infiere de sus propias palabras) casi veinte siglos antes que el Maestro Eckhart y dos mil doscientos años antes que San Juan de la Cruz. Para trepar por el Monte Carmelo no se requiere más piernas que las corrientes y molientes facultades anímicas (dejando aparte, claro está, el tema de la gracia, toda vez que ésta, en correcta teología, es tan necesaria al místico extraordinario como al más ordinario de los fieles que realiza el más humilde acto sacramental). Por eso siguieron a San Juan legos y monjas incultas, que con sus versos y dibujos quedaban suficientemente ilustrados para entenderle.

En cambio, la doctrina del P. Stolz exige conocimientos teológicos, y no como quiera teológicos, sino profundos y de exasperada pureza patrística, más que recta, de perpendicularísima ortodoxia casi exclusivista en las fuentes: pues su teología se basa poco menos que únicamente en los padres anteriores al siglo VI, con influencias tomistas más aparentes que profundas, según opinamos y salvo error.

Creemos, pues, que al difundir esta extraordinaria «Teología de la Mística» del Padre Stolz es justo—y acaso necesario—acompañarla de la salvedad que hemos hecho. La cual no quita nada a la admiración que nos merece el genial benedictino, tan prematuramente muerto. Porque, al fin y al cabo, está dentro del papel del descubridor el verlo todo a través de su descubrimiento.

M. S. L.

FRANCISCO AYALA. *Introducción a las Ciencias Sociales.*—Biblioteca de Ciencias Sociales, sección de Sociología. Ediciones Aguilar, Madrid, 1952; págs. XXIII+352.

La obra escrita de Ayala revela hasta ahora una doble vertiente de su personalidad; hay el artista que empezó a perfeccionar su instrumental literario con cuentos, novelas y ensayos y se asomó, muy joven, a la *Revista de Occidente*, el artista, en fin, que en *Los usurpadores* (Editorial Sudamericana, 1949) nos ha dado un manojo de novelas sangrientas con estilo asaz trabajado; y hay otro Ayala, el pensador que siente problemáticamente el tema de la libertad y que analiza nuestra crisis social, sirviéndose de un cuadro de conceptos y de un método ofrecidos por la sociología. El pensador, enfrentado con un mundo en crisis, demuestra tanta imaginación y poder creativo como el novelista, y además —dos cualidades que son notorias en los libros de Ayala—, una capacidad de síntesis y asimilación y un gran sentido de la construcción de una obra.

Esta *Introducción a las Ciencias Sociales* contiene el texto taquigráfico, apenas reelaborado, del primer curso universitario en Puerto Rico, para graduandos en sociología. Como el autor nos dice en la «advertencia» de la pág. XIII, las mismas cuestio-

nes fundamentales del Tratado de Sociología aparecido en Buenos Aires en 1947, se dilucidan ahora en forma menos técnica, acercándolas al nivel de los estudiantes. Sobre cuál podría ser ese nivel estudiantil en Puerto Rico, Ayala no nos dice nada; pero al final de cada capítulo hay un cuestionario, y en él preguntas como las siguientes: «¿Qué diferencia existiría, según los conceptos de Weber, entre una historia de la cultura y una historia de la civilización?» (página 102). «¿Qué significa la obra de F. List en la historia de las ideas económicas?» (pág. 193). (Abramos un paréntesis para exclamar: ¡Ay del bachiller español al que pusieran en semejante aprieto!)

El pensamiento de Ayala revela una imagen angustiosamente dinámica del mundo moderno. De modo que incluso aquí, lo realizado es más una sociología de nuestra cultura que una introducción escolástica. Los diversos procesos constituyentes del mundo actual —expansión geográfica, desarrollo del capitalismo y de la técnica, concentración del poder político— son vistos como tendencias que llevan dentro de sí mismas, a fuerza de alcanzar su plenitud, la ruina de nuestro mundo. «El hombre occidental —páginas 340-41— ha debido ponerse al servicio de las cosas mediante las cuales domina a la naturaleza exterior y a la sociedad, hasta el punto de que, liberado por ellas de tales presiones ambientales, no sabe qué hacerse ahora de tan grande libertad... no sabe dónde meter ni a qué aplicar sus inmensas posibilidades, a la manera de esos millonarios que sucumben al aburrimiento». La paradoja que pone en evidencia esta frase de Ayala es similar a la paradoja sobre el destino del capitalismo contenida en la tesis de Schumpeter: «El funcionamiento actual y venidero del sistema capitalista es tal que elimina la idea de su derrumbamiento bajo el peso del fracaso económico; pero su mismo éxito socava las instituciones sociales que le protegen, e inevitablemente crea condiciones bajo las cuales no podrá vivir».

Toda la obra de Ayala reside en un análisis estructural de los procesos que desde el Renacimiento han desembocado en la crisis del presente. Con una técnica habilísima, engarzando sus propios conceptos con los de A. Weber, Freyer, Ortega y Toynbee de modo que todos juntos encajan a la perfección en una misma trayectoria, Ayala nos conduce al borde de esta crisis y nos demuestra que «es necesario que la vida humana recupere su sabor y sentido», lo cual sólo puede esperarse «de una honda revolución espiritual» (página 347). Bien. Pero estas frases las hemos oído muchas veces, y casi siempre —¡oh, tópicos!— para decir que únicamente la humildad religiosa puede salvar a la cultura occidental. ¿Cuál va a ser el próximo paso que Ayala nos proponga? Sabemos hasta qué punto le preocupa lo que él llama «la gran cuestión: cómo salvar, preservar y garantir la libertad del hombre en un mundo donde los recursos tecnológicos disponibles hacen incontrastable el poder de los gobiernos sobre la población».

Ayala nos deja ante una expectativa azorante. Pues esa gran cuestión sólo puede resolverse con éxito, mediante una nueva concepción del hombre y del Estado, una teoría y

una práctica políticas que defiendan al hombre frente a sus propias creaciones.

E. P. H.

VICTORIANO CREMER. *Nuevos Cantos de Vida y Esperanza.*— Instituto de Estudios Hispánicos. Barcelona, 1952. — Premio Boscán 1951.

A menudo el adjetivo *social* califica a la poesía de nuestro tiempo. Ambiguamente, las más veces, designa cualquier tipo de manifestación poética con resonancias en el ámbito de lo colectivo; poesía de programa, de arenga, de sujeto plural — el nosotros o vosotros de tantos poemas contemporáneos — o de simple vivencia mayoritaria, se hacen especies de ese inconcreto encasillamiento crítico. Pero el término social tiene un sentido, un carácter impreso por el uso histórico-político que de él se viene haciendo durante un siglo que recorta un valor significativo en el léxico de todos. En ese sentido se puede decir precisamente de la poesía de Victoriano Cremer que tiene un contenido social.

Nuevos Cantos de Vida y Esperanza se abren con un «Amanecer» — o con un despertar y ser de día — proletario y desesperanzado, lleno de fatiga y de forzosa resignación.

No es un día que nace, es el regreso
de otro lejano que aun conserva in-
[tacto
en el rincón más frío de los huesos

Amanece en el libro un día laboral y amargo de dolorida costumbre, para todos. Luego uno a uno, poema a poema, van compareciendo ante el lector los tristes personajes del Pueblo que viven en este largo día de condenación su vidas acorraladas. «El Pipa» que contemplaba con estudiada fijeza el huidizo camino del sol en los tejados y que apaga su acusador silencio «murió muy torpemente» cuando dejan de arder los carbones del tallado cerezo tras de cuyo humo nos contemplaba, en un mundo de cruel indiferencia. «Las carbonilleras», desterradas, nocturnas hurgadoras de escorias de ferrocarril ennegreciendo la *vista* de la madrugada de arrabal.

Pasaban a su lado las pálidas mu-
[chachas
con luz de violeta en los ojos
y los hombres azules de la madru-
[gada,
esquivando sus sombras

«La vieja de las Naranjas», «arrodillada ante sus tristes soles corrompidos», o «El Tonto» pareciendo «siempre asomado a la risa». El poeta nos asoma al dolor, a la tristeza del cuerpo social en esas heridas a flor de nuestro cotidiano encuentro con la vida de «los otros».

Espaciando estos poemas de personaje se interpolan otros de distinto ritmo, de más ligera y directa emoción lírica: «Niños», «Canción para dormir a un niño pobre». «Retrato», que, con un rodeo de mayor ternura, de ironía o de intimidad, apartan suavemente la tensión temática del libro.

El mayor cuerpo de los últimos poemas ensancha en ellos la voz; particularmente el último, «Nana», se destaca del resto por una construcción distinta y por un estilo de mayor abundancia verbal y más profusa imaginería — nerudiana tal

vez —. Hacia el centro y consecutivos «Friso con obreros» y «Dulce Amor», alcanzan, a mi gusto, el nivel más alto. El «Friso» define la postura de *Nuevos Cantos* sin necesidad del recurso anecdótico, en él se muestra anónimo, hombre universal, como en la plástica representación que el título sugiere, el sujeto de la vivencia profunda que transcribe el poema. Ellos que

aparecen de pronto.—¿De qué oculto
manantial de vida?—Y permanecen
en la esperanza de los hombres. Vi-
[ven
soportando futuro a las espaldas.

En «Dulce Amor» se predica de «ellos», del sujeto del friso. El mundo repetido en cada cual de sus esperanzas singulares, el mundo amoroso, de esposas prematuramente envejecidas que esperan mientras

Ellos, en tanto, beben
un agrio vino con sabor a azufre;
y si ríen y gritan y golpean,
es porque —¡Dios, qué vida!—
da rabia beber sin alegría.

Luego

Regresan a la casa —¡oh, dulce ho-
[gar! — llorando.
La esposa les contempla con costum-
[bre;
—¿Quién dice amor si la palabra es-
[talla?—

El estilo es uniforme, la forma poética más escueta en los primeros poemas, más abundante y frondosa en los últimos. En general el poema se apoya en una dicción contundente, objetiva, que se ilumina desde el brillo de la imagen que suele remontarse cada estrofa. Son los de Cremer versos nobles que evitan el prosaísmo que el tema parece convocar.

Nuevos Cantos de Vida y Esperanza es uno de los libros de poesía ante los cuales la crítica contemporánea —de los rotativos no literarios sobre todo— suele emplear los más peregrinos adjetivos en *-ista* para calificar el pesimismo o la rebeldía.

Nos adelantamos a decir que es un libro plenamente conseguido al que no pueden hacérsele reproches de insinceridad. Y un justo premio de poesía.

C. B.

RICARDO BAROJA: *Gente del 98.* —Editorial Juventud. Barcelona, 1952.

Una gran parte del contenido de este libro fué publicada en 1935 en un periódico de Madrid. Completan el volumen en que ahora aparece, cuatro narraciones que por su tono y época armonizan muy bien con ella.

El apellido del autor lleva por fuerza al recuerdo de su hermano Pío Baroja. Y aquí sí que puede decirse que hay parentescos que matan, porque si bien su personalidad artística tiene sus rasgos más acusados en el grabado y en la pintura, su obra literaria habría adquirido más relieve y le habría animado quizás a una dedicación más constante si no se proyectara sobre Ricardo la figura —tan admirada por él— de su hermano.

Dado su carácter autobiográfico, el libro que comentamos hace inevitable la referencia a las memorias de Pío Baroja. Claro que Ricardo no se propuso escribir unas memorias sino revivir tan sólo un conjunto de personas y episodios, pero las coinciden-

cias de ambiente, las afinidades temperamentales e ideológicas y los personajes comunes a una y otra obra obligan a relacionarlas. Al hacerlo, advertimos en seguida una diferencia: en el libro de Ricardo Baroja no se encuentran aquellas afirmaciones y *relatos ásperos y sin tapujos que* provocaron tantas tremolinas al aparecer los tomos que componen las memorias de Pío. En general, Ricardo es más indulgente y a veces calla los nombres de los protagonistas. Cuando no, el aire humorístico con que trata los hechos aminora su posible virulencia.

Los tipos recordados —conforme señala el título— pertenecen a la generación del 98, pero más que de las divinidades mayores (Valle-Inclán, Azorín, Maeztu, su propio hermano, etc.) se ocupa el autor de las figuras menores y de la turba de «malditos» que restregaron sus ilusiones de gloria, su bohemia, su fantasía, y su bondad también, por los divanes y mesas de los cafés madrileños.

De la generación del 98 se han contado muchas cosas ya, y su anecdotario ha sido copiosamente recogido, pero aun así la curiosidad del lector inclinado a la historia de lo menudo, y hasta el erudito de ficha y dato, encontrará en este libro muchas noticias de interés.

A través de él, Ricardo Baroja nos muestra un mundo ruidoso y gesticulante de artistas y literatos. Sería absurdo pretender un mundo análogo incrustado en el presente, pero la fantasía y la vida en mitad de la calle de aquellos hombres dieron a la obra que realizaron una categoría humana que no hallamos en la literatura actual. Hoy los escritores son mucho más seriecitos y metódicos, se nutren por los cordones umbilicales de ventajosos enchufes y se exhiben con gran pulcritud y atildamiento exterior, pero su obra, en medio de complicados armadijos y preocupaciones técnicas, suele ser falsa. Aquella *generación y época se caracterizó* por su rebeldía y sentido crítico. Esta de ahora está llena de conformidades y asentimientos. La diferencia moral es bien notoria, porque la moral se hace mucho más exigente cuando se depura a fuerza de negaciones que cuando se embute en las afirmaciones acomodaticias de un mundo feliz.

Entre los mejores capítulos, ya por su contenido, ya por su gracia narrativa, citaremos el de la boda de Anita Delgado con el maharajá de Kapurtala, en cuyos antecedentes intervino el autor con Valle-Inclán y tres amigos más. La figura de Ciro Bayo —a propósito de un viaje a pie desde Madrid al monasterio de Yuste, que hicieron con él Ricardo y Pío Baroja, llevando un burro para las vituallas— da lugar al capítulo mejor, una auténtica maravilla del buen narrar. Muy bueno también el que titula «Cuadrato y Falstaff», violento contraste de hambre y hartura que pone de manifiesto el gran sentido caricatural de Ricardo Baroja. Este sentido, desmesurado, quevedesco, en que los recursos fonéticos suplantan, superándolo, el contenido significativo de las palabras, se da en muchos pasajes del libro. En tal orden cabría citar el retrato —uno más en la copiosa serie— de Valle-Inclán cuando a su regreso de Nueva España decía ser un poeta mejicano: «En un diván cercano, precisamente en el ángulo de la derecha, estaba sentado

un joven barbudo, melenudo, moreno, flaco hasta la momificación. Vestía de negro; se cubría la cabeza con chambergo de felpa grisácea, de alta copa cónica y ancha ala. Las puntas enhiestas del almidonado cuello de la camisa avanzaban amenazadoras, flanqueando la negrísima barba, cortada a la moda ninivita del siglo XIX antes de la Era Cristiana. Bajo la barba se adivinaba apenas la flotante chalina de seda negra. ¡Tan cara a los espíritus románticos!» «A pesar del tinte oliváceo de aquella carátula, no ofrecía el aspecto de cualquier *sinsonte tropical* dedicado a la rima. Había algo en ella muy europeo.» O cuando habla del extraño secretario de Rubén Darío, «tan firme bebedor, que despreciaba toda clase de líquidos naturales y fermentados. No apreciaba más que los que se obtenían *en alambique, después de sabia* destilación». Lo cómico se logra a veces mediante el empleo de arcaísmos o parodiando el estilo de las comparaciones homéricas. Tal por ejemplo, cuando refiere la acción pacificadora de las camareras de un café (en los años en que los cafés de camareras eran lugares subidos de color), concluyendo: «Así el céfiro hace huir la nube tormentosa». O cuando al enumerar los compañeros de un viaje en diligencia encuentra en uno de ellos una analogía tan inesperada como ésta: era «un albañil valenciano, serio como peregrino de la Meca». De punto a cabo del libro corre la fuerza expresiva del infatigable y extraordinario conversador que es Ricardo Baroja.

En la nota preliminar con que García Blanco presenta el libro, se incluyen unas confidencias recientes del autor. Confiesa que conoce muy poco de la obra de sus contemporáneos y de los escritores actuales, y que es un rezagado de los entusiasmos literarios y artísticos. Añade que para él «el filósofo fué Epicuro; el poeta, Lucrecio; el autor cómico, Aristófanes; el novelista, Walter Scott; el pintor, Velázquez; el imaginero, Goya; el músico, Mozart; y lo demás sirve para pasar el rato. (Vaya, póngase en la lista a Shakespeare.)»

Allá en Vera de Bidasoa, pintando y escribiendo todavía a sus ochenta y un años, muy cascado ya, vive este superviviente de una generación que entre otras muchas lecciones nos dejó las de su sinceridad e independencia.

R. C.

PÍO BAROJA. *La obsesión del misterio.* — «Novelistas de Hoy». Editorial Rollán. Madrid, 1952.

Nuestro máximo novelista inicia con *La obsesión del misterio* esa serie de novelas cortas —relativamente cortas— que con unas portadas de *Coyote*, publica la editora madrileña Rollán.

En un somero hojeo, esta novela de espiritistas y teósofos parece prometer más de lo que luego da. Mas quizá no podamos pedirle a Baroja, ahora, frutos tan sabrosos como los que nos diera en sus buenos tiempos. Y además, ¡ha dado ya tanto y tan bueno don Pío!

Diremos, por otra parte, que quedan concentrados en esta novela todos los defectos y buena parte de las virtudes de la obra de Baroja. La construcción no existe en absoluto. Sabemos que la acción ha terminado porque la vista tropieza, al doblar la

página ochenta, con el «Fin» notificador, que lo mismo podía alargarse uno que veinte capítulos. La lectura de una novela de Baroja continúa siendo el viaje agradable por el viajar en sí, no por el punto de destino. Y así nos interesan los movimientos y los malhumores de Eduardo, que en el tercer capítulo creemos que va a ser el protagonista. Diez páginas más adelante sospechamos nuestra equivocación y pasamos el primer papel del drama a Martín. Pero tampoco hemos acertado al parecer y a la mitad de la novela ya no sabemos qué pensar.

La obra está llena de agujeros por donde se escapa la acción y a través de los que, de vez en vez, asoma tal o cual raro personaje que luego se oculta y desaparece definitivamente, no sin antes dar en breve frase o expresivo gesto la obligada nota pesimista.

No faltan aquí las sólitas ingenuidades barojianas. Como la siguiente, digna de ser apuntada:

«—Y para ti, ¿quiénes son los poetas modernos mejores de España?

—Yo creo que Espronceda, Bécquer, Antonio Machado y, entre los regionales, Rosalía de Castro y Juan Maragall.

—¡La extravagancia! —dijo papá, con mal humor.»

Adviértase que la acción transcurre en 1950, y que el interlocutor de papá es un estudiante de Medicina con inquietudes literarias y filosóficas.

Tampoco están ausentes de *La obsesión del misterio* las acostumbradas páginas de vulgarización científica que, esta vez, nos ilustran vagamente sobre las batallas que la ciencia libra contra bacilos y espiroquetas. Ni los dos o tres felices puntos de humor voluntario.

Otra vez, pues, el maestro Baroja. Con una característica obra suya, en que volviendo del revés todas las sabias normas del género, consigue ofrecer al lector una novela amena y divertida. Y «nada que sea divertido es completamente malo, así como lo aburrido jamás es bueno por entero», leímos años ha, ¡ay!, en no recordamos qué libro del propio don Pío.

C. L.

FELIPE XIMÉNEZ DE SANDOVAL. *Manuela Limón.* — Barcelona, 1952.

Don Felipe Ximénez debe ser un feliz mortal que vive en otro siglo, seguramente el XIX. Por lo menos, su mundo literario, su problemática intelectual (?) indican que debe ser así. Si por casualidad leen ustedes «Manuela Limón» —novela finalista del Premio Ciudad de Barcelona—, lo que no les aconsejo si no les gusta perder el tiempo, se encontrarán con la horrible tragedia de la joven aristócrata que se ve obligada a casarse con un viejo y deforme usurero para salvar la situación económica de su familia comprometida por la mala cabeza de su padre. El libro —que es gordo y denso— pretende ser el estudio del progresivamente agriado carácter de Manuela, nuestra pobre aristócrata, a la que acaban llamando Limón —Manuela Limón— a causa de la cantidad de amargura que rezuma.

Pero no es sólo el argumento, o el vetusto método psicológico empleado para el estudio del carácter de la señorita en cuestión, lo anacrónico.

La prosa de don Felipe Ximénez es, también, bella y vetusta. Vean ustedes un ejemplo: «Mientras las inflamadas palabras juveniles recobraban *automáticamente su sitio en los labios*, el mecanismo prodigioso de la memoria extraía de entre las espesas telarañas del tiempo lejano la escena de la colegiata». No hay más que decir.

J. M. C.

LA UNIVERSIDAD Y LA INDUSTRIA PRIVADA. «Alcalá», n.º 9.— Madrid, 25 de Mayo de 1952.

La distinta periodicidad de esta publicación universitaria respecto de LAYE, impide que nos ocupemos de ella con la frecuencia necesaria para que nuestra noticia bibliográfica llegue oportunamente a nuestros lectores. Pero excepcionalmente, queremos rendir hoy desde estas columnas un doble tributo de admiración y afecto. A «Alcalá» por el acierto en recoger en sus páginas, junto a la pluma juvenil de sus redactores, la prestigiosa colaboración de las primeras autoridades académicas del país, poniendo así felizmente de manifiesto una profunda y sincera preocupación universitaria común en maestros y discípulos, que desde hace mucho tiempo echábase de menos en nuestra Patria. Y asimismo al Rector Magnífico de la Universidad de Barcelona, Dr. Francisco Buscarons Ubeda, por el excelente trabajo que bajo el título que encabeza este comentario, ha publicado en el referido número de «Alcalá».

El artículo constituye un discreto pero expresivo llamamiento de la Universidad a los sectores más poderosos de la sociedad, reclamando una mayor colaboración hacia sus claros fines sociales de formación de futuros profesionales y de «élites» intelectuales *dirigentes; y seríamos nosotros* los primeros en bloquear la eficacia de este llamamiento si no le prestáramos, en la modestia de nuestras limitadas posibilidades, el necesario eco.

Analiza el Dr. Buscarons el volumen de las aportaciones privadas a Universidades y centros docentes de Suiza, Estados Unidos y Alemania, ilustrando con ejemplos muy convincentes su argumentación. (La Universidad de Basilea obtuvo, durante todo el año 1950, 292.000 francos s. en concepto de subvenciones para las fundaciones de carácter particular y 366.000 fr. s. en donativos aislados de empresas —Ciba, Sandoz, Hoffmann-La Roche, etc.—; la John Hopkins University obtuvo en un sólo año —1950— 650.000 dólares de las empresas de Baltimore mientras la North-Western University, que recaudó en 1940, en sus campañas cerca de la industria, 89.000 dólares, obtuvo en 1950, 761.000 ds.). Señala a continuación el contraste que España ofrece respecto a estos países: «Si nos preguntamos qué se hace en ella en este terreno, hemos de contestar, forzosamente, que poco o prácticamente nada. Las contadas aportaciones de nuestras empresas privadas —un aparato de rayos X a una Facultad de Medicina, el donativo para un viaje de estudios o de fin de carrera, la institución de un premio—, si muy estimables y dignas de agradecimiento, tienen un carácter esporádico y sirven precisamente para poner de manifiesto la ausencia de una ayuda normal y organizada».

Ante esta triste realidad, sugiere el Dr. Buscarons la adopción de tres clases de medidas: becas de diez a doce mil pesetas por curso, que cubriesen los gastos del estudiante durante toda la carrera, reservándose la empresa la selección y vigilancia del becario, que podría, una vez obtenido el título, obtener colocación en la misma, con las máximas garantías de fidelidad y eficiencia del personal así formado; aportaciones para la creación en algunas Facultades de bibliotecas especializadas, con el beneficio mutuo de la Universidad y de las propias empresas, que constituirían así comunitariamente, excelentes centros bibliográficos para la consulta técnica y profesional, y finalmente, otorgar donaciones de cierta importancia a las Facultades y centros de estudios superiores para la realización de cursillos de carácter científico o técnico y para la investigación y experimentación en general.

Para todo ello, sería preciso, naturalmente, que el Estado favoreciese estas aportaciones dejando libres de impuestos, como en otros países, las cantidades que las empresas invirtiesen en donativos a los centros docentes.

El artículo del Rector de la Universidad de Barcelona, merece ciertamente ser divulgado en nuestros medios industriales, donde es natural que «Alcalá» no tenga difusión. Por ello, queremos apuntar aquí que sería sumamente útil que por las Cámaras de Industria o Comercio, el prestigioso Fomento del Trabajo Nacional, los Sindicatos, Gremios o cualquier otra corporación análoga, y en su defecto por la propia Universidad, se procediese a editar y distribuir profusamente en forma de folleto el trabajo del Dr. Buscarons, a quien reiteramos nuestra felicitación por su iniciativa que le acredita como hombre práctico y a la vez muy sinceramente enamorado de nuestra Universidad.

F. F.

REVISTA DE EDUCACION. Año I, Vol. I, núm. 1. — Madrid, Marzo-Abril de 1952.

Consignamos con auténtica satisfacción la aparición de esta nueva publicación del Ministerio de Educación Nacional. Nueva, aun cuando conserve el mismo título de la que ya anteriormente se publicaba, porque bajo la inteligente dirección de Rodrigo Fernández-Carvajal, Jefe del Servicio de Publicaciones del Ministerio, la Revista aparece ahora completamente remozada. Su propósito de plantear y recoger aspectos concretos —administrativos, pedagógicos y de organización— de los distintos problemas educacionales de España y extranjeros, habrá de ser bien acogido por los profesionales de la enseñanza y aún por cuantos se interesan, desde el ángulo puramente cultural, por esas cuestiones. Tan alejada de la divagación intelectual como de la pura especialización científica, diríamos que la Revista viene a *llenar un vacío*, si la frase no resultara tristemente tópica, ya que la sociedad española no parece sentir, al menos por ahora, este vacío.

El primer número reúne colaboraciones de Fernando Garrido, Federico Sopeña, M. Fernández Galiano, Ignacio Aguilera, Alfredo Robles, Carlos Alonso del Real, etc., junto a una bien documentada información

nacional y extranjera y un conjunto de interesantes crónicas de la actualidad educativa. Cierran el volumen una sección dedicada a «La educación en las revistas» y una breve reseña de libros que tratan materias de enseñanza y afines.

En la imposibilidad de resumir cada uno de los artículos, nos limitaremos a dar noticia somera de alguno de ellos. El Catedrático de la Universidad de Zaragoza, Dr. Garrido Falla, ofrece unas atinadas «Consideraciones sociológicas sobre la Enseñanza laboral» en las que tras exponer los precedentes legales españoles y extranjeros acerca de este tipo de estudios de carácter profesional, analiza detenidamente la Ley de Enseñanza Media y Profesional de 16 de julio de 1949 para terminar planteando, al margen de toda demagogia, el doble problema «del ascenso de ciertos núcleos proletarios» a una clase superior, correlativo a la elevación cultural conseguida a través de la enseñanza laboral, y del «hipotético poder de absorción de la actual clase media española para recibirlos en su seno». Pasando a un problema más concreto, el Sr. Fernández Galiano, Catedrático de Lengua griega en la Universidad de Madrid, alude, en términos directos e incisivos, no exentos de amarga ironía, a la cuestión de la enseñanza del griego en el Bachillerato y considerando la escasa efectividad del actual plan de estudios, quiere aportar a la futura reforma algunas soluciones de muy modesta aunque eficaz ambición, «para reclamar que, por lo menos, salgan anualmente cincuenta bachilleres — ¡en toda España! — especializados de veras en Humanidades».

En otros trabajos, se refieren a «Problemas y realidades de la Enseñanza profesional mercantil», Alfredo Robles de Sotomayor, Catedrático de la Escuela de Comercio de Gijón, y a las enseñanzas de la música, Federico Sopeña, y de la historia, Carlos A. del Real. En la sección de información extranjera, descuellan por su evidente interés un estudio de la seguridad social de los universitarios según distintos países (J. Fernández de Velasco) y el problema de la colocación de los estudiantes en Francia (J. Roger).

La periodicidad de la Revista de Educación será bimestral durante el presente año, para convertirse en mensual en 1953.

F. F.

TRABAJOS SOBRE ECONOMIA ESPAÑOLA

A veces se comenta el hecho de que los economistas españoles viven ajenos a nuestra realidad, entregados al exclusivo cultivo de cuestiones teóricas. Se comprueba que este juicio no es muy justo cuando se contemplan, aparte de libros y prólogos, los índices de nuestras revistas. Para publicar en *Anales de Economía*, he emprendido un trabajo titulado *Notas acerca de algunos estudios recientes sobre la Estructura económica de España*, en el que recojo, de 56 títulos españoles y extranjeros, los artículos que sobre nuestra economía se han publicado durante los años de 1949 y 1950. Como avance mínimo, y considerando que son las revistas habitualmente manejadas por los lectores de LAYE, escojo las seis siguientes: *Anales de Economía*, del Consejo Superior de Investigaciones; *Boletín de Estudios Económicos*, de Deusto; *De Economía*, de la Vicesecretaría de Ordenación Económica; *Moneda y Crédito*, del Banco Urquijo; *Revista de Economía Política*, del Instituto de Estudios Políticos, y la portuguesa *Revista de Economia*. Además analizo sólo los estudios publicados en ellas durante 1950.

Pretende abarcar la economía española en su conjunto el trabajo de Bardem, Benítez Ayala, Fernández Casado y Gallego Díaz, titulado *El gran inventario de la riqueza nacional, publicado en la Revista de Economia* de Lisboa. Se trata de la simple reproducción del envío efectuado al II Congreso Nacional de Ingeniería, totalmente desenfocado: empieza por no diferenciar claramente *renta* de *riqueza* —aparte de unas curiosas afirmaciones sobre el papel del ingeniero—, presentando posteriormente, para recoger algunos aspectos de lo que se conoce de nuestro inventario nacional, unas cifras archisabidas de la baja en las producciones agrícola, de la evolución de la industria y de algunos aspectos de nuestro nivel de vida. El conjunto, sin interés científico alguno, es a nuestro juicio además de improcedente publicación en una revista extranjera, máxime cuando parece que sólo resalta lo negativo de nuestra estructura económica. Al final propone que sean los ingenieros los que efectúen el cálculo del *inventario de la riqueza española*, inventario cuyas complicaciones no vieron ni de lejos los autores del trabajo.

De tipo global también es el comentario, muy bien hecho, aparecido en *Anales de Economía* bajo el título *La Renta Nacional de España en 1949*. Se ocupa de todos los apartados de ésta, según los datos facilitados por la Comisión de la Renta Nacional de España del Consejo de Economía Nacional, ofreciendo una clara visión del conjuto de nuestra economía.

Un trabajo fundamental, y que goza de plena actualidad, para la comprensión de la vida económica española, es el *Dictamen de la Comi-*

sión del Patrón Oro, obra del maestro de los economistas españoles, don Antonio Flores de Lemus. En la *Revista de Economía Política* se ha terminado su publicación, con lo que se presta un servicio de primer orden a los estudios, por resultar de muy difícil hallazgo la vieja edición del Consejo Superior Bancario. La impresión conjunta del *Dictamen* completaría este servicio ofrecido por la Sección de Economía del Instituto de Estudios Políticos.

Para averiguar de dónde procede esa corriente de bienes y servicios que se produce en una comunidad en un período de tiempo determinado y que recibe el nombre de Renta Nacional, resulta fundamental el estudio de la empresa. Toca este punto Higinio Pérez Eguilaz en el artículo *Las Empresas del Estado en la economía libre* publicado en *De Economía*. Tiene interés para nosotros su segunda parte, titulada *El Instituto Nacional de Industria*. Lo más notable es su clasificación de las empresas del I. N. I. en cuatro grupos:

1) Industrias relacionadas con la Defensa Nacional y ciertos servicios de interés público.

2) Industrias estatales que impiden el funcionamiento monopolístico de algunas ramas básicas de la producción.

3) Industrias que satisfacen la variada demanda estatal de productos básicos, sujeta a grandes fluctuaciones.

4) Industrias nuevas, hacia las que no se orienta la iniciativa privada.

Es discutible su análisis detallado de cuál debería ser la orientación de la política del Instituto.

En cuanto al desarrollo de empresas de otro tipo y de posible amplio porvenir, *las cooperativas de producción*, y ciñéndose al caso de la importantísima fábrica de máquinas de coser *Alfa*, ha aparecido el estudio de Sebastián Mantilla, S. J., *El accionario obrero, ¿es solución?*, en el *Boletín de Estudios Económicos*.

Las empresas españolas tienden de forma clara a vivir en un régimen monopolístico. Van aumentando las investigaciones sobre este punto, de tanta trascendencia política. Fermín de la Sierra ha publicado *La situación monopolística de algunas industrias españolas*, en la *Revista de Economía Política*. El desarrollo de este interesante artículo pudiera centrarse en los siguientes apartados:

1) Importacia del monopolio como perturbador de la vida económica de los países.

2) «Hay muchas probabilidades de que la existencia de un oligopolio en una industria sea indicio de una situación de monopolio en mayor o menor grado.»

3) Averiguar la situación oligopolística y el grado de monopolio de alunas industrias españolas.

4) Posibilidad de medir el grado de monopolio: procedimientos.

5) Ventajas de utilizar el procedimiento de los consejeros comunes.

6) Esto se completa con unos claros diagramas.

7) Basándose en ello estudia las siguientes industrias: carbón, acero, energía eléctrica y cemento. En estas cuatro industrias proporciona además numerosos criterios complementarios para comprobar si es o no acusado su grado de monopolio.

Carlos Muñoz Linares, en *El concepto de empresario y la realidad*

económica, publicado en *De Economía*, ofrece numerosísimos datos sobre la cifra de las sociedades anónimas industriales en España, su clasificación según la cuantía del capital y la forma de control de las que lo tienen superior a 5 millones de pesetas. La importancia principal de este trabajo radica en haber sido el que ha planteado e iniciado la comprobación en España del problema de la propiedad y del control de las sociedades anónimas. La exposición del sistema de empresas del grupo *Iberduero*, que ofrece como ejemplo, es impresionante. La explicación, ampliamente detallada, de cómo obtiene estos datos Carlos Muños Linares, hubiese sido del mayor interés.

Interesante es también la *Nota sobre la distribución del capital nominal de las sociedades anónimas españolas* publicada en *Moneda y Crédito* por Francisco G. Quijano, no sólo por tratar de aplicar la célebre ley de Pareto a la distribución del capital nominal citado, sino por ofrecernos muchísimos datos sobre los capitales de las sociedades anónimas españolas, distribuídas en 45 apartados, según sus características.

De estas cuestiones se ocupa también José Luis Urquijo en *Algunos problemas de política económica de España. I. El grado de monopolio*, en el *Boletín de Estudios Económicos*, y como consecuencia de la lectura de la obra de Paris Eguilaz, *Dos años de política económica en España*. Ofrece Urquijo un desconocimiento total de la economía española, con un ejemplo —al referirse a las inmobiliarias— que nada tiene prácticamente que ver con el problema que considera.

Los bienes y servicios concretos que constituyen la Renta Nacional española, también han sido objeto de algunas investigaciones. Francamente seria es la de Cristóbal Fuentes Valdés, titulada *Una introducción a la estructura económica olivarera de España*, aparecida en *De Economía*. Es la aportación más importante que sobre la economía oleícola española se ha hecho en torno al XIII Congreso Internacional de Oleicultura, procurando abarcarla totalmente con una acertada sistemática.

Sobre la economía carbonera se han publicado dos estudios en la revista *De Economía:* uno de Rodolfo Argamentería García, *La política económica del carbón en España. Su pasado, su presente y su futuro*, de muy reducido interés, debido a la pequeñísima cantidad de fuentes consultadas por el autor, y otro titulado *Nota del Sindicato Nacional del Combustible sobre incremento de la producción de carbón*, en el que se dan cifras de reducción del absentismo en las minas y explicaciones de la competencia entre el lignito y el *fuel-oil*, como datos más interesantes. En *De Economía* ha aparecido también *Estudio sobre el incremento de la producción de gas*, con indicaciones completas sobre el estado actual de esta industria y sus posibilidades.

En el apartado de los servicios, y sobre el transporte, merece citarse el trabajo de Rafael Gamonal *En torno al plan de modernización de carreteras*, en *Moneda y Crédito*. Trata sucesivamente de la historia de nuestra red, la situación actual, la clasificación de las carreteras y los planes presentes, con las trabas a su desarrollo. Termina considerando la procedencia de los fondos para las construcciones y con una pequeña refe-

recia a algún organismo español dedicado a este sistema de transportes.

El servicio bancario es analizado en el ya clásico artículo de Ildefonso Cuesta Garrigós que publica anualmente en *Moneda y Crédito*, esta vez bajo el epígrafe de *La Banca española en 1949*. Se basa en cifras oficiales del Consejo Superior Bancario, Banco de España y Dirección General de Banca y Bolsa.

La Renta Nacional efectivamente disponible por los españoles depende también del intercambio con el extranjero. Por eso tiene interés el buen resumen de nuestro panorama comercial exterior publicado en *Moneda y Crédito* bajo el título de *El comercio exterior* y *Medidas de política comercial*. Analiza los convenios suscritos en el año, la creación del Mercado de divisas en la Bolsa de Madrid, el reajuste del sistema de cambios especiales, las operaciones análogas a la *G*, etc.

Una parte de la Renta Nacional se consume. La otra se ahorra. Del ahorro español se ocupa José Luis Urquijo en *Algunos problemas de política económica en España. II. El ahorro en España*, en el *Boletín de Estudios Económicos*. Defiende las ventajas del ahorro español, cosa que no pone en duda ningún economista nacional sensato en estos momentos, aunque otra cosa opine el autor. La referencia a Keynes, lamentable, por no decir otra cosa.

La Renta Nacional, una vez repartida entre los habitantes, da origen a un más o menos elevado nivel de vida. Fernando Rubio, en su trabajo *La industrialización desde el punto de vista del consumidor*, en el *Boletín de Estudios Económicos*, aborda algunos aspectos de este problema, comparando las horas de trabajo necesarias en Estados Unidos, Unión Soviética y España para adquirir una serie de artículos fundamentales, estudiando el gasto individual en España, con el papel de los gastos de alimentación, y lo que puede suponer para la expansión de la producción española. Las conclusiones de política económica no están perfectamente vistas.

El Estado interviene para distribuir la Renta Nacional con dos armas principales: la política fiscal y la social.

De un aspecto mínimo del sistema fiscal español se ocupa J. Luis de Urquijo al final de su ensayo *Discriminaciones en un impuesto general sobre los beneficios*, en *Anales de Economía*. Santos Gil Carretero, en *Efectos financieros y económicos de la seguridad social*, aborda este tema en *Anales de Economía;* interesa especialmente el apartado II, titulado *Los seguros sociales en España*. Aporta datos muy interesantes, y todo lo completos que para un investigador aislado es posible obtener, sobre:

1) Tipos de seguros sociales existentes en España, con sus notas más características.

2) Cifras de recaudación de fondos y de pago a los asegurados.

3) Las inversiones de los fondos de previsión social.

4) La repercusión de los seguros sociales en los costes de producción de las empresas españolas.

Un aspecto concreto de la seguridad social española se analiza por José Pérez Leñero en *Moneda y Crédito*, bajo el título de *Régimen económico de los Montepíos Laborales*. Plantea en primer lugar el régimen

de ingresos y gastos, con cifras muy interesantes, dando detalles del sistema contable que poseen. En segundo lugar observa las consecuencias que produce en la economía nacional el régimen de inversiones de Montepíos, *así como el absentismo rural*, que puede por ellos agudizarse. Ofrece datos muy completos comparativos del Instituto Nacional de Previsión y de los Montepíos Laborales, de los que se deduce la enorme fuerza económica que posee la seguridad social española.

JUAN VELARDE FUERTES

3.

ENTRE SOL Y SOL

«Hasta en el sueño son los hombres obreros de lo que ocurre en el mundo.»

BARCELONA. ALGO por desgracia importante debe abrir este recordatorio del mes de mayo: la muerte del doctor Mirabent, catedrático de Estética en la Sección de Filosofía. Sería violentar no sólo la voluntad del muerto sino incluso su sensibilidad, su visión de las cosas y de los hombres, el iniciar ahora un largo treno plagado de nostalgias y alusiones a su vida privada. Cuando se pasea por el mundo la sonrisa que poseía el doctor Mirabent, una sonrisa que era el irónico heraldo de un espíritu sutil, están de más —y aun repugnan— las ridículas vanidades póstumas y las blandenguerías.

Porque aquella sonrisa —sin duda alguna el gesto con el que el rostro del doctor Mirabent pervivirá en el recuerdo de sus amigos—, además de anunciar una fina sabiduría de las pequeñeces de esta tierra, revelaba también una conciencia firme de que lo auténtico, lo serio, se vive a solas. Se es irónico y se es humorista porque se sabe que el alma de cada uno (de cada uno de los que tienen alma, que no son todos) está en su almario respectivo. Tanto, pues, como el divertido desprecio de la tontería, la sonrisa del doctor Mirabent iba diciendo: *secretum meum mihi*, mi secreto es para mí.

Por eso renunciamos de antemano, en esta conmemoración, a desempeñar el hoy tan comúnmente gustado papel del cuervo literario que revuelve las entrañas que piden y deben permanecer secretas. Creemos que así nuestro recuerdo será más concorde con la personalidad del muerto.

Pero por acordarnos también con su oficio de maestro, bueno será que intentemos representarnos una vez más los fines pedagógicos que el doctor Mirabent persiguió siempre entre nosotros, tanto en la cátedra como en las breves charlas entre clase y clase a las que era tan aficionado.

Que el doctor Mirabent no se resignó nunca a limitarse al cumplimiento del deber académico es cosa fuera de duda para todos los que le conocieron. Aparte de no perder ocasión de proyectar sus explicaciones teóricas sobre el fondo de un ideal humanístico, solía hacer en determinadas fechas algún que otro comentario de alcance estrictamente formativo y social, político en sentido platónico, por así decirlo: comentarios presididos, consecuentemente, por el convencimiento de que los choques y problemas que surgen entre los hombres y dificultan su convivencia sólo pueden alcanzar solución desde dentro de cada hombre; no por hechos externos —leyes, órdenes, disposiciones, así de sabias sean ellas— sino por una reversión del ánimo que capacite a cada cual para la comprensión del prójimo, para arrimar el hombro a la común tarea de la vida, abandonando discrepancias sentimentales y enconadas oposiciones teóricas.

Tanto, pues, como el dejar en sosegado secreto la cámara última de su personalidad, creemos que viene exigido por la fidelidad a la memoria del Doctor Mirabent el aprovechar esta ocasión de público recuerdo para lanzar una vez más a la sociedad en que él vivió su insistente mensaje de tolerancia.

* * *

Mensaje —¿quién puede dudarlo?— más necesario cada día. Es un principio generalmente admitido por historiadores y sociólogos que en una sociedad y en un momento determinado las generaciones maduras juegan un papel de intransigente apego a unos valores progresivamente estrechados, mientras las jóvenes promociones luchan por implantar puntos de vista nuevos, más amplios y vitales. Pues bien (hablemos con dura claridad ya que nuestro serio cometido de hoy nos veda toda sospechosa «prudencia») es el caso que algún maligno *genius loci* ha invertido aquella ley sociológica en la España contemporánea: mientras los españoles que han rebasado la cincuentena representan, *generalmente*, en nuestra vida universitaria la comprensión tolerante y la capacidad de convivencia, las jóvenes promociones viven *por lo común* sobre afirmaciones exclusivistas y fanatismos sin mesura, profesan un rabioso misioneísmo y parten del principio no siempre tácito de la aniquilación no ya sólo del contrario —al que ha aplastado hace tiempo— sino incluso del hombre que no se suma a su empresa de rodillo, que no acepta su visión del mundo tomada por entre los engranajes de las máquinas apisonadoras.

La supresión de todo un brazo de la vida política española —esta es la situación de hecho— ha dejado en rara posición al proteico brazo sobreviviente. Este se escindió pronto en los tres sectores que toda vida política moderna parece exigir necesariamente: un centro —desbordado sin cesar en nuestra sociedad— y dos extremos, justo es decirlo en su descargo, que funcionan a rueda libre, pero en el vacío: sin camino que

elegir ni dificultades que superar por cuenta y riesgo propios. Si a esto se añade que por motivos estadísticos uno de los extremos apenas cuenta en el cuadro de conjunto, se verá en seguida que el problema a la búsqueda de cuyo planteamiento vamos (el problema de la intolerancia) se centra en torno del otro extremo: en torno de la extrema derecha española contemporánea.

Es obvio que la aniquilación de la izquierda española repercutió en beneficio de la extrema derecha. Pero ésta cuenta en sus filas —como ya se apuntó— con un gran contingente juvenil. Y está además animada de un fuerte ímpetu batallador y absorbente. La suma de esos factores —ímpetu juvenil, exclusivismo y afán combativo— arroja como resultado una temible fuerza polémica. Ahora bien: como queda dicho, esa fuerza polémica carece de enemigo real y organizado, salvo que vaya a buscarlo al extranjero. Consecuencia obligada: la extrema derecha española contemporánea, por su naturaleza impulsiva, se inventa necesariamente un enemigo doméstico, sin recordar que ella misma lo suprimió.

De aquí este renacer del viejo vicio nacional, la intolerancia: no habiendo enemigo auténtico, quedan elevados a esa dignidad por la extrema derecha los cerebros con un poquitín de personalidad, los carteles de propaganda cinematográfica e incluso —ridículo y fresco ejemplo— ese fino mármol bizcochesco de Benedito («Juventud») que ha sido mutilado en la Plaza de Calvo Sotelo, sin duda porque la decorativa línea de su desnudo ofendía a cualquiera de los pudibundos energúmenos omnipotentes e irresponsables que pululan por nuestro país.

* * *

¿Qué va a pasar cuando no quede una estatua en España? ¿Cuando las películas de Rita Hayworth se proyecten en catacumbas? ¿Cuando los padres de familia, con sensato consejo, luego de bautizar a sus dulces hijos procedan a la ablación de sus tiernos cerebros?

Veamos: ¿Qué va a ocurrir después? ¿*Contra qué* va a definirse esa polémica derecha? consideren sus rectores que el sostenerse y ser pura polémica no promete pervivencia substantiva. Mediten: ¿No pide su propio bien que mimen un poco a las víctimas? Aprendan del gato, que deja larga vida al ratón porque sabe que su actividad y la del roedor son polémicamente solidarias.

M. S. L.

EN MADRID: ZUBIRI Y LA LIBERTAD

I

En medio del abigarrado concurso de entidades oficiales y particulares para organizar la vida cultural de Madrid de modo que obtenga repercusión pública, un solo hombre, un hombre chiquito pero equilibrado milimétricamente, ha sido capaz de tener reunidas a su alrededor a doscientas personas pendientes de su palabra durante los nueve meses de la temporada académica que termina ahora. Y el objeto de su charla no es, ciertamente, de los considerados amenos por el numeroso público de conferencias de la capital, un público que gusta mucho más del continente que del contenido del discurso porque busca en el conferenciante al fabricante de frases melódicas sin que le sea accesible el placer espiritual de su captación significativa.

Nada de ello ha ocurrido con este hombre chiquito, cuya palabra ha hecho gozar auténticamente a muchos, pero —utilizando el vocablo en su expresión etimológica— no ha «di-vertido» a nadie, a nadie ha escindido del camino central de la idea, a cuya compresión estaba sometida disciplinariamente la forma externa de lo expresado. En cambio, sus oyentes capaces han podido realizar lo que muy pocas veces es posible, a saber, sumergirse plenamente en la corriente de lo expresado.

No hace falta decir más para caracterizar plenamente lo que ha sido el curso de Filosofía que Xavier Zubiri ha pronunciado este invierno en Madrid bajo el título: «La Libertad Humana». Y es emocionante este curso porque en él se ha dado por primera vez tal afluencia de público que hace pensar que en España vuelve a ser posible hablar de Filosofía de verdad, con independencia intelectual y seguridad de criterio, de modo, además, que esa independencia se haga posible porque el maestro sea retribuído por los propios discípulos que le escuchan. Resucitan viejas prácticas de enseñanza que demuestran una real inquietud y deseo de aprender. Madrid paga de nuevo por oír filosofar, y esto no es ninguna deshonra para el profesor de Filosofía, sino que debe ser su máximo orgullo.

Este curso, el quinto de la serie de los que viene dando Zubiri y en el que se ha pasado definitivamente del auditorio especialista al gran público, coincide además con el vigésimoquinto aniversario de sus oposiciones a cátedra, que le valieron la de la Universidad de Barcelona, desempeñada por él durante algún tiempo. Veinticinco años de labor universitaria desde dentro y fuera de la cátedra son suficientes para que todos los aficionados a la Filosofía en España le rindan homenaje. Y un homenaje callado ha parecido este curso, abarrotado de público sobre

el tema eterno y a la vez candente de la libertad. El tema del libre albedrío del hombre, de un interés temporal, tiene hoy, en que tantas cosas están sujetas a revisión en Filosofía, el interés extraordinario que le presta la inquietud subjetivista en las últimas corrientes del pensamiento. La investigación, no sólo filosófica sino también de muchas otras ciencias, se lleva a cabo teniendo siempre en cuenta al hombre y su límite de posibilidades. Y toda la corriente irracionalista, desde Nietzsche al existencialismo, está dominada por la presencia del hombre y su libertad. El estudio general del hombre desde la Filosofía —la Antropología filosófica— que tantos autores contemporáneos —Cassirer, Scheler— han emprendido, no puede omitir, naturalmente, este tema, que a su vez posee repercusiones teológicas y culturales fáciles de averiguar.

Pero Zubiri no trata de este asunto solamente por sus repercusiones modernas, sino clásicamente, en virtud de sus posibilidades propias. Por ello la libertad humana es examinada previamente a lo largo de sus «momentos álgidos» sintetizados en una serie de autores clave de la Historia de la Filosofía. Por ello analiza primero lo que significó sucesivamente para los griegos, los neoplatónicos y San Agustín, Santo Tomás, Báñez y Molina, Kant, Hegel, Comte y Bergson, Haidegger y Sartre. El lector avisado se dará cuenta de la utilidad de reducir el tema, históricamente, a una serie limitada de pensadores. Con ello no pretende agotar los precedentes históricos, pero sí acotarlos. Y se reserva luego las últimas lecciones para darnos su visión del problema, visión que aún no ha terminado de exponer en el momento de escribir este artículo. Dejaremos, pues, para uno próximo el resumen de la misma, y todo lo referente a Filosofía Moderna, analizando someramente en éste lo que consideramos aportación nueva a las primeras lecciones de Historia.

Para la exposición de los precedentes, Zubiri no se ha limitado al asunto de modo exclusivo, sino que nos ha dado la posición general de los autores, y al final tan sólo de exponer la filosofía de cada uno de ellos ha aclarado los puntos relativos a la libertad, criticándolos en lo posible y poniéndolos en relación con su pensamiento global.

Por ejemplo, la postura ante la libertad de San Agustín la deduce inmediatamente del ambiente neoplatónico respirado por el filósofo de Hipona. Para la visión escatológica del cosmos que debía tener un neoplatónico, la idea de libertad en el hombre tenía que ser un episodio en esta historia cósmica en que consistía la Metafísica en su tiempo. Así, la libertad para ellos podía también contarse como un relato. La libertad del hombre, caído en un mundo en el que la materia le ahoga, tiene que ser, a la fuerza, un *rescate* de sí mismo, de lo divino —el espíritu— que, emanado de Dios, hay en él. El hombre está metido en un mundo de la materia, adverso, en el cual existe el constante peligro de no ser sí mismo. Pero el hombre no tiene fuerzas suficientes, mientras se halle mezclado con la impura materia, para rescatarse, y por ello hay que apelar a un enviado, un «*mesites*», común a las religiones de misterios, a las ideas neoplatónicas, a la gnosis y al cristianismo. Éste no significa-

ría nada nuevo como fórmula, común también a los órficos, a los pitagóricos o a los gnóticos, aunque sí como resolución del gran problema. Porque el Cristianismo es el que aporta la idea de la creación «ex nihilo», desconocida para todo el resto. Por este tipo de creación el Mundo se halla absolutamente hecho por Dios, y, por lo tanto, también libremente. La libertad humana no será sino un reflejo de esta libertad creadora de Dios. Para San Agustín la libertad será además un *modo emergente de ser*, porque el hombre no puede dejar de querer ser algo; se encuentra instalado en el plano de los motivos, y esta es la máxima prueba de la libertad. Por hallarse en este plano el hombre no sólo es «ferente» de sus acciones, sino que esta «ferencia» incluye una «pre-ferencia» determinante. La libertad no sería entonces indeterminación, sino precisamente un querer el bien. Lo que ocurre es que, en su estado de caída, el hombre no puede conocer exactamente cuál es el bien absoluto a que él tiende y en cuya «pre-ferencia» consiste esencialmente su libertad. Por ello el mal, carencia de bien, al ser preferido por el hombre lo es por error, por apariencia de bien. Por ello es, también, absolutamente necesaria la Gracia, que redime al hombre de su esclavitud del error y de la materia. Dios pone la Gracia en manos de todos los hombres y sabe quiénes libremente van a lograr salvarse y quiénes no.

Con Santo Tomás cambia por completo el ángulo de visión, que de contemplar al mundo desde Dios pasa a hacerlo intentando ver a Dios a través de su obra finita. Y para Santo Tomás es la libertad la «*voluntas sicut subjectum*», es decir, la existencia de una voluntad determinada al bien general pero a ninguno de los bienes concretos, ante los cuales puede escoger. Lo más delicado de esta postura es que lo que mueve a querer no es libre, puesto que la voluntad humana está necesariamente movilizada al bien general y no puede dejar de querer de modo libre ante cada bien concreto.

El tema de la libertad se complica con el problema de la presciencia divina y con las discusiones entre Báñez y Molina respecto a la «praemotio phisica». Ante esta discusión, célebre en la Historia de la Filosofía, emprende Zubiri una tercera vía, una postura distinta a la de los contendientes. Según la idea de Molina resulta Dios determinado por la libertad del hombre. Según Báñez es Dios el que determina absolutamente las actuaciones humanas. Pues bien: el Tomismo hace hincapié en que el orden causal del Universo no se realiza en todo momento directamente por Dios sino por las causas segundas, las cuales, sin embargo, no podrían actuar sin la «virtus» que les fué otorgada por la primera. Pero las causas segundas, una vez otorgada su propia virtud, obran en consecuencia con ella sin el concurso inmediato en cada acto (contra Bánez), pero no por ello deja Dios de mover efectivamente el Mundo (contra Molina). Dios ha creado la voluntad con tendencia al bien plenario y ésta se determina a sí misma para querer su bien particular. Mi voluntad está movida por Dios, pero como «*virtus*», no como «agens». Y Dios, al crear al hombre libre, lo ha hecho con todas sus consecuencias; es

decir, que antes de una decisión entre A y B se encuentra absolutamente indeterminada la volición, y el acto voluntario constituye una perfecta innovación, una creación en su esfera. Esto significa para Dios que en virtud de su iniciativa creadora existe una decisión perfectamente dotada para realizar una cuasi-creación. La pregunta, pues, acerca de la precedencia entre Dios y el hombre en el acto libre no tiene sentido, pues lo que en la voluntad es decisión en Dios es iniciativa. Por lo tanto, constituye una misma realidad vista desde dos vertientes. En el conocimiento *actual* de este mundo que posee Dios, mi acto libre de mañana le es desconocido porque él mismo quiso que fuese indeterminado. Pero el preguntar por el conocimiento actual de Dios no tiene sentido, porque en el orden trascendente Dios es indiviso y es absolutamente imposible aplicarle nociones temporales. En el plano eternal, en que Dios lo abarca todo por ser el futuro del Mundo, sí cabe hablar de presciencia. Pero el Mundo en sí es, absolutamente, un sistema abierto, y esto por voluntad eternal de Dios.

El planteamiento así formulado constituye, a nuestro modo de ver, una auténtica aportación de Zubiri surgida simplemente del estudio de Santo Tomás, y precisamente dirigida a los que hoy se llaman a sí mismos tomistas. No es que el filósofo de Aquino haya afirmado nunca que el Mundo es un sistema abierto en el que causas segundas, si creadas como libres por Dios, realizan una auténtica y constante cuasi-creación (el «*cuasi*» en virtud de que no la realizan *per se* sino en virtud de la iniciativa divina). Y mucho menos con esta terminología absolutamente moderna que nos recuerda el «estar obligado a ser libre» de Sartre. Pero es evidente que Santo Tomás, en su teoría de las causas segundas, si la hubiese extendido al estudio de la causalidad libre en lugar de enfocar la libertad desde el lado de la voluntad, probablemente hubiese llegado a las últimas consecuencias.

* * *

Esperamos poder continuar, en artículos próximos, dando ejemplos de lo que consideramos innovación de Zubiri en este curso. En el próximo procuraremos repasar la visión de Zubiri sobre la Filosofía Moderna en conexión con la libertad, y quizá terminemos exponiendo sus ideas particulares. Sólo nos resta pedir perdón al autor para este «fusilamiento» incompleto de sus palabras, que puede, no lo negamos, incluso traicionar alguna vez matices de su pensamiento porque carecemos de notas taquigráficas y las nuestras son tan sólo las acotaciones parciales de un asistente a sus clases. Excúsenos pensando en nuestra buena intención, que es sólo dar una somera idea del interés del curso a través de nuestras impresiones del mismo, así como de las principales cuestiones que se han ido suscitando en él, de modo que nuestros lectores de Barcelona, que no han tenido el placer de oírle, puedan al menos recoger este lejano aliento zubiresco.

JESÚS NÚÑEZ

LA SAL HACE LA ESPUMA

«La hermosa dentadura del caballo permite esperar que a la vuelta de pocos siglos el Gran Domador obtenga la primera carcajada equina. Por eso no se puede definir al hombre como animal que ríe.

Hay que precisar más: el hombre es el animal que sonríe. Y al sonreír disimula que sus dientes están careados.»

INTRODUCCION A LA PILOLOGIA DE LA CIENCIA *

No hace muchas semanas tuve la fortuna de presenciar una importante concentración de hombres de ciencia. Todas las ramas de ésta estaban copiosa y altamente representadas en el académico recinto: el número y la letra, lo abstracto y lo concreto, lo real y lo ficticio se ofrecían allí en fraternal amalgama. Los abrazos y salutaciones se sonorizaban contundentes en omoplatos y húmeros. Llegó la hora señalada, y la ocasión solemne que congregaba a tan relevantes varones —el discurso de uno de ellos— hizo que se ordenaran, como volúmenes de universal enciclopedia, en las filas de butacas del salón de actos.

Favorecido por la suerte, pude situarme en lugar idóneo para descubrir lo que voy a exponer. Y siento de tal manera la impaciencia del descubrimiento que, aun a riesgo de que algún estudioso pertrechado de saber y codicioso de gloria me despoje de la que por ley divina y humana me corresponde, no puedo demorar por un instante más la explanación de sus principios, sin esperar a la plenitud de su madurez en visión cerrada y sistemática. Al fin y al cabo, la ciencia ha de ser desinteresada, y no por un personal anhelo de vanagloria ha de retrasarse la apertura —siquiera sea con humildad de vacilante sendero— del nuevo camino.

* Ved notas al final del artículo.

Si mis fuerzas no bastan, ya vendrán después los picos y palas de investigadores robustos e impigres, la labor ornamental de literatos y poetas y las grandes apisonadoras de la erudición para convertir en amplia y dilatada calzada lo que hoy no pasa de ser una indecisa y tímida vereda.

Ello es, para entrar pronto en materia, que los sabios varones de suso aludidos eran calvos en su mayoría. Pero en rara coincidencia, ninguna de las mondas testas se mostraba en su desnuda sinceridad. Item más: no había apenas cabellera (o vestigios de ella) blanca o entrecana. Desentendiéndome progresivamente de la disertación, me dediqué a recorrer una y otra vez con la mirada, como si pulsara las cuerdas de un arpa gigantesca, las filas de doctas cabezas, y he aquí el resultado de mis observaciones, junto con los pensamientos y recuerdos a su conjuro sobrevenidos (1).

* * *

«Después subió de allí a Bethel; y subiendo por el camino, salieron los muchachos de la ciudad, y se burlaron de él, diciendo: ¡Calvo, sube! ¡Calvo, sube!

Y mirando él atrás, viólos, y maldíjolos en el nombre de Jehová. Y salieron dos osos del monte, y despedazaron de ellos cuarenta y dos muchachos.» (2).

El texto que acabo de citar demuestra hasta qué punto es antiguo el dictado de calvo con intención ofensiva, así como la subsiguiente reacción colérica del hombre desprovisto de pelo. Nótese que se trata nada menos que de Eliseo, uno de los seres más pródigos en bondad del Antiguo Testamento.

Pero los siglos al pasar trajeron un alivio espiritual a la irremediable plaga, y fué debido éste a la labor lenta pero segura de infinito número de hombres disertos, a la no escasa coincidencia de calvo y sabio en un mismo ser, a la rareza de encontrar una mujer calva y, en fin, a la generosa credulidad de las gentes asociando la carencia de pelo a la posesión de grandes dotes intelectuales. De todo este largo y aunado conjunto de fuerzas y hechos, nació la frase proverbial que reza: «No hay ningún burro calvo». Afirmación evidentísima sin duda alguna, tanto como podría serlo esta otra: «No hay ningún burro sin rabo». El calvo, pues, al verse tan claramente diferenciado del burro, halló un consuelo a su calvicie, aun aceptando de un modo tácito la posibilidad de ser equiparado al cerdo o a la rana.

Sin embargo, en el alma de todo calvo, el dolorido sentir, que dijo el poeta, continúa vivo, y, entre boga y decadencia alternativa en el uso de la franca y manifiesta peluca, se ha llegado a los tiempos presentes sin otra solución a su problema que el bisoñé, cosa dura. Porque ha de reconocerse que la calvicie, a pesar de tantas voluntades inclinadas a estimarla como signo exterior de sabiduría, envejece de manera notoria la apariencia del afectado por ella, y ha de reconocerse también que los

devaneos juveniles tientan por desgracia aun a los más sesudos varones. Podría ejemplificarse esto último con innumerables e ilustres casos, a través de la historia y en toda la redondez de la Tierra.

Asombra que entre nosotros los españoles no hayan alcanzado la difusión debida ciertos estudios y conclusiones, bastante añejos ya, de uno de nuestros hombres más eminentes. A la palabra calvo no habrá jamás medio de quitarle el matiz insultante, despectivo o conmiserativo que de una forma u otra posee. El doctor Marañón afirma que la calvicie se da preferentemente en individuos de constitución *hipergenital*, y a causa de ésta. ¿Cabe imaginar algo más halagador para un español (y por tanto para un español calvo), en cuyo lenguaje cotidiano entran en proporción elevadísima palabras romances que traducen el elemento básico del vocablo hipergenital, palabras que representan a menudo, si no siempre, unas unidades de valor y unas sutiles equivalencias elevadas a módulos de la valentía, la honradez y la hombría en toda su vastísima amplitud? Para los calvos españoles hay un camino de salvación que cancelará definitivamente complejos, timideces y cóleras. La calvicie es un efecto temporal de una causa constitucional, una manifestación externa de una condición permanente (el hipergenitalismo). Sería absurdo que para indicar que un hombre es alto dijéramos que es un hombre que usa chaquetas largas. Expresaríamos así un detalle de indumentaria que no nos permitiría precisar si es debido a un gusto o capricho de la moda o a su elevada estatura. De la misma manera, al decir que un hombre es calvo indicamos una característica que no señala, ni muchísimo menos, todas las augustas notas que junto con aquélla dan prestigio biológico al varón hipergenital. Corresponde, pues, a los calvos españoles, abriendo además amplios horizontes a la calvicidad mundial, designar el efecto por la causa (3), y referirse a un determinado calvo, cuando quieran, por ejemplo, explicar sus rasgos personales a alguien que, sin conocerlo, tenga que identificarlo en un grupo de personas, así: «Mire usted, es un señor alto, de nariz larga, con gafas, *hipergenital*, vestido de luto...». A partir de tal momento, la envidia empezaría a devorar a esa mísera mayoría de seres no hipergenitales que van por la vida exhibiendo su cabellera: infamante testimonio de una virilidad mínima (4).

La canicie, no obstante ser un amargo heraldo de la senilidad, no es un problema de las dimensiones del precedente, sobre todo desde que el hombre tomó la resolución de rasurarse. El hombre cano ha gozado casi siempre de un prestigio social muy ligado a las virtudes de la experiencia y a la entrega a trascendentes cavilaciones. Y cuando esta consideración social ha estado en crisis, la más rudimentaria farmacopea y cosmética obtuvo tintes de absoluta eficacia con que trocar en negra la blancura pilosa.

* * *

Volvamos, tras esta digresión histórica y sociológica, al hilo inicial de nuestro ensayo. Los hombres de ciencia, con casi unánime resolución, se

han lanzado al encubrimiento de su calvicie y al teñido de sus canas. Tal hecho exige un doble enfoque. De una parte, la determinación de las causas, y las relaciones que puedan asociarlo a las que inducen al hombre no científico (cómico, fabricante, conde, rentista, etc.) a iguales prácticas. De otro lado, las modalidades que ambos procedimientos presentan en las testas científicas, y la consecuencia que los eleva a la categoría de ciencia, por cuanto matemática, filosofía, historia, medicina, retórica, etc., sirven de basamento material a las cabelleras sometidas a ellos.

En el primer aspecto debemos rechazar por ahora las consideraciones que llevarían el problema a una vulgar y obvia explicación de orden estético. El hombre de ciencia es por lo general bastante descuidado en lo externo. Sería disparatado estimar como determinante básico de sus cuidados capilares una frívola ornamentación personal. La causa está sin duda en íntimo contacto con lo político-social y con el criterio selectivo de los tiempos presentes. Para ser ministro, subsecretario, director general, rector, etc., no es aconsejable ser calvo ni cano. La juventud es hoy un valor político de primer orden, y haber cumplido cuarenta años constituye una traba muy considerable para acceder a cualquiera de los cargos, por vía de ejemplo, enumerados. Téngase en cuenta además que la antigua institución del Senado ha desaparecido en el Derecho Constitucional de la mayoría de los Estados. Es preciso, pues, cuando la superficie craneal clarea y cuando la cabellera deviene blanquinosa, atajar a toda costa estos indicios y atributos de la vejez. Aquellos hombres de ciencia que asistían a la doctísima disertación con sus estructuras capilares de artificio y sus tinturas generosas, exhibían la posesión de un derecho vigente y activo a regentar tales cargos.

En cuanto a las modalidades del tratamiento —nudo y clave de este ensayo— voy a exponer las que me fué dable catalogar en la repetida concentración, las cuales, si no agotan la materia, constituyen un punto de arranque para más amplios estudios.

Deliberadamente, y con el fin de no alejarme del árbol científico a cuya sombra brotaron estas reflexiones, me referiré tan sólo a las cabezas doctas, nunca a lo que el hombre de la calle pueda hacer, que cae fuera de nuestro objeto y que corresponde a la esfera especulativa del sociólogo y del folklorista.

* * *

Es práctica muy antigua el uso del bisoñé (5). Sus problemas son infinitos. En primer término, la adecuación difícil de color, grosor, rizosidad y laciedad entre el pelo del bisoñé y el del interesado. Después su fijación, hoy facilitada por los adelantos industriales en la fabricación de ventosas de caucho y otros medios. Luego la burla tradicional de los españoles hacia el bisoñé, cosa que no ocurre, por ejemplo, en Inglaterra, donde el servicio nacional del Seguro de Enfermedad proporciona tales

suplementos. El que lo usa, además, adopta involuntariamente una posición rígida del cuello, que reduce su natural movilidad. Si lleva sombrero, recela que al quitárselo —cosa que ha de hacer con extremo cuidado— se le caiga el bisoñé, y sus saludos resultan poco cordiales. Si va a pelo, teme los vientos fuertes, las grandes aglomeraciones, las bromas de algún amigo desmedido y brutal. De aquí que junto con este producto del comercio, y aun antes que él, surgiera lo que definiré con el nombre de bisoñé autárquico (6).

El bisoñé autárquico es aquél que el calvo elabora con las reliquias vivas de su cabellera, dejándolas crecer en la medida conveniente y desplazándolas con ayuda de peine y cepillo a las partes ya despobladas del cráneo. Las modalidades fundamentales que ofrece son cuatro:

a) bisoñé autárquico parietal izquierdo
b) » » » derecho.
c) » » occipital
d) » » trepanatorio

a) *Bisoñé autárquico parietal izquierdo* (Fig. 1). Es el más simple y usual. Se obtiene trazando una raya en el parietal izquierdo y desplazando los cabellos situados sobre ella (una vez engomados) por encima de la bóveda craneal hasta alcanzar la zona poblada del parietal derecho. Tiene el inconveniente de no cubrir —ni aun con ayuda de las gomas más eficaces— la zona de la coronilla, de la que los cabellos se desprenden a poco de verificado el peinado. Un ilustre practicante de este método es el filósofo don José Ortega y Gasset.

b) *Bisoñé autárquico parietal derecho* (Fig. 2). Es idéntico al anterior pero en dirección inversa. Constituye una forma que conviene diferenciar de la precedente por el complejo psicológico que ocasiona en quien la emplea y por la grave claudicación que le impone. Sabido es, en efecto, que mientras la mujer posee una tendencia que diríamos dextrófila, el hombre es más bien sinistrófilo. Así, la mujer se abotona con la mano derecha, y el hombre con la izquierda; las mujeres fuman (7) con la derecha, y los hombres con la izquierda. Cuando no existe calvicie, los hombres hacen siempre su raya a la izquierda, y las mujeres la hacen a la derecha. En fin, los sastres pueden ampliar en todo momento las referencias al hábito sinistrófilo del varón. Calcúlese, pues, el sacrificio que el calvo —y sobre todo el calvo español— ha de hacer cuando su parietal izquierdo ofrece una densidad pilosa insuficiente y se ve forzado a utilizar el derecho para el trazado de la raya.

c) *Bisoñé autárquico occipital* (Fig. 3). Cuando los parietales son tan exiguos en su poblamiento capilar que no consienten la obtención de la raya, el calvo se ve obligado a trazarla en el occipucio, haciendo avanzar los cabellos situados al norte de ella en dirección a la frente y distribuyéndolos, en la medida en que la capa acarreada lo consienta, hacia los parietales.

Mientras las modalidades a y b pueden ser realizadas por el intere-



Fig. 1



Fig. 2



Fig. 3



Fig. 4

sado sin ayuda de un tercero, motivo por el cual merecen calificarse de personales, en el tipo c, que nos ocupa, esto no es posible. La esposa, hija o ama seca del calvo han de trazar la raya occipital y situar los cabellos sobre la bóveda craneal para que aquél prosiga la labor distributoria, previo el imprescindible engomado.

Egregio practicante de este tercer tipo fué al romano Julio César, de quien Alfonso X el Sabio (8) dice: «...e era calvo de fea guisa, et probara muchas veces de comol escarnecien los homnes dello en sus juegos, et por esto habie costumbrado de traer con la mano todavia los cabellos de tras a la fruente».

d) *Bisoñé autárquico trepanatorio* (Fig. 4). Es el más complejo de todos y se obtiene por adición simultánea de los tres tipos estudiados (9). Es también el que mayores colaboraciones y virtuosismo exige. La raya aquí desarrolla un arco de 220° desde una a otra patilla y a través de ambos parietales y del occipucio. Los cabellos del norte de la raya avanzan en dirección convergente y en tres masas (dos parietales y una occipital) y se unen en la parte anterior de la bóveda craneal. La goma y los cuidados en el manejo del sombrero hacen sumamente arriesgado el uso del bisoñé trepanatorio.

En conexión con los estilos artísticos medievales, podemos decir que los dos tipos parietales (a y b) recuerdan la bóveda románica de cañón; el occipital (c) es análogo a la bóveda tudor; el trepanatorio (d) es exacto reflejo de la bóveda ojival.

Los inconvenientes de los cuatro tipos de bisoñé autárquico son muchos, y algunos graves. Indiquemos entre ellos la pérdida de efectividad de las gomas adhesivas, tanto por secamiento como por efecto del sudor y de las grasas epidérmicas, la labor destructora de los vientos y el uso del sombrero, nunca manejable con la soltura del calvo total o del no calvo. Ello da un aire tímido al autarquista y le obliga a pasar a menudo la mano — con exquisito tacto y pericia — por la cabeza y según la dirección una o múltiple del bisoñé; movimiento, por otra parte, no muy correcto en sociedad, que además le da la apariencia de hallarse bajo una grave preocupación. Añádase a todo esto la sorprendente y poco grata contemplación de un autarquista al despertar, sobre todo en los casos occipital y trepanatorio. El autarquista, en efecto, adquiere el aspecto de un extra salvaje de tipo húnico (10) por el raro contraste de su pelambre cayendo en flecos sobre el cuello, y la desnuda orfandad capilar de su cabeza (11).

* * *

En lo que toca, concierne y atañe al canicidio capilar (12), sólo unas sumarias indicaciones, habida cuenta de que la generalización de preparados industriales priva a este aspecto del tratamiento capilar de las notas de ciencia y arte que posee el bisoñé autárquico en sus cuatro tipos básicos y lo liga, por el contrario, al bisoñé postizo, excluído de la Pilología de la Ciencia aquí esbozada.

Estas indicaciones se hacen necesarias por el hecho, observado en la concentración de sabios —providencial para el orto de esta ciencia—, de que el antiguo negro absoluto está siendo sustituído en la mayoría de los casos por un rubio de particularísima tonalidad, un rubio irreal cuya denominación me ha hecho cavilar en grado sumo y que en manera alguna pretendo sea aceptada por futuros investigadores. Tras estas reservas, pasaremos a clasificar los canicidas capilares adoptados por la ciencia en dos grupos esenciales:

a) negro azabache
b) rubichi

a) *Negro azabache.* Corresponde a una larga tradición canicido-capilar, y su marca creadora goza de gran prestigio en el comercio de droguería y cosmética. Conforme indica su nombre, es de una negrez absoluta. Ello hace que en determinados niveles cronológicos del individuo tratado sea excesivamente delatora la práctica canicido-capilar. Además ennegrece el cuero cabelludo, los superciliares y el labio superior, pues el teñido de la cabellera va siempre acompañado del teñido de cejas y bigote (si lo hay).

Entre los más ilustres practicantes de este sistema (que a la vez lo es del bisoñé autárquico parietal), se encuentra el septuagenario general norteamericano Douglas Mac Arthur.

b) *Rubichi* (13). Su tono difuso entre lo rubio y lo negro, no representado en ningún pelaje animal ni humano, hace de él la cuarta dimensión capilar. Permite suponer en quien lo usa una moderada blondez, con la consecuencia implicada en el verdadero individuo rubio de un encanecimiento tardío. Gracias al tinte rubichi, las canas han desaparecido de las cabezas científicas, permitiendo a la vez una grácil concesión a la canicie, consistente en no someter a la acción del teñido una moderada zona patillar, sin que resulte de ello el delator contraste que tal concesión supondría si se hiciera uso del negro azabache.

* * *

Y con esto damos fin por ahora a la exposición —incompleta por inicial— de una disciplina nueva: la Pilología de la Ciencia. Tal vez no falten espíritus hipercríticos que le nieguen —en esta su primera salida— la categoría de ciencia y pretendan relegarla al menos elevado terreno de las artes o al ínfimo de la artesanía. Nosotros, sin embargo, estamos seguros de que es ciencia, y ciencia no vulgar, que participa de las físicas, químicas, exactas y naturales y que en el orden empírico las abarca y domina a todas, puesto que las más ilustres testas se coronan con sus principios, su sustancia y sus formas.

Queda abierto, pues, un anchuroso campo a la investigación de los futuros pilólogos, a quienes desde aquí saludo con aquella expresión, flor de esperanza y conformidad, de Alonso Quijano: «¡Amanecerá Dios y medraremos!» (14).

RAMÓN CARNICER

NOTAS

(1) El autor ha vacilado mucho en cuanto al método expositivo que debería adoptar. Al principio estaba resuelto a hacerlo con esquemático rigor científico. Después advirtió que las conexiones históricas y el amplio marco vital del tema obligarían a más de una divagación discursiva, de imprevisibles alcances. Al final, dejándose ganar de la impaciencia, se pone a la obra sin un plan concreto. El lector sabrá perdonar esta contravención de las exigencias sistemáticas de toda ciencia.

(2) «Libro Segundo de los Reyes». Cap. II, vers. 23 y 24.

(3) Antiquísimo tropo llamado metonimia.

(4) Aun cuando en este estudio utilice por razones de fácil comprensión la palabra calvo, en ulteriores trabajos sobre el tema, conforme vengo haciendo ya en la vida común, sustituiré siempre calvo por hipergenital.

(5) He vacilado mucho ante las palabras bisoñé y peluquín. Al cabo, y a causa de la intención burlesca de esta última, me he decidido por la primera, no obstante el reparo lingüístico de su origen extranjero.

(6) El lector se hará cargo del difícil problema —inherente a toda ciencia nueva— de la nomenclatura. Los nombres que doy son todos provisionales y sujetos a revisión.

(7) Nefanda moda que el autor condena.

(8) «Crónica General», Cap. 117.

(9) Nótese en este hecho la coordinación espontáneamente sistemática que otorga indudable ejecutoria científica a la materia que tratamos.

(10) Alúdese aquí a los guerreros hunos y a la forma en que suelen ser representados en pintura.

(11) Según me han informado, la industria fabrica bisoñés artificiales afectando las formas estudiadas del bisoñé autárquico, sobre todo del parietal, el más antiguo y característico. No deja de ser sutil la invención, pero en este ensayo no caben modalidades no aceptadas hoy —ni quizás en lo venidero— *por el uso de los hombres de ciencia, fieles siempre a las formas* autárquicas.

(12) Creemos que el adjetivo capilar deshace todo posible equívoco con la matanza de perros a que parece aludir el sustantivo canicidio, cosa alejadísima, como verá el avisado lector, de la índole de este trabajo. Insistimos en la provisionalidad de la terminología propuesta.

(13) La vaguedad tonal de este colorante, que no encaja en ninguno de los matices que en peluquería poseen nombre distintivo, me obliga a emplear —y aquí con carácter extremo de provisionalidad— el término rubichi, exacto en cuanto a la vaguedad pero con un resabio achulapado que no lo hace apto para una terminología científica.

(14) Quiero expresar mi gratitud al ilustre pintor José María de Martín, que con los grabados que acompañan a este ensayo da luz a la oscuridad de mi verbo y expresa la fraterna simpatía con que el arte plástico se asocia al natalicio de la Pilología de la Ciencia.

XXXV CONGRESO EUCARÍSTICO INTERNACIONAL

¿Una movilización de multitudes para afirmar un hecho espiritual?

¿Un grito de propaganda estridente, para subrayar la existencia de un orden sobrenatural?

¿Una ocasión para recordar que todavía quedan altos motivos donde hincar la unión entre las gentes de buena voluntad?

¿Una muestra de la capacidad de la Iglesia para agitar las masas alrededor de un ideal religioso?

Ante todo, un culto rendido a Dios públicamente, la afirmación del contenido social de la liturgia, exaltando el sentido sacramental de la Iglesia y lo más humano e íntimo del misterio de la Encarnación: La Eucaristía.

España ha ostentado triunfante el tesoro de la unidad de su credo. Todo un pueblo católico y un Gobierno católico han hecho frente a la tesis decrépita de los laicismos oficiales y a las falaces sutilezas del materialismo. Los españoles de Madrid y provincias contemplaron una cosa muy suya: la ciudad rutilante que es su puerta hacia Europa, y Barcelona ha cumplido de una manera maravillosa su papel de protagonista. No se contentó con un espectáculo, quiso hacer una fiesta y marcar una fecha de su historia; se ha presentado unánime ante España y el mundo. Cosa nunca vista: a la cita del Congreso concurrió todo el vecindario con una ostensible voluntad de presencia; la ciudad, el suburbio y las barracas lucieron banderas e iluminaron sus ventanas. Mientras el burgués albergaba a los Obispos y sonreía afable a los congresistas extranjeros, el hombre de la Torrasa explicaba, a su manera, las cosas del Congreso a un cura de Cuenca. Con sus puertas abiertas y una ancha sonrisa bajo el sol de mayo, he aquí la ciudad que arrumba de golpe sus incoherencias, se exhibe apretada y desbordante y ofrece a la Iglesia el homenaje popular más lleno, más vivo y espontáneo que pueda alcanzarse en nuestros tiempos estrechos.

Estos días —del 27 de mayo al 2 de junio de 1952— perdurarán largamente en Barcelona como un punto de referencia, como un recuerdo maravilloso y quizá también como una ocasión para bucear en la psicología de una ciudad compleja.

RADIOMENSAJE DE S. S. EL PAPA

Sea por siempre bendito y alabado el Santísimo Sacramento del Altar y la Purísima Concepción de María Santísima, concebida sin mancha de pecado original desde el primer instante de su ser natural.

Venerables Hermanos y amados hijos, representantes de todo el orbe católico que en estos momentos clausuráis en Barcelona las grandiosas jornadas del XXXV Congreso Eucarístico Internacional:

¿Quién hubiera podido pensar cuando, en la tibia primavera de 1938, dirigíamos Nuestra palabra, en la tan hermosa como desdichada Budapest, al XXXIV Congreso Eucarístico Internacional, que en el siguiente íbamos a hacer oír Nuestra Voz desde esta Sede Apostólica, y después de un paréntesis tan largo como doloroso? Cargado estaba el horizonte, y las expresiones que allí se escuchaban eran ya para ponderar lo dichoso que el mundo sería si quisiera seguir las exhortaciones del Sucesor de Pedro en favor de la Paz.

Pero la voz fué desoída, el turbión descargó con estruendo y con estrago, y hoy, de nuevo, el grito angustioso, escapa de todas las gargantas, es el mismo de entonces: ¡La Paz!

¡Cuánto se habla hoy de Paz y de cuán distinta manera! Para algunos, no es más que una formalidad exterior, hecha de palabras, impuesta por una táctica ocasional y constantemente contradicha por sus gestos y sus obras, tan contrarios a todo lo que dicen. Para nosotros no; para nosotros, no hay más que una paz verdadera y posible, la de aquel cuyo nombre es «Princeps Pacis» (Is. 9, 6) y cuyo Reino no consiste en goces terrenales, sino en el triunfo de la justicia y de la paz: «Non est enim regnum Dei esca et potus, sed iustiti et pax (Rom., 14, 17), una paz que se deduce como un imperativo ineludible de la fraternidad y del amor, que brota de lo más profundo de nuestro ser cristiano y que es el supuesto indispensable para otros bienes mayores y de un orden superior.

Os hablamos desde lejos, pero Nos parece que os vemos y que Nuestro espíritu se regocija al contemplar vuestra Asamblea, porque en torno a la Eucaristía todo habla de Paz: el ágape fraterno, el ósculo previo, y hasta el mismo símbolo de muchos granos de trigo. La paz es unidad; pues, ¿dónde ir a buscarla sino en este «Sacramentum charitatis, quasi figurativum et effectivum» (Ib., q. 78, art. 3 ad 6)? Y si como bien sabemos, los enemigos de la paz son la soberbia, la codicia, y en general las pasiones desordenadas, ¿qué mejor remedio podremos anhelar que esta medicina celestial con la cual crece la gracia y las virtudes, somos preservados del pecado, se complementa nuestra vida espiritual (ib. q. 79 et pasim), y, aumentando en el alma la caridad son enfrenadas las pasiones? (Cfr.

Universitat Autònoma de Barcelona
Servei de Biblioteques
Biblioteca d'Humanitats
Sala de Reserves

Leo XIII encycl. «Mirae caritatis», die 28 Maii 1902 - Acta Lenis XIII, vol. 22, 1903, pag. 124.)

España ha tenido el alto honor, justo reconocimiento a su catolicismo íntegro, recio, profundo y apostólico, de dar hospitalidad a esa magna Asamblea, que añadirá a sus fastos religiosos una página que ha de contarse entre las más brillantes de su fecunda historia; y en nombre de la vieja madre España, le ha tocado hacer los honores a la espléndida y próspera Barcelona, de la que no querríamos en estos momentos recordar ni la belleza de su situación, ni su clásica hospitalidad, ni su espíritu abierto siempre a todas las iniciativas grandes, sino más bien su tradición eucarística, cifrada en tres nombres: el Santo de la Eucaristía, que fué San Ramón Nonato; un apóstol de la comunión cotidiana ya en el siglo XIII, que es Santa María de Cervelló, y un alma que subió a todas las alturas de la mística, nutriéndose algunas veces tan sólo de Eucaristía, San José Oriol.

España y Barcelona, o, mejor dicho, el XXXV Congreso Eucarístico Internacional pasará al Libro de Oro de los grandes acontecimientos eucarísticos por su perfecta preparación y organización, por la amplitud y acierto de sus temas de estudio, por la brillantez y riqueza de las exposiciones y certámenes que lo han adornado, por la imponente concurrencia presente, por el sentido católico que lo ha inspirado, especialmente, recordando los hermanos perseguidos, y por el contenido social que se le ha querido dar, tan en consonancia con Nuestros deseos. Pero Nos, deseamos mucho más: Nos queremos proponerlo como ejemplo al mundo entero, para que al veros — tantas naciones, tantas estirpes, tantos ritos — «cor unum et anima una» (Act. 4, 32), pueda comprender dónde está la fuente de la verdadera paz, individual, familiar, social e internacional; Nos esperamos que vosotros mismos, inflamados en este mismo espíritu, salgáis de ahí como antorchas encendidas, que propaguen por todo el universo tan santo fuego; Nos confiamos que tantas oraciones, tantos sacrificios y tantos deseos no serán inútiles; Nos, reuniendo todas vuestras voces, todos los latidos de vuestros corazones, todas las ansias de vuestras almas, queremos concentrarlo todo en un grito de paz, que pueda ser oído por el mundo entero.

«¡Oh Jesús amorosísimo, escondido bajo los tenues velos sacramentales, Cordero divino perpetuamente inmolado por la paz del mundo! Oye finalmente las ardientes plegarias de tu Iglesia, que por boca de tu indigno Vicario, te pide para el mundo el fuego de la caridad, para que en ellas se enciendan la unión y la concordia, y, al calor de éstas, florezca en nuestra tierra árida y desolada el blanco lirio de la Paz!

¡Que la unción de tu gracia — bálsamo escondido, fármaco suavísimo — sane en las almas las desgarraduras producidas por el odio, para que todos se sientan hermanos, hijos de un mismo Padre, que se nutren en una misma mesa, con manjar celestial!

¡Que tus palabras de paz, que el amor que siempre rebosa de tu Corazón inspiren a los regidores de las naciones, a fin de que sepan conducir

a los pueblos que Tú les has confiado, por los caminos de la auténtica fraternidad, base indispensable de toda felicidad y todo progreso!

Hágalo así esa «Moreneta» de Montserrat, Patrona del Congreso y Madre de Cataluña, a la que desde aquí Nos parece ver en su nido de águilas volviendo sus ojos maternales hacia vosotros y bendiciéndoos con todo amor, háganlo San Pascual Bailón y todos vuestros Santos y Angeles protectores; mientras que Nos, rebosando de gozo por haber podido ver en tan calamitosos tiempos un espectáculo tan hermoso como el que habéis ofrecido, os bendecimos a todos, a Nuestro dignísimo Legado, a Nuestros hermanos en el Episcopado, con su clero y pueblo, a todas las autoridades presentes, a cuantos han colaborado generosamente en la preparación y organización del Congreso, a cuantos en este acto final de tan solemne Asamblea, y fuera de él, oyen Nuestra voz; a la ciudad condal, a España y al mundo entero, cuyas ansias pacíficas hallan siempre completa correspondencia en Nuestro corazón de Padre.

CONSAGRACIÓN DE ESPAÑA AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Señor y Dios mío:

Con la humildad que corresponde a todo buen cristiano, me acerco a las gradas de la Sagrada Eucaristía a proclamar la fe católica, apostólica, romana de la Nación española, su amor a Jesús Sacramentado y al insigne Pastor S. S. Pío XII, cuya vida prolongue Dios para bien de su Santa Iglesia.

La Historia de nuestra Nación está inseparablemente unida a la Historia de la Iglesia Católica.

Sus glorias son nuestras glorias y sus enemigos nuestros enemigos. Antes de que en Trento, con la unidad moral del género humano, se proclamase a la Cristiandad el decreto definitorio sobre la transubstanciación eucarística, su Misterio vivía en el corazón de los españoles, y hechos portentosos, frutos de la predilección divina, estimulaban la devoción al Divino Misterio, al Sacramento del Amor. Que ha sido así lo acusa esa maravillosa Exposición de Arte Eucarístico que España ofrece a la contemplación del mundo en este Congreso, en la que no se sabe qué admirar más, si la riqueza y el arte desplegados para el servicio y la honra de Dios, o la devoción de un pueblo que hizo posible tanto prodigio.

El espíritu de servicio a la causa de la Fe católica que venimos a proclamar, no es un mero enunciado: le precede una legión innumerable de mártires y de soldados caídos por esa Fe en reciente Cruzada.

No somos belicosos, Señor; por amaros, los españoles aman la paz y unen sus preces a las de nuestro Santo Pontífice y de toda la Catolicidad en esta hora. Mas si llegase el día de la prueba, España, sin ninguna duda, volvería a estar en la vanguardia de Vuestro servicio.

Recibid, Señor, esta humilde reiteración de fe y gratitud, que, desde lo más profundo de sus corazones, conmigo, los españoles os ofrecen, y derramad sobre los pueblos que sufren tribulación la protección y bienes que en hora similar derramasteis sobre nuestra Patria. Y para nosotros, Señor, iluminad nuestra inteligencia para mejor serviros.

Decid, Eminentísimo Señor, a nuestro Santo Padre, cuál es el fervor de estos hijos de la Iglesia y su voluntad de servicio y sacrificio bajo la égida de la nueva España.

PÁGINAS AZULES

Las *páginas azules* de LAYE ofrecen hoy un tono más azul que de costumbre. Su misión humilde de recoger textos y documentos de interés cultural que escapan a la densa y apresurada información diaria, se realza con la publicación del importante discurso que el Ministro Secretario General del Movimiento, Raimundo Fernández-Cuesta, pronunció en Murcia el día 22 de mayo último. En sus párrafos hallará el lector, bajo conceptos que pueden parecer nuevos —es decir, expresados con palabras de renovado acento— «el eco de las palabras y escritos de nuestros viejos y queridos textos fundacionales».

Si puede hablarse hoy del cambio de coyuntura económica, no es menos cierto que una nueva etapa política se abre ante nosotros. Rehacer la unidad nacional a la salida de una terrible guerra civil, era tarea que requería, ante todo, tiempo, y además, voluntad de comprensión. Rota por abajo, había que restablecer la unidad por arriba «en una síntesis superior del intelecto y de los sentimientos». Y si, como afirma Fernández-Cuesta, nuestra guerra no tuvo una finalidad de revancha, de desquite, sino de destruir todos los obstáculos que se oponían a que naciera la ilusión de esa empresa y la ambición de los españoles por llevarla a cabo», ahora, consolidada en la paz la victoria, se dibuja «una nueva etapa que vivimos plena de ilusiones y de posibilidades». La consigna de esta hora, también la señala el Ministro: «la unidad más amplia posible,... incluyendo todo lo limpio y valioso que en el orden del pensamiento y de la acción se haya dicho o hecho en España; porque ello no es patrimonio de unos o de otros, sino de España misma». Y todavía añade que nuestra tarea es la de «lograr que no se transmitan a las nuevas generaciones las causas de separación de las que hicieron nuestra guerra».

No queremos distraer la atención del paciente lector, alargando más este comentario, cuando, por otra parte, insertamos también a continuación del discurso transcrito, el sugestivo artículo de Rodrigo Fernández-Carvajal publicado hace algún tiempo en «Alcalá», que resulta sumamente oportuno como glosa de aquel texto.

Completan nuestras páginas informativas otros documentos de indudable interés: el discurso pronunciado por el Sr. Ministro de Educación Nacional en la clausura del pleno del Consejo Superior de I. C. y las bellas y justas palabras de homenaje a Ramón y Cajal, del Rector de la Universidad Central don Pedro Laín Entralgo.

DISCURSO pronunciado por el Secretario General del Movimiento, camarada Raimundo Fernández-Cuesta, en el Teatro Villar, de Murcia, el 22 de mayo de 1952.

Han transcurrido dieciséis años desde el día en que hablé en este teatro al de hoy, en que vuelvo a hacerlo. Los cinco camaradas que conmigo vinieron, Julio Ruiz de Alda, Onésimo Redondo, Manuel Mateo, Federico Servet y Esteve, cayeron en la lucha. A su memoria y a la de los que como ellos nos faltan van dirigidas mis palabras, y os pido os unáis conmigo en el recuerdo.

Por eso y por la impresionante acogida de la muchedumbre falangista aquí congregada comprenderéis con cuánta emoción comienzo a hablaros y cuántos recuerdos se agolpan en mi mente pugnando por reflejarse en mis palabras, las cuales quiero sirvan también para demostraros como he seguido a lo largo del tiempo toda la historia de lucha y de servicio de la Falange murciana.

Vengo ahora a ponerme en contacto con vosotros, con ocasión de celebrarse el Consejo de la Vieja Guardia de la provincia de Murcia. Durante tres días habéis trabajado con el mayor entusiasmo, y fruto de esos esfuerzos son las conclusiones que habéis formulado, las cuales, después del debido estudio, procuraré convertir en realidades en cuanto tengan de factible. Yo sé con cuanta ponderación y sentido de la responsabilidad habéis trabajado, y por ello os felicito muy sinceramente.

Estas reuniones entre antiguos camaradas nos proporcionan recíprocas ventajas y recíprocos alientos y un conocimiento de los problemas que después nos permite actuar con mayor entendimiento de la realidad y de sus posibilidades. Sirven también para afirmar la continuidad de una concepción política e ideológica, que prevalece a través del tiempo, no de manera impermeable a las circunstancias de la vida, ni encerrada en un primitivismo hermético, sino constantemente vitalizada por el sol y el aire de cada amanecer.

Nada más entrañablemente grato que reanudar la comunicación verbal con aquellos que compartieron los peligros y las alegrías en las horas de la fundación y nada más natural que hacer una recapitulación al cabo de los años, tan henchidos de acontecimientos, con los que aquí, en Murcia, como en todas las regiones y provincias de España, hicieron posible que la Falange venciera el acoso sin precedentes de todos sus enemgios; pero nada más difícil, por otra parte, que sintetizar en unas cuantas frases todo el cúmulo de facetas que ese diálogo ha de abarcar, y hacerlo con toda sinceridad, con el alma en los labios, sin que entre nosotros se interponga el fantasma de la retórica. Y es igualmente difícil ahogar la tendencia al sentimentalismo, pues el recuerdo de los muertos y la evocación de los que, como Servet, supieron entrar por derecho propio en el terreno de la gloria, hacen inevitable la creación de un clima de emoción entre los que lucharon a cuerpo limpio al lado de los fundadores.

Y es a esos camaradas a los que especialmente me dirijo, no para mutilarles la ilusión de vivir el ensueño de la gran España, sino para invitarles a que examinen con objetividad el inmenso bosque de la España nacida a costa de su esfuerzo, sin que los árboles de su situación o de su fantasía les impida apreciarlo en su realidad y para darles también algunas consignas en esta nueva etapa que vivimos, plena de ilusiones y posibilidades.

Vosotros, camaradas, tenéis que demostrar que la Falange sirve para los momentos de lucha y para los momentos de paz; para derribar un orden caduco y contrario a España, lo mismo que para construir otro nuevo y enraizado con su historia; que sois aptos no sólo para las ocasiones de riesgo físico, sino también para las tareas de la inteligencia y del trabajo; que dejáis huella de vuestra eficacia por todos los terrenos que pisáis, ya estén cubiertos por el asfalto urbano o por el polvo campesino; que sois los mejores no sólo en los puestos públicos, sino en vuestras respectivas profesiones, empleos u oficios, y que habéis sustituído vuestra ardorosa ingenuidad de antaño por una veteranía política que, sin haceros incurrrir en las clásicas intri-

gas y encrucijadas de la vieja política, os da armas bastantes para libraros de los escollos de la realidad y de los ataques de las fuerzas políticas, que son habilidosas y no se resignan a olvidar viejos métodos de lucha. Pero debéis también velar por la defensa doctrinal de la Falange, cuya esencia y cuyo núcleo central estriba en la unidad, pero no en la unidad fundada en el miedo, ni en la fuerza ni en las concesiones, sino en la incorporación de todos los españoles a una gran empresa común, porque nuestra guerra no tuvo una finalidad de revancha, de desquite, sino de destruir todos los obstáculos que se oponían a que naciera la ilusión de esa empresa y la ambición de los españoles por llevarla a cabo.

Para esta unidad nació la Falange y por esta unidad ha luchado; no por el exterminio, ni por el ecleticismo ni la tolerancia, sino por la fusión de las dos mitades en que estaba partida el alma de España, según la frase joseantoniana; porque el afán de justicia social dejase de ser un monopolio de las izquierdas y la defensa de los valores nacionales, espirituales y tradicionales dejase de ser un monopolio de las derechas.

Tolerancia representa admitir un mal a sabiendas de que lo es, y la Falange no admite las izquierdas como un mal que haya de soportar, sino que quiere incorporar lo que en ellas pueda haber de limpio, sano y nacional, a todo lo que igualmente de noble y aprovechable exista en las derechas, en una síntesis superior del intelecto y de los sentimientos. Esa política de unidad es incompatible con el olvido total y con el rencor permanente, con el «aquí no ha pasado nada» y con la obsesión y el esfuerzo por conservar intacta toda la capacidad de rencoroso recuerdo; pero esa política de unidad requiere un ingrediente de tacto y sensibilidad para valorar con acierto y con justicia la subjetividad de cada caso y para no incurrir en bobalicona ingenuidad ni dejarse deslumbrar por simplistas reacciones sentimentales. En la nave caben todos, pero su mando corresponde a los pilotos seguros y experimentados.

La Falange quiere la unidad más amplia posible de todos los españoles, dejando fuera de ellas aquellas zonas infrahumanas de la criminalidad, de la perversidad y de la inmoralidad pública y privada, e incluyendo, en cambio, todo lo limpio y valioso que en el orden del pensamiento y de la acción se haya dicho o hecho en España: porque ello no es patrimonio de unos o de otros, sino de España misma.

La Falange juzga equivocada una concepción de España desde un ángulo visual partidista y monopolístico, que no admita más savia nacional que la que llegue por un solo conducto, siendo así que esa savia puede afluir al corazón de España por varias arterias y canales. Esta política de unidad la ha venido defendiendo la Falange, en una línea de conducta invariable, desde sus días fundacionales; antes de la guerra, con todos los riesgos físicos que tuvo que soportar; durante ella, desde las trincheras de la vanguardia y los puestos de servicio de la retaguardia, a base de una victoria neta, clara y absoluta, y después de la guerra, y sobre todo después de la mundial, defendiéndola como foso infranqueable en torno al Caudillo, cuando muchos querían esterilizarla con sus cobardías y claudicaciones.

Debéis, pues, contribuir como los primeros identificados con esa ortodoxia falangista de unidad a que el crédito de solidaridad española que la Falange inspira no desaparezca, a que las gentes en quienes la guerra y los avatares de la vida han dejado a la intemperie ideológica y política encuentren en nuestra doctrina la posibilidad de reconquistar su equilibrio íntimo espiritual y la posibilidad, también, de entroncar con ella cuanto de noble y español en esas gentes se encierra. Y evitar el que falangistas de bien probada historia, que llevan muchos años consagrados —en paz y en guerra— al servicio de España, se estimen desplazados o anatematizados por haber defendido esta política de unidad, así como lograr que no se transmitan a las nuevas generaciones las causas de separación de las que hicieron nuestra guerra.

Nadie vea en mí pretensiones de definidor; este papel es arriesgado y requiere títulos especiales para ejercerlo. Mis palabras no son sino el eco de las

palabras y escritos de nuestros viejos y queridos textos fundacionales, corroboradas por las no menos queridas y respetadas de nuestro actual Jefe Nacional.

Pero la unidad tiene otra faceta muy importante, a la que he aludido en ocasión reciente y a la que deseo referirme en la actual para puntualizar mi pensamiento: la unidad de las clases. Dije entonces —y repito ahora— que si, por razones de justicia que nacían de la más íntima y pura ortodoxia falangista, nuestro Movimiento ha realizado una política social en defensa del trabajador —política que es uno de sus más legítimos títulos, en la que hay que continuar sin desmayo, y que, siguiendo las orientaciones del Caudillo, ha encontrado su mejor ejecutor en el gran camarada que rige el Ministerio de Trabajo desde hace más de once años—, esas mismas razones y esa misma ortodoxia piden una análoga preocupación por el problema de las clase medias, sin los medios propios de defensa de las altas ni los que proporciona a las bajas la fuerza de la coalición y la experiencia revolucionaria, quedando así abandonadas al heroísmo callado de la lucha individual, sin conciencia de su propio valer político y social. Una preocupación no excluye la otra; las dos son necesarias, las dos están integradas en el todo armónico de la unidad social. Hay que evitar a todo trance el complejo de resentimiento; hay que disipar en el individuo y en los grupos sociales la creencia del abandono y del menosprecio, el que unos se consideren tratados peor que los demás.

En 1936 se nos presentó la ocasión trágica de optar por varias Españas: la roja del marxismo, la reaccionaria de los grupos privilegiados, la sosa y sin brío de los indiferentes y abúlicos. En esa dramática opción, la Falange no podía elegir por una ni otras; tenía que hacerlo por la única conforme con la razón de su propio existir: por la España social, nacional, católica y unida.

Nuestro deber es afianzarla evitando todo viraje a la derecha o a la izquierda, que representaría la esterilidad de sus esfuerzos; continuar satisfaciendo los afanes de renovación y de justicia que laten en la sangre de tantos miles de españoles, formados en los principios de nuestro Movimiento. Y esos miles de españoles no son solamente obreros y campesinos, sino también profesores y universitarios, funcionarios, etc.; todos esos millares de hombres que creen en la verdad de nuestra doctrina, en la necesidad de realizar una verdadera transformación en la vida de España de una manera ordenada y rápida, para evitar que se realice de una forma trágica y violenta. En esta hora de indudable ilusión política que vivimos, en esta hora favorable por una serie de razones y circunstancia, entre las cuales destaca el estar recogiendo los frutos de nuestros esfuerzos, hemos de evitar a todo trance que esas ilusiones, esos entusiasmos, puedan degenerar en escepticismo o indiferencia, o que se vayan detrás de otras banderas más sugestivas que las nuestras. Lo pequeño, lo anecdótico, las intrigas políticas, no les interesan a los españoles. Lo que les interesa es que no se interrumpa el ritmo de nuestra Revolución Nacional y que ésta llegue a todos los hombres, a todas las clases y a todas las tierras de España.

Pero la Revolución Nacional, tal como nosotros la entendemos, no consiste tan sólo en la creación de unas instituciones, en la dignificación de un Estado, en la reconstrucción de una Patria, en la elevación del nivel de vida de los españoles y en el respeto a los sagrados derechos de los más débiles ante el despotismo de los más fuertes. La Revolución es, además, la transformación de una sociedad, la creación de un nuevo clima que haga sentirse a todos los españoles partícipes y protagonistas de una gran empresa nacional.

Por eso no es bastante con que se haya iniciado la creación de una gran industria o de una gran agricultura; no es bastante el esfuerzo que en este orden haga el Estado, si no sabemos hacer surgir entre los hombres del campo y de la ciudad colaboradores que se cuiden, y aun mejoren con su iniciativa, con su dinero, con su genio personal, la obra del Estado, que, por poderoso que sea, necesita de una co-

laboración social igualmente ambiciosa y revolucionaria. Y lo mismo podría decirse con relación a todas las demás actividades de la Nación, y así, por ejemplo, en el orden comercial, es preciso ayudar a la obra del Gobierno en la batalla de los precios, combatiendo el agio y la especulación. Saltarán quizás arruinados los comerciantes de ocasión, los que mantienen su negocio sobre bases inmorales y falsas; pero volverá a renacer el prestigio de los que han hecho y hacen del trabajo un medio honorable de la vida, en vez de un instrumento de combate de la salud y del bolsillo de sus semejantes. La lucha es difcil, ya lo sé, porque si bien es verdad que no os halláis solos como antes, ya que tenéis en esa tarea el apoyo ciego del Caudillo, también es verdad que ahora no se trata de vencer a un enemigo que ofrece batalla o dispara sus pistolas, sino que, por el contrario, os brinda sus sonrisas u os tiende las manos un enemigo invisible, de poder enorme, que funda su potencia en la ambición, en el egoísmo y en el afán de enriquecimiento, y en las debilidades humanas.

Cada hora tiene su afán. Cada etapa de la vida de la Falange, su exigencia. Y así como supisteis ganar la batalla del Frente Popular y la del frente universal, de la que estamos a punto de salir ilesos, sin más heridas que nuestro sacrificio y el dolor que produce la incomprensión de nuestra más reciente Historia, también saldréis ahora victoriosos en este tercer frente, demostrando una vez más que la Falange ha sido y es instrumento de la política más útil que ha existido en España, y ello siempre en beneficio de todos los españoles. La Vieja Guardia, pues, no puede quedar reducida a ser un museo arqueológico o un archivo de glorias pretéritas, sino el espejo que refleje la imagen del falangista ideal. La Vieja Guardia debe tener siempre en cuenta que su conducta sirve de módulo para valorar las virtudes y los defectos de los demás falangistas y que, por tanto, si es grande la autoridad moral que tiene entre nosotros, también es grande la responsabilidad que pesa sobre sus hombros.

Camaradas de la Vieja Guardia, jóvenes escuadristas de hace veinte años y hoy veteranos de una historia cuajada de servicios: Os agradezco vuestra presencia aquí, vuestro enorme entusiasmo, que haré llegar al Jefe Nacional; os felicito por vuestros trabajos, y me separo de vosotros con la fe aún más arraigada en la verdad de la Falange y en la seguridad de que no defraudaremos nunca a aquellos españoles que han creído en ella. ¡Arriba España!

CONTRAMOVIMIENTO

Por Rodrigo Fernández Carvajal

A fin de cuentas, el éxito de una empresa política debe medirse por su capacidad para modificar la mentalidad social media. No se trata de actuar sobre ella mediante un «control de pensamiento», al estilo ruso, sino de situarla en unas condiciones que favorezcan el desarrollo de ciertas tendencias y de otras. Si esta modificación de la mentalidad social media no se logra volverán a abrirse, a la larga, las grietas que la empresa política vino a reparar. Esto son habas contadas, como suele decirse. O se airean los espíritus, precisamente los espíritus, o la casa se cae.

Se sigue de aquí que el éxito del Movimiento Nacional debe medirse, ante todo, en cuanto haya logrado borrar de las cabezas españolas la propensión a contemplar nuestra realidad nacional, tanto en su actualidad como en su historia, a través del prisma de la división entre derechas e izquierdas. No basta con haber aquietado las luchas externas nacidas de esta división, sino que es necesario perseguirla hasta la hondura de la psicología nacional. Para lo cual hay que empezar esclareciéndola, dibujándola. Con ser tan grave la lesión, apenas si hemos aplicado a ella la radiografía.

Derechas e izquierdas son posiciones políticas y mentales correlativas, de tal modo que cada una de ellas postula y requiere la otra. Si hay derechismo habrá también, en estado más o menos latente, izquierdismo. Si la izquierda impera surgirá en escena la

derecha por la misma necesidad de compensación mecánica. Lo cual nos remite a un suelo común en el que ambas *hunden sus raíces.*

Creo que este suelo común es el malísimo hábito español de desorbitar la pugna política, asimilando a ella en última instancia todas las pugnas de nuestra vida social. No hace mucho vimos en la polémica sobre la Exposición Bienal con qué seguridad asombrosa se adscriben en bloque determinadas posturas artísticas a determinados campos políticos. Aquí hay, me parece, algo más que la consabida discusión entre tradicionalistas e innovadores; hay une especie de defecto óptico que nos impide ver la realidad ordenada en varios planos sucesivos. El español, dominado por la división entre derechas e izquierdas (no por las estructuras sociales hijas de esta división, hoy afortunadamente suprimidas, pero sí por espíritu), tiende fatalmente a no reconocer la existencia de una serie de valores múltiples, cada uno con su propia sustantividad, sino tan sólo la existencia de una serie de trámites y apariencias que conducen a un último valor esencial. Esto nos recuerda, por muy lejanos que parezcan, a Freud y a Marx. Así como para éstos la vida cultural, incluso la más alta, es disfraz de la líbido o de la economía, para el español de derechas o de izquierdas la vida cultural es disfraz de una subyacente actitud política.

El primer propósito de nuestro Movimiento —si lo entendemos como tal— debiera ser, por tanto, fomentar intereses y fruiciones en torno a cada zona particular de la vida impedir las hipostasías simplemente convirtiéndolas en una sola. Bajo el ataque al arte nuevo hay, ante todo, una atrofia del órgano contemplador de las formas artísticas. Como no se echa mano de un arsenal de conceptos extraños para enjuiciar las posturas de conservadurismo o de rebeldía que broten en *torno a ellas. Y lo mismo pudiéramos* decir de los problemas intelectuales, económicos, administrativos. Todo el que no reconozca personalidad propia al terreno en que estos problemas se debaten tenderá a aplicarles categorías exclusivamente políticas, con lo cual les infundirá una gravedad y virulencia excesivas. Los españoles somos en esto como jugadores de rugby que un *día puestos ante un tablero de ajedrez,* comenzaron a darse cargas.

Cuando José Antonio decía que la Falange era «una manera de ser», seguramente tenía «in mente» esta primera virtud de la discreción, de saber trazar fronteras entre las varias regiones de la vida y de rendir a cada una de ellas el trato debido. José Antonio era un hombre con una gran variedad de fruiciones con un sistema de intereses extraordinariamente rico. Aquí está la razón de su equilibrio. Sobre la política posaba únicamente una mirada política, no enturbiada por la visión de otras batallas y otros problemas. Su espíritu, capaz de vibrar ante muchas cosas valiosas, no tenía esa especie de tenacidad ahondadora de la división que distingue al nombre de partido. Si no se tiene en cuenta el entusiasmo con que vivía la profesión de abogado, el arte nuevo, el refinamiento social, incluso, no podrá comprenderse el íntimo sentido de su obra. El fué, para decirlo en cifra, el primer español que antes de ponerse a componer a España se hizo sangrar, es decir, supo aligerar el espíritu de las congestiones apoplécticas con que el simplista hombre de partido aborda esa tarea. Y el problema de España, el tan comentado problema de España, acaso está en que tenemos muy pocos hombres sangrados, muy pocos hombres que sepan abrir sus venas sobre la deslumbrante variedad de fruiciones —estéticas, intelectuales, prácticas— que se nos ofrecen a uno y otro lado del camino.

Es tan urgente remediar esta escasez que casi abogaríamos porque se creara un «Ministerio de Fomento de la fruición». Nuestro equilibrio nacional exige que se desvíen riadas de interés hacia las cosas concretas. Si no, seguiremos agolpando todo nuestro dinamismo en una sola dirección y su mismo exceso *le hará estéril. De las flechas* del haz, una debe apuntar a la política, y las otras cuatro a cualquier otra parte; este es —paradójicamente— el único modo de que el blanco político sea tocado.

A la luz de este análisis puede de-

ducirse en qué medida la raíz de la dicotomía de izquierdas y derechas está hoy todavía viva en España. Las raíces —nótese bien— pueden no estar ramificadas, pero su existencia misma apunta a la ramosidad en que luego se divide el tronco. Es posible que hoy día en España haya una actitud política sustancialmente ecuánime, pero apuntará hacia una posible disesión futura en tanto no se integre dentro de un amplio sistema de intereses y fruiciones. Postula la división, por consiguiente, todo desconocimiento de la realidad sustantiva de algún valor parcial. Lo cual vale tanto como decir: todo planteamiento inadecuado de algún problema concreto. *Es formalmente partidista y contribuye como tal a desgarrar a España, aunque sea de modo inconsciente, todo planteamiento exclusivamente político de cualquier problema cultural, administrativo o económico.* Una cosa es reconocer los puntos de tangencia entre estos campos y otra, muy distinta, es superponerlos.

Por nuestra desventura, los confusionismos son escandalosos. Durante todos estos años hemos estado en España sacando a colación los dogmas políticos más graves para cualquier cuestión concreta, manoseando los vasos sagrados con la insensatez de algunos sacristanes. Las repercusiones de este modo de proceder sobre la mentalidad social media no pueden ser peores: el sistema personal de fruiciones e intereses por las cosas resulta estragado, abortado. En vez de fomentar la capacidad de discernimiento entre los diversos valores autónomos (siempre relativamente autónomos, claro está, no es preciso repetirlo) fomentamos su freudiana o marxista reducción a un valor único, al valor político entendido como valor total. O sea, que nos instalamos alegremente sobre el suelo común en el que derechas e izquierdas se arraigan.

En la medida en que este hábito de confusión haya prosperado, el Movimiento no ha logrado sus frutos. El ha sido, exactamente, el contramovimiento.

DISCURSO del Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional en el acto de la clausura de la XII Reunión Plenaria del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Señor:

Sea mi primera palabra de agradecimiento por vuestra presencia en este acto.

Nuevamente habéis querido honrar este hogar y a cuantos en él se consagran, con silenciosa tenacidad, al enriquecimiento del saber científico. Lo venís haciendo año tras año, como para dar una muestra tangible de vuestro firme apoyo a una empresa que nació de vuestras altas inquietudes por el engrandecimiento de España. Empresa en la que encontrasteis la cooperación esforzada y decidida de mi predecesor en el Ministerio de Educación Nacional, el ilustre profesor Don José Ibáñez Martín, a quien quiero tributar ahora, con vuestra venia, un cálido elogio por el ardor que puso en la constitución y en el primer desenvolvimiento de esta obra y por la incansable dedicación con que hoy, eximido de otras tareas y lealmente secundado por un conjunto de excelentes colaboradores, se consagra a su perfeccionamiento.

Mas esta alentadora presencia Vuestra, hoy y aquí, tiene a mi entender un más profundo significado. Y es el de marcar que si las personas de vuestros colaboradores pueden irse relevando en el cumplimiento de la obligación de servicio a España, a la que Vos les llaméis, no cambian fácilmente, como en tiempos pretéritos, sino que se afirman y fortalecen las Instituciones surgidas bajo vuestro mando.

Así, este Consejo Superior de Investigaciones Científicas, es ya más que el punto de convergencia de unos nombres y de unos esfuerzos individuales. Ha ganado categoría social y jurídica de institución viva y actuante. Es ya, simplemente, un pedazo de España.

Mucho sufrió, en verdad, nuestra Patria, por aquel tejer y destejer con que se fué dilapidando su caudal histórico. Mucho sufrió, en concreto, la política educativa por la falta de estabilidad y de permanencia de órganos, planes, instrumentos y sistemas. Se ha insistido muchas veces en que uno de los capitales problemas de España es el de la insuficiencia de «estructuras

sociales» que den estabilidad a las distintas parcelas de la vida nacional. Necesita España un tejido de Instituciones que actúen como pilares profundos contra los que se quiebren las viejas tendencias disgregadoras y en las que se afiance, hacia el futuro, la vigencia de los altos valores espirituales que son el alma misma de nuestro Movimiento Nacional. En esta serie de Instituciones que España requiere y que Vos, Señor, vais incansablemente creando, ha de haber unas, de primordialísimo rango, consagradas a la elevación y al enriquecimiento de la cultura de nuestro pueblo.

Una gran cultura —insiste Ramiro de Maeztu— no es nunca producto de la improvisación, sino hija del esfuerzo, fruto de prolongados y pacientes trabajos en los que concurren, de una parte —y parte principalísima, ciertamente—, la vocación intelectual y la facultad creadora de unos hombres singulares y concretos, con nombres propios; y de otra, la fuerza y la estabilidad de un conjunto de Instituciones: Universidades, Centros de Investigación, Academias, Escuelas...

Cada uno de estos dos elementos tiene, dentro del conjunto, una importancia singularísima. Una Cultura se empobrecerá o quedará retardada, respecto a su modo histórico, si fallan sus Instituciones o si los hombres que las animan no alcanzan la altura de los tiempos. La ausencia de una Universidad fiel a su auténtica misión y en forma para cumplirla, se ha dejado notar durante muchos años en la vida española. La carencia también de otros Centros o Institutos Científicos complementarios, agravó el proceso y dejó huellas en campos muy diversos de la existencia nacional. Y es que los hombres aislados, laborando solitariamente, por grande que sea su genio creador o su capacidad de trabajo, no podrán desplegar toda la potencia de su espíritu, sobre todo en el campo de la investigación científica, si no cuentan con aquel conjunto de medios cada vez más complejos y costosos que las técnicas actuales requieren y si no trabajan en equipo con un cuadro elegido de colaboradores.

Habrá que estar, ciertamente, en guardia contra los posibles abusos de sistematización, contra el riesgo de caer en una reglamentación exagerada de la actividad investigadora, como de cualquier otra actividad de índole espiritual, que se esteriliza o deforma cuando se la somete a excesivas normas jurídico-administrativas. No queremos burocratización ninguna, ni de la política ni menos aún de la cultura. Queremos una institucionalización flexible y ágil, en una palabra, humana; y además, con conciencia de que no todas las manifestaciones culturales y científicas requieren, ni toleran, en igual medida una estimulante organización.

En suma: si venimos preconizando una estructuración jerárquica e institucional de la Enseñanza y de la investigación no es para encanijar la ofrenda personal, individualizada, de cuantos sientan afán de contribuir al desarrollo cultural, sino cabalmente lo contrario; es decir, para asegurar un sustrato material mínimo, un punto de apoyo objetivo sobre el que se asiente y desde el que arranque y vuele, de decidida y jubilosa manera, el espíritu creador de los hombres de ciencia.

A estos propósitos ha querido responder el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que rebasa ya los doce años de plenísima y fecunda entrega a su idea fundacional. He aquí sus primeros frutos: una permanencia, una tarea cumplida, un conjunto de hombres ligados por la obra que hicieron, por el acicate del trabajo presente y por la ilusión conjugada de las conquistas futuras. Me complazco, pues, Señor, en subrayar aquí que aun cuando hubo relevo en la cartera de Educación Nacional de España, no se ha producido hiato ninguno, solución de continuidad, en el interés y en el desvelo por esta institución que por ser muy Vuestra, merece que cualquiera de nosotros cuide de ella gozosa e ilusionadamente.

No tendría derecho a ocupar durante demasiado tiempo la benévola atención de Vuestra Excelencia y la de todos cuantos hoy nos enaltecen en su compañía, muy especial las altas Jerarquías de la Iglesia y del Estado y los ilustres Embajadores o Ministros de países amigos, con un recuento minu-

cioso de las realizaciones de este Consejo, máxime cuando ya dió adecuada noticia de lo más reciente y relevante su Presidente efectivo.

Me importa, en cambio —si bien sea con la gravedad que impone el respeto que se Os debe—, fijar la mirada en los posibles perfeccionamientos de nuestra tarea. Porque no tenemos, Señor, ni en esta ni en tantas otras cosas de nuestra órbita de acción el gozo de la obra acabada. Sabemos —y eso nos alienta— que lo realizado es mucho, más de lo que a simple vista se descubre e infinitamente más de lo que quisieran los eternos detractores de la empresa española. Pero mucho más lejos —y con mayor verdad y justicia— que a donde puedan llegar algunas críticas, va nuestra propia satisfacción, nuestro afán de mejora y de plenitud. Para lograrla, no nos negamos a oír lo que pueda haber de legítimo en los juicios ajenos. Quisiéramos que la política de nuestra generación mereciese el dictamen que Saavedra Fajardo diera a la del gran Rey Don Fernando, en cuyo centenario estamos: que fué política de un hombre que supo escuchar. Saber escuchar no es caer en pseudodemocráticas beaterías ni mucho menos en demagógicas ingenuidades, sino oír la voz profunda, como de siglos, de ese cuerpo místico que constituye la Nación; descubrir sus radicales anhelos, y pulsar, en suma, su cotidiano latido, sin que entre la mano del gobernante y el ser mismo de la Patria, se intercalan los artificiosos instrumentos de la pequeña política profesional.

Tratemos así de percibir, por unos momentos, cuáles pueden ser los *puntos perceptibles de nuestra tarea.*

Primero. — *Aumento del esfuerzo.* Se dice a veces que la investigación científica no ha alcanzado aún en nuestra tierra todas las metas de su deseable desenvolvimiento; que aun quedan importantes parcelas del saber científico puro o de las técnicas de aplicación a las que la acción del Consejo no ha llegado o no lo ha hecho con la intensidad conveniente. Por otra parte, se añade que no hemos logrado todavía dar al investigador una «autosuficiencia económica» que le permita consagrar la plenitud de su tiempo a la obra científica, en vez de compartirlo con el ejercicio profesional, y aun con otras actividades grandemente alejadas de su vocación específica. Incluso, se nos señala el riesgo de que algunos de nuestros jóvenes investigadores más capacitados puedan dejarse seducir por el señuelo de las remuneraciones holgadísimas que les brindan desde otras riberas del Atlántico... A esto último cabría responder, en primer término, que no nos duele la presencia de nombres de científicos españoles en otras latitudes y, por otra parte, que tenemos plena confianza en esta juventud nuestra tan llena de ilusión por la Patria renaciente, sabrá renunciar a ciertos márgenes complementarios de bienestar material, con tal de seguir prestando en Instituciones, tal vez más modestas pero españolas, rotundamente españolas, su abnegado esfuerzo.

No queremos descargar, sin embargo, sobre esas dos recias razones nuestra grave obligación de corresponder a la actitud abnegada de nuestros investigadores. Queremos, por el contrario, poner con urgencia en práctica las fórmulas necesarias para que todos ellos puedan encontrar en nuestras Universidades y en nuestros Centros complementarios de investigación, aquel nivel humano de dignidad y de eficacia que la trascendencia de su misión exige. Pero ésto, como el otro aspecto, es decir, el hacer llegar la investigación organizada a los distintos rincones del territorio español y a los diferentes repliegues del campo de la Cultura, está condicionado a las posibilidades financieras del Estado y debe atemperarse al crecimiento de nuestra renta nacional.

En este punto, desde 1939 el esfuerzo del Estado no cejó un instante en su marcha ascensional. Subrayamos simplemente que este Consejo Superior de Investigaciones Científicas en los doce años cumplidos de su vida, invirtió de sus propios fondos unos 363 millones de pesetas, a los que hay que sumar las cantidades que, procedentes del Presupuesto general del Ministerio de Educación, se dedicaron también a instalaciones del Consejo (como Edificio Central, Institutos de Optica, Edafología, Farmacognosia, «Torres Quevedo», etc.), dando una cifra total de

407.000.000 de pesetas, consagrados en un 81 por 100 al sostenimiento de la labor investigadora, pues sólo 40.000.000 —es decir, el 9 por 100 del gasto total— fueron empleados en la adquisición de solares, obras e instalaciones.

Es ya un paso notable, sobre todo, si se le compara con lo que se dedica a otros aspectos de la Educación; notable, pero aún no suficiente. El crecimiento general de nuestra industria y nuestra agricultura, tan incansablemente propulsados por Vuestra Excelencia y sus Ministros, en el decenio último; el aumento de nuestra población; la mayor responsabilidad que España va tomando en la política internacional; la apertura de nuestras Universidades a un número creciente de alumnos, no sólo españoles, sino también hispanoamericanos, árabes y aun de algún país europeo; el afán firmísimo de nuestras juventudes obreras de adquirir una formación profesional más alta; todas estas realidades innegables y todos estos signos esperanzadores del crecimiento nacional, nos imponen la insoslayable carga de incrementar, en la medida de nuestras posibilidades, la proporción de los recursos económicos que se emplean en el perfeccionamiento de los Centros docentes y de investigación y de todos los órganos que contribuyan a la Cultura de nuestro pueblo. Así, las generaciones que vengan después de la nuestra tendrán que agradeceros, Señor, no sólo el número impresionante de metros cúbicos de agua embalsada y difundida luego por nuestros regadíos, o de Kilovatios hora que muevan nuestras máquinas, o los centenares de kilómetros de vía férrea y de autopistas que faciliten nuestro transporte, sino, sobre todo, el número de inteligencias y de voluntades que hayan sido iluminadas y fortalecidas por el esfuerzo que Vos, Señor, y vuestros Gobiernos, hubieran realizado para que el pueblo español vuelva a tener en sus manos, como en sus mejores siglos, la insignia capitana de la cultura de Occidente.

Segundo.—*Intensidad más que extensión.* No renunciamos, pues, a ese panorama de ampliaciones y de conquistas nuevas. Pero, conscientes de la necesidad de atemperarnos al ritmo que imponga el grado de desenvolvimiento de nuestra riqueza y la ordenación de nuestra Hacienda pública, hemos de tener la voluntad ascética de renunciar a lo superfluo, o, al menos, de jerarquizar nuestras urgencias. Venga aquí, otra vez, la voz aguda de nuestro Baltasar Gracián: «Pagarse más de intenciones que de extensiones. No consiste la perfección en la cantidad, sino en la calidad. Todo lo muy bueno fué siempre poco y raro: es descrédito lo mucho... Estiman algunos libros por la corpulencia, como si se escribiesen para ejercitar antes los brazos que los ingenios. La extensión sola, nunca pudo exceder de medianía y es plaga de hombres universales, por querer estar en todo, estar en nada. La intesión de eminencia, y heroica si en materia sublime» (Oráculo Manual).

Recojamos, pues, su advertencia. Concentremos gradualmente nuestros esfuerzos sobre los objetivos esenciales. Un árbol, en este caso el árbol robusto que simboliza al Consejo, puede ganar fortaleza y vigor con ciertas podas o recortes que permitan el crecimiento más rápido de aquellas ramas que más importen para el mejoramiento de nuestra Ciencia o para la proyección de un influjo secundario sobre esta o la otra parcela de la Economía nacional.

Así convendría aligerar en esta, por tantos títulos, benemérita Institución, aquellas actividades que no sean, al menos de modo inmediato, propias de la investigación, sino más bien de índole docente o de extensión y difusión cultural, como, por ejemplo, los Cursos para extranjeros, la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, las Misiones pedagógicas, las Bibliotecas escolares y otras de índole similar, haciendo que, sin perder su contacto con este órgano propulsor de la investigación, se articulen más directamente con otras facetas de la actividad específica del Ministerio.

Además, habremos de cargar el acento sobre aquellos aspectos de la actividad investigadora que más valiosos resulten en el actual momento histórico. Y ello no con criterio pragmático y utilitario, sino de objetiva valoración. No se trata —y menos en esta tierra

nuestra tan llamada por Dios a la especulación causal y ontológica— de dar prioridad ninguna a la investigación aplicada sobre la investigación pura. Ambas no son más que dos aspectos distintos de una única realidad. Las más eficaces realizaciones, por ejemplo, de la industria pesada, se han beneficiado del estímulo perfeccionador de la Ciencia pura, como, a su vez, las necesidades de este o del otro aspecto de la vida nacional —piénsese, por ejemplo, en la experiencia militar de la pasada guerra mundial y en las urgencias de la postguerra—, fueron acicate para nuevos rumbos en la investigación de las leyes y de los procesos de la Física y de la Química.

De lo que se trata aquí ahora, simplemente, es de subrayar que ha de importarnos siempre más la *intensidad* de la actividad investigadora, que su *extensión*; más que el aparato externo y el cuadro administrativo, la ayuda al investigador, esté donde esté y trabaje dónde trabaje, ahorrándole su tiempo, eximiéndole de solemnidades y de reuniones que puedan dañar a su plena y auténtica consagración científica; dándole, en suma, el cauce y el estímulo para que no sea infiel a su esencialísima vocación. No se trata tanto de suprimir Centros e Instituciones, cuanto de reajustarlos, reordenar su estructura en búsqueda de su mayor eficacia. No queramos política suntuaria para la Universidad o para cualquiera de los otros Centros docentes, ni tampoco, claro está, para la Investigación. Entiéndase bien: si un mínimo de bienestar económico es necesario — según el Doctor Angélico — para que el hombre ejercite la virtud, también un mínimo de dignidad y de bienestar material, se requiere para la obra de la Cultura. En escuelas desvencijadas, en laboratorios desordenados, en Facultades universitarias sombrías o en despachos sin aire ni luz, no tiene fácil vuelo el espíritu. Una cierta etapa de construcciones materiales, de levantamiento de edificios, de perfeccionamiento de instalaciones, era necesaria y sigue siéndolo en toda la ancha faz del territorio nacional, en lo que a la docencia y a la investigación concierne. En este aspecto resultan desorbitados ciertos juicios discrepantes que se hayan podido dirigir. Basta reflexionar sobre las cifras que antes leí. Mas sí podemos tomar ocasión de esos juicios — pensamos sobre todo en las demás necesidades urgentes que el Estado debe cubrir en cualquier otro de los aspectos de la vida nacional — para insistir en la conveniencia de acompasar nuestro explicable deseo de nuevas y más dignas edificaciones, a las posibilidades de nuestra Hacienda y concentrar, en cambio, toda la atención posible al contenido de nuestros Institutos, es decir, al material científico puesto al día y capaz de satisfacer las necesidades actuales de la investigación; a los libros y revistas que traigan a nuestros hombres el conocimiento de lo que se hace más allá de nuestras fronteras y a la remuneración y beneficio de nuestros Catedráticos, Profesores adjuntos e investigadores.

Igualmente en el orden, por ejemplo, de las publicaciones, hemos de preferir siempre la calidad a la cantidad; reajustar, en la medida en que no dañe al propio trabajo científico, el número de revistas; fomentar la concisión; restringir lo que no sea materia de pura curiosidad histórica o de actividad ensayista, o de generalizaciones divulgadas.

Incluso hemos de aspirar a que la producción editorial del Consejo — y así se ha decidido en este mismo Pleno —, tienda a substituir por sí misma, como la producción de material científico, de aparatos e instrumentos para la docencia y para la investigación. Siempre el Estado —¡único verdadero Mecenas que va quedando en el mundo!— tendrá que asumir la carga, al menos la carga inicial de aquellos gastos indispensables para la edición de obras científicas o para la construcción de aparatos valiosos que por su coste o por falta de rentabilidad, queden abandonados por la iniciativa privada, de índole comercial. Pero sin que ello exima al Estado mismo de emplear criterio económicos en todas las actividades que acometa en interés mismo y como garantía de su estabilidad.

Tercero. — *Colaboración social.* Demos un tercer paso en este somero análisis. Porque no bastará con aumentar

en la medida de lo posible los recursos que el Estado consagre cada año a la obra de la investigación, ni tampoco con ordenar, según la jerarquía de su valor y apremio, esas inversiones. Será menester, además de todo esto, el despertar en toda la órbita nacional, un *afán de colaboraciones*. En la órbita nacional, digo, y aun diría en la internacional, pesando sobre todo en esas tenaces y ejemplares colectividades españolas de Hispanoamérica, a las que cordialmente llamamos para que contribuyan a nuestro esfuerzo.

No es que el Estado quiera lanzar sobre otros hombros el principal peso de estas cargas. La impresionante envergadura de las mismas, hace que el Estado tenga que estar aquí, como en otros campos, en incómoda vanguardia.

Desde un punto de vista teórico puede concebirse que el Estado, en lo que respecta a la organización de las investigaciones, adopte una de estas tres posturas: la absorción totalitaria, el abstencionismo riguroso y la coordinación o ayuda dirigida.

Pero mientras que la segunda de estas posturas, es decir, la propia del liberalismo radical, resulta ya anacrónica o envejecida y va quedando abandonada en todas las latitudes, triunfa en cambio la primera, es decir, la de la intervención plenaria y absorbente del Estado en aquellos países que sufren el dominio marxista. Así en Rusia —y por extensión en las desgraciadas naciones de su órbita de influencia, más allá del telón de acero—, la concepción materialista de la Historia al romper la gradación de los fines auténticos de la vida humana, ha llevado hasta la entraña de las investigaciones industriales o de las tareas biológicas, la obsesión de los objetivos políticos colectivistas. La Ciencia, como las Bellas Artes, caen en servidumbre de «la razón del Estado». Este error fundamental falsea los métodos de la actividad estética e intelectual del hombre, cercena la libertad creadora del espíritu y agota su fecundidad.

Pero, también aquí, como en toda caricatura —en este caso, caricatura monstruosa y sangrienta— hay un fondo de verdad. Fondo de verdad de la mejor Filosofía cristiana, del Derecho y de la Política, que los hombres de Europa fueron dejando romper. Y es la necesidad de que el Estado promueva, con todos los medios lícitos a su alcance, el bien común, el bienestar, el enriquecimiento material y espiritual de la comunidad; bien común que no anula, ni siquiera constriñe, el desenvolvimiento de la personalidad individual y de los grupos sociales intermedios, sino que es el ambiente, el clima, que hace posible su perfeccionamiento. De ahí que el Estado, frente a la Investigación científica, como a cualquier otra de las actividades humanas, deba tener —y es la única visión verdaderamente cristiana de la sociedad y de la Historia— una intervención de estímulo, de complemento y de coordinación.

Así Francia reorganizó, en 1945, su «Centre National de la Recherche Scientifique», dándole personalidad jurídica y autonomía financiera y extendiendo su ámbito de acción. En la misma fecha, Italia instituye y define como órgano del Estado el «Istituto Nazionale delle Richerche». Cuatro años más tarde, Alemania recoge en el «Deustscher Forschunsgrat», en régimen de libre y espontánea asociación, el esfuerzo de los antiguos núcleos investigadores. Un año después, Holanda establece su organización de Investigaciones científicas Puras, y en el intervalo son la Unión de Estados de la India, en 1947; la Dieta japonesa, en 1948; Filipinas, en los albores de su independencia política; el Estado de Israel, al día siguiente de su constitución; la heroica Finlandia, en pleno período de su resurgimiento nacional... y tantos otros pueblos los que se deciden a que el Estado presida y coadyuve con sus amplios recursos, al desarrollo de la Investigación.

Especial mención merecen en este aspecto precisamente, por su historia política, Inglaterra y U. S. A. La primera, tiene confiada a la dirección del Lord Presidente del Consejo, tres Comisiones del Consejo privado: una para la investigación científica industrial, otra para la investigación médica y una tercera para la agronómica. Y desde el pasado año, aquel Magistrado cuenta, además, con la ayuda del Con-

sejo Asesor de Política científica, encargado de coordinar las actividades de los Centros de investigación pertenecientes a los distintos Departamentos ministeriales de su país. Más claramente aún en los Estados Unidos donde en mayo de 1950 se creó la «National Science Foundation», que ha de servir, según la ley fundacional, para «promover el progreso de la ciencia, para mejorar la salud, la prosperidad y el bienestar; para asegurar la defensa nacional y para otros proyectos similares.

La creación, pues, en España de nuestro Consejo Superior de Investigaciones Científicas en el año 1939 es, una nueva confirmación, y confirmación espléndida, de la agudeza con que Vuestra Excelencia supo intuir a tiempo las mejores rutas del progreso histórico.

Pero, si el Estado no puede rehuir esa carga, debe, en cambio, compartirla con los distintos grupos o sectores sociales a quienes muy directamente interesa e incumbe. Con razón ha escrito el Profesor Albareda —ejemplar Secretario de este Consejo— que la investigación científica no puede ser monopolio de nadie, sino fruto de la conjugación de todos los esfuerzos. El del Estado, debe ser alentado y compartido por nuestra sociedad, con demasiada frecuencia indiferente a tareas de este tipo. Ya hay elogiables excepciones, tales como la contribución de varias empresas al Patronato «Juan de la Cierva», o el ejercicio de importantes mecenazgos privados, como las fundaciones Urquijo, Valdecilla y otras análogas. Pero, confesémoslo, no pasan de ser esfuerzos iniciales y perspectivas esperanzadoras.

Vale la pena pues, aprovechar esta solemne ocasión para hacer un llamamiento a nuestras grandes empresas industriales, a nuestros terratenientes con conciencia social, a nuestros financieros para que análogamente a como en otros países los Ford, Farben, Merck, Rockfeller... acudieran generosamente al montaje y desenvolvimiento de la investigación científica, también en España otra legión de hombres ilustres se ligue al crecimiento de nuestra Cultura.

Cuarto. — *Coordinación orgánica de los Centros docentes y de investigación.* — Toquemos, por último, un aspecto ya sagazmente definido en nuestras Leyes, pero sobre el cual toda insistencia es escasa. Me refiero al de la vinculación orgánica entre la Universidad y los Institutos de Investigación de nuestro Consejo Superior.

Tanto la Ley fundamental del Consejo, como la de Ordenación Universitaria, marcaron con acierto esa conexión. No pretendo volver ahora de modo teórico sobre este tema, que ya ha sido objeto de agudo análisis en las Revista «Arbor» y en la bella obra del Profesor Albareda —«Consideraciones sobre la Investigación Científica»— a que antes hice merecida mención.

No puede cabernos duda de que la investigación ha de estar *dentro y fuera* de la Universidad. La Universidad no puede desentenderse de la investigación, que es una de sus funciones, aunque no la primaria y suprema. Tampoco puede aspirar a monopolizar las tareas investigadoras, ni menos a dificultarlas. Hay determinadas formas de investigación dentro de la Universidad —formas iniciales, como las prácticas en las distintas Cátedras, las labores de los Seminarios, los trabajos del Doctorado...— que nos importa ir mejorando gradualmente y reforzando la dedicación a ellas, de nuestros Catedráticos y de los mejores alumnos.

Pero hay más; entre cada Universidad y todas en su conjunto, y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas no puede haber —no hay en la realidad— contraste, ni pugna. Porque los sujetos de la actividad universitaria y de la actividad investigadora son generalmente los mismos; y porque el progreso y la transmisión de la Ciencia, son finalidades convergentes de ambos organismos. Si, en la mayoría de los casos, un mismo hombre es el sujeto de la vocación magistral y de la investigadora, resultaría absurdo desligar las actividades que despliega en la Cátedra de las que realiza en otras Instituciones como investigador. Pero es que, además, esta conexión profunda, explícita y formal de la Universidad y los Institutos del Consejo, puede servirnos de palanca espléndida para contri-

buir a resolver el problema de la docencia universitaria; para evitar el peligro de la pérdida de inquietudes del maestro por la verdad y para hacer que esté en constante renovación y actualización la enseñanza de la disciplina científica, a la que consagra su saber y su esfuerzo. De rechazo, también al investigador puro ha de interesarle esta vinculación con la Universidad, por todo cuanto la función de magisterio tiene de ejemplar e insustituíble ejercicio espiritual.

Al hablar de esta íntima vinculación entre nuestras Universidades y los Institutos del Consejo —no sólo entre universitarios e investigadores, aisladamente considerados— no olvidamos tampoco la que debe haber con las Escuelas Especiales de Arquitectura e Ingeniería y con los Centros de estudio y de investigación del Ejército y de la Marina, pues si necesario es que el espíritu investigador penetre más intensamente en nuestras aulas y en nuestros laboratorios universitarios, no es menos necesario que actúe con profundidad y que renueve los quehaceres y la preocupación de nuestras Escuelas técnicas, sobre las que tantas responsabilidades pesan en nuestros días.

Y este enlace orgánico habrá de referirse, no sólo a los instrumentos de trabajo de la investigación, sino también a su gobierno. Importa que los Rectores de nuestras Universidades refuercen su jurisdicción sobre las Delegaciones del Consejo y tengan en los altos órganos ejecutivos del mismo, una activa presencia, la que en justicia les corresponde por su elevada jerarquía en el campo de nuestra Educación Nacional.

Añadamos a todo esto la importancia de *intensificar los contactos con los grupos e Instituciones consagrados a la investigación científica en otros países.*

España, fiel a su vocación ecuménica, pertenece a la mayor parte de esas Instituciones y ha estado presente en sus Congreos.

Pero más que estas integraciones en Organismos internacionales nos importa el esfuerzo conjunto de investigadores españoles y extranjeros, en Seminarios y Laboratorios, propios y ajenos. El precedente de invitaciones a personalidades científicas de otras nacionalidades —que ha sido acertada medida de quienes gobiernan este Consejo— debe ser prolongado, mas siempre con el criterio de preferir a cualquier visita esporádica o a cualquier reunión espectacular, el trabajo silencioso y constante, en tareas concretas, ofreciendo nuestra hospitalidad, sobre todo, a los hombres de ciencia del mundo hispánico y a aquellos técnicos o investigadores que, alejados, tal vez, de sus Patrias por motivos circunstanciales, vengan a buscar en España una ancha Patria universal.

Este podría ser, Señor, en mirada de conjunto, el amplio panorama de nuestros caminos de plenitud. Nos complacemos en la obra hasta hoy realizada, la asumimos como una de nuestras mejores cargas y nos hacemos mantenedores de sus méritos y de sus posibilidades. Pero, precisamente por ello, queremos impulsar su perfeccionamiento, hasta que, en todo los órdenes esta Institución sea digna de la España con que soñamos. Para lograrlo, serían insuficientes las medidas bosquejadas si no contáramos con algo mucho más fundamental y más fuerte: con la vocación de una juventud que cree en España.

Vano empeño el de lanzar al Estado, con todo el peso de sus recursos jurídicoeconómicos y aún con la colaboración de los distintos grupos sociales, a esa elevada empresa, si no tuviéramos al alcance el elemento fundamental: es decir sencillamente, el hombre. En la guerra la artillería y la aviación podrán preparar el terreno, pero son los infantes, los hombres callados que avanzan en fatiga y dolor, los que, en definitiva, ganan las trincheras y ponen en alto la insignia de su Patria. Así también en el campo de la Cultura. Inútiles resultarían los grandes edificios, los laboratorios perfectos, las bibliotecas exuberantes, si no hubiera fe, ilusión y empuje en un manojo de hombres capaces de entregarlo todo, a la callada misión de la Investigación y de la Ciencia. Sírvanos de ejemplo, a todos en este año de su conmemoración centenaria la figura señera de Don Santiago Ramón y Cajal. El nos reveló un día toda su actitud vital, en esa rotun-

da definición: «No soy en realidad un sabio, sino un patriota». Por lo que pudo añadir: «Al considerar melancólicamente allá en mis mocedades, cuánto habían decaído la Anatomía y la biología y cuán escasos habían sido los compatriotas que habían pasado a la historia de la medicina científica, formé el firme propósito de abandonar para siempre mis ambiciones artísticas, dorado ensueño de mi juventud y lanzarme osadamente al palenque internacional biológico, teniendo por única fuerza el patriotismo, por norte, el ilustre honor de la toga universitaria, y por ideal el aumentar el caudal de ideas españolas circulante por el mundo, granjeando para ellas el respeto y la simpatía».

¡Dios haga que estas palabras sirvan de meditación a los hombres con vocación estudiosa y con afán español! La grandeza de la Patria no se logra con hablar de sus glorias pretéritas o con invocar los ejemplos de los abuelos, sino con la fidelidad a lo mejor que nos hayan dejado los mejores, con el esfuerzo abnegado y con la fe en la propia obra. Se hace Patria muriendo por ella a campo abierto, bajo su cielo azul, a la hora en que la muerte es precisa; mas también se hace Patria, si lo que importa es la vida, descubriendo una conexión lingüística o logrando una nueva síntesis química, aun cuando no parezca tener una inmediata utilidad industrial, porque no hay brizna de saber que no enriquezca al hombre y a la Comunidad en que vive.

Nadie queda excluído de este llamamiento. Del llamamiento para la *investigación científica aplicada*, con repercusión directa en la resolución de los problemas de nuestra defensa nacional, de nuestro progreso económico de la elevación del nivel de vida de nuestro pueblo; pero del llamamiento también para la otra investigación, para la *investigación pura*, sin la cual aquélla no puede alcanzarse con dignidad y eficacia. Que si el hombre de ciencia no es, ante todo un *buscador de la verdad*, queda reducido a un simple repetidor pragmático que empobrece inexcusablemente el ámbito de sus posibilidades. Estupendo heroísmo este del sabio, del investigador, que consume sus horas en callada y a veces, inútil búsqueda de una parcela de verdad, sin hallazgos logrados. Su moral, no es «la moral del éxito», atenta solamente a la brillantez y agrado del triunfo, sino «la moral del esfuerzo» que busca en el sacrificio y en el servicio, su honda justificación. Y, a la larga, uno de los más altos beneficios a su propia Nación y a la comunidad de las gentes. Aguda razón, pues, la de nuestro Rey Alfonso X al cuidarse de definir y tutelar, en su Ley de Partidas, la misión de los «Omes sabios» por quienes «las tierras e los Reynos se aprovechan e se guardan e se guian» (Partida II, Título 31, preámbulo).

A los españoles nos deslumbrará siempre la alta y gloriosa empresa de descubrir y colonizar un mundo; ¡Dios haga que nos enamore también la otra pequeña y cuotidiana empresa de investigar una parcela por mínima que sea, de la realidad!

DISCURSO del Rector de la Universidad Central

«CAJAL, HOMBRE DE ESPAÑA»

«En un breve escrito polémico, compuesto durante su luciente senectud, expuso vigorosamente Don Santiago Ramón y Cajal la doble razón de su vida: «Mientras usted trataba de eludir el servicio —dice a su adversario—, los demás nos batimos en Cataluña, fuimos a Cuba, enfermamos en La Manigua, caímos en la caquexia palúdica y fuimos repatriados por inutilizados en campaña; luego, enfermos, tratamos de estudiar y trabajar para enaltecer a la Patria... luchando con la ciencia extranjera a brazo partido.» Dos de los más altos modos de la ejemplaridad humana, al servicio armado de la propia Patria y el servicio intelectual a la verdad universal, transparecen con singular energía en esas líneas recias, agonales —homéricas, me atrevería a decir— de nuestro máximo hombre de ciencia. Y, a la vez, con no menos precisión, los dos sentimientos que más eficazmente lograron acelerar el latido de su corazón: el amor a España y el amor al saber científico. Otras veces he

procurado glosar con pluma analítica y respetuosa la egregia contribución de Cajal a la *historia de la ciencia* biológica y a la doctrina del saber humano. Dejadme, pues, que hoy más como español sencillo y fervoroso que como reflexivo historiador de la Medicina, abra este homenaje nacional recordando la viva, la encendida pasión española de nuestro sabio.

Dos notas sobresalen, a mi juicio, entre todas las que podrían aducirse para definir el patriotismo de Cajal: su exaltado sentimiento de la unidad de España y el carácter operativo y eficaz de su vehemente amor a la Patria.

«ES PRECISO IMPONER LA UNIDAD MORAL DE LA PROVINCIA»

Pocos españoles han sentido con tanta fuerza como este gran aragonés —si queréis navarro-aragonés— la exigencia de la unidad entre todos los españoles, y pocos han clamado tan dolorida y virilmente contra las tentativas para romperla. «Las deplorables consecuencias del desastre colonial —escribe— fueron dos, a cual más trascendentales; el desvío e intención del elemento civil hacia las instituciones militares, a quienes se imputaban faltas y flaquezas de que fueron responsables Gobiernos y partidos, y, sobre todo la génesis del separatismo disfrazado de regionalismo». Esta es, comento yo, la doble herida que infligió aquel desastre de 1898 a la unidad de España: progresiva separación entre sus hombres y creciente disensión entre sus regiones. Todo ello es en el sentir de Cajal, «deplorable», y frente a ello levanta el sabio, ya octogenario, pero con voz de gesta, su exigente consigna. «Es menester —decía— imponer la unidad moral de la Península, fundir las disonancias y estridores espirituales en una sinfonía grandiosa.» Tan acuciante es la sugestión de estas palabras, que, a su conjuro, percibe el anciano en su pecho la nostalgia punzante de una remota, animosa juventud. ¿Cuál debe ser, se pregunta, nuestra conducta ante el irrestañable desmembramiento de España? Y contesta: «Si yo pudiera retroceder a mis veinticinco años, henchidos de patriotismo exasperado, contestaría sin vacilar: la reconquista manu militari y cueste lo que cueste. Propondría la *máxima de Gracián: «Contra* malicia, milicia».

Eran escritas esas palabras a comienzos del año 1934. ¡Qué grave, qué tremenda actualidad iban a cobrar dos años más tarde cuando la fuerza armada fué el único recurso posible frente a la casi total disolución de España en regiones, partidos y clases! ¡Y qué bien nos suena en labios de Cajal ese clamor por la unidad de España a quienes, antes y después de 1939, hemos querido que una de nuestras principales acciones fuese la de agrupar en concordia a todos los españoles capaces de prestar con buena fe un servicio útil a la Patria común, esa Patria española, siempre tan capaz de ser joven y gentil como la Castilla de Fernán González!

PATRIOTISMO EJEMPLAR DE RAMON Y CAJAL

La segunda de las notas del patriotismo cajaliano fué, ya lo he dicho, la condición operativa y eficaz de su amor a la Patria. Frente al patriotismo como pura preocupación, Cajal afirmó con palabras y obras el patriotismo como ocupación. Dicho de otro modo: frente a la mera preocupación por España, una afanosa y constante ocupación por España. Dos formas insuficientes suele adoptar entre nosotros la afección a la Patria: la cabilosidad por nuestro destino colectivo, frecuentemente expresada bajo especie de crítica y arbitrismo, y la mera disposición a ofrecer el sacrificio de la propia vida cuando la integridad o la libertad del país se ven gravemente amenazadas. El acerado clamor de Quevedo definió con fuerza insuperable el noble, pero unilateral concepto que muchos españoles han tenido de su propio honor:

Aquella libertad esclarecida
que donde supo hallar honrada muerte
nunca quiso tener más larga vida.

Bien está, pienso yo, tener siempre despierto el espíritu crítico frente a lo que desplace y aun frente a lo que no acaba de contentar; y más bien hallase en toda ocasión dispuesto a poner

en riesgo la propia vida cuando el honor o la existencia misma de la Patria lo reclamen. Bien está, pero a condición de no conformarse con ello. El verdadero amor a la Patria exige —elemental verdad— sentirse de continuo tan resuelto a morir como a vivir por ella, y cumplir bajo su invisible signo una tarea diaria y eficaz. La perfección completa consiste en saber unir al «que muero porque no muero» de nuestra admirable Santa un no menos cristiano «Que vivo cuando pervivo»; es decir, cuando voy creando obras humanas que, trascendiéndome, me procuran merecimiento y pervivencia.

«A PATRIA CHICA, ALMA GRANDE»

Así entendió Cajal su patriotismo. Nunca pensó que sus personales investigaciones histológicas perteneciesen al mundo inconexo con el ardoroso amor a España que de por vida lo poseyó. «Anhelo patriótico» quiso llamar, muy significativamente, a sus primeras ambiciones científicas; y en todo instante la existencia de una honda pasión española entre los motivos de su entrega a la investigación en el laboratorio. ¿Quién no recuerda los briosos párrafos del discurso «A Patria chica, alma grande», con que en 1900 agradeció el primer homenaje nacional de que fué objeto? ¿O aquel crudo y espartano consejo que da a sus lectores en Charlas de Café: «Emplea tu vida de manera que tus hijos te llamen tonto, y tus conciudadanos, benemérito. Para un espíritu de nobles ambiciones, preferible será siempre la gratitud de la Patria a la de la familia; la prole perece y la Patria perdura y recuerda»? ¿O, en fin, la eficaz versión que del Quijotismo dió en su espléndida conmemoración del *Quijote* cuando España y el mundo celebraron el tercer centenario de nuestro sumo libro? «El Quijotismo de buena ley —enseñaba Cajal— tiene en España ancho campo en qué ejercitarse. Rescatar las almas encantadas en la tenebrosa cueva del error; explorar y explotar, con altas miras nacionales, las inagotables riquezas del suelo y del subsuelo; descuajar y convertir en ameno y productivo jardín la impenetrable selva de la naturaleza donde se ocultan amenazadores los agentes vivos de la enfermedad y de la muerte; modelar y corregir con el buril de intensa cultura, nuestro propio cerebro, para que en todas las esferas de la humana actividad rinda copiosa mies de ideas nuevas y de invenciones provechosas al aumento y a la prosperidad de la vida...: He aquí las estupendas y gloriosas aventuras reservadas a nuestros Quijotes del porvenir.»

A este Cajal entero —sabio, patriota, capaz de abnegación y de esperanza— vamos a celebrar hoy. Recordemos otra vez la conseja de nuestro Medioevo: después de muerto el Cid, sus leales ganan una batalla más poniendo su cuerpo a caballo y haciéndolo ver al enemigo. Así ahora, para que nuestro amor a España sea creador y eficaz, para que nuestro servicio a esta renovada necesidad de ciencia y de técnica no descaezca, para que en la entrega a la vocación prevalezca entre nosotros sobre la entrega al lucro, para que la ambición noble venza siempre a *la mezquina* codicia, levantaremos sobre la tierra de España el nombre de Cajal. Haciéndolo así, tal vez dentro de pocos años puedan escribir algunos de nuestros mejores mozos algo parecido a lo que al comienzo de estas líneas oíamos decir a Cajal, frente a uno de sus poquísimos impugnadores: «Nos batimos en Brunete, llegamos hasta la ribera del Ilmen; y luego, en la paz de España, hemos sabido luchar por la ciencia española a brazo partido.» En memoria de Cajal, mío Cid de nuestra investigación científica, así sea.»

Universitat Autònoma de Barcelona
Servei de Biblioteques
Biblioteca d'Humanitats
Sala de Revistes

0/108

SUMARIO

1

Juan Ferrater: «Aspectos de la obra de arte» . . . 5
José María Castro y Calvo: «Filosofía del dinero» . 11
José Milicua: «La "Mostra" del Caravaggio en Milán» . 23
«Arévaco»: «Honor a quien cultiva su hacienda» (III) . 37
Jaime Ferrán: «La piedra más reciente» 47

2

NOVELA (J. F., J M. C.) 51
TEATRO (J. M. C) 57
PINTURA (G. F.) 59
MÚSICA (J. C.). 65
BIBLIOGRAFÍA 68

3

ENTRE SOL Y SOL 85
LA SAL HACE LA ESPUMA 92

Xilografías de Carmen Serra

Ocho pesetas

S. A. HORTA I. E.